PBT

Año XV. N.° 687

23 Enero de 1918

BIBLIOTECA NACIONAL * DEPÓSITO LEGAL *



LA ÓRDEN DE LIBERTAD

Cuadro de J. E. Millais.



LOS VIAJEROS

que deseen visitar nuestra Exposición de Artículos Rurales, Artículos Diversos, para el hogar, para niños, gimnasia, sport y jardín, podrán utilizar, al llegar a esta Capital, las siguientes líneas de tranvías:

F. C. S. — Estación Constitución: el N.° 15 o 24, descendiendo en la puerta de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

F. C. O. — Estación Once: el N.° 16, descendiendo en Sarmiento y San Martín, o sea a una cuadra de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

F. C. C. A. — **Central Córdoba y Pacífico.** — Estación Retiro: los números 18, 24 o 28, descendiendo en Reconquista y Cangallo, o sea a una cuadra de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

F. C. P. — Estación Palermo: el N.° 34, descendiendo en Maipú y Cangallo, o sea a dos cuadras de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

F. C. C. B. A. — Estación Chacarita: los tranvías Lacroze, tablero «Reconquista», descendiendo en Corrientes y San Martín, o sea a dos cuadras de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

F. C. C. G. B. A. — Estación Buenos Aires: los N.os 24 o 29, descendiendo en la puerta de nuestra casa, o en San Martín y Sarmiento, a una cuadra de SAN MARTIN 175.

DÁRSENA SUD: los tranvías del Puerto, descendiendo en Cangallo y Paseo de Julio, o sea a dos cuadras y media de nuestra casa, SAN MARTIN 175.

Solicítese el BOLETÍN NOÉ y los Catálogos núms. 1, 2 y 3.

EUGENIO C. NOÉ & CIA

LOS ESPECIALISTAS EN ARTÍCULOS RURALES

SAN MARTÍN 175. BUENOS AIRES

JUANCITO EL CONQUISTADOR



Juancito se fué al sastre
a probarse un pantalón;
cada vez que se lo pone
le palpita el corazón.

Cuando lo vió Policarpo
le dijo: «Amigo querido,
es mejor que te io saques,
quedándote en calzoncillos.»



Juancito le contestó:
«Cállate, pelafustán;
no seas tan envidioso,
pedazo de carcamán.»

Policarpo se ofendió,
y yendo muy enojado
a la casa de un amigo,
le dijo muy apurado:



«Disfrázate de mujer,
y diie al conquistador
que está en la calle Florida:
«¡Qué feo su pantalón!»

Al ver que se burlaban
de su hermoso pantalón,
Juancito fué a Policarpo
y ie dijo: «¡Tenías razón!»

Historieta de Anita Vives
Dib. de Soldati.

En todos los números se publicará una de estas historietas, que nos remitan nuestros pequeños lectores.



Salón de humoristas



CONCURSO DE CHISTES

P B T pagará cinco pesos moneda nacional *al chiste que, a juicio de la Dirección resulte el más ingenioso de los que se publiquen en esta página.*

PREMIO DEL NUMERO ANTERIOR

De los insertos en el número anterior, ha sido premiado el que lleva el título *Entre patrona y sirvienta*, firmado por *Ñata*.

OCURRENCIA INFANTIL

— Papá, tú irás al cielo.
— ¿Por qué, hijo mío?
— Porque eres muy raro, y el maestro nos ha dicho ayer que son raros los que van al cielo. — *Descabezado.*

LA MADRE A SU HIJO

— ¿Qué dice un niño bien educado cuando un señor le da un caramelo?
— Deme otro. — *A. C. D.*

¡QUÉ... OCURRENCIA!

La señora manda a su hijo de cinco años en busca del vigilante de la esquina. Como el chico llora a moco tendido, el agente acude corriendo, en la creencia de que pasa algo grave. Y una vez en la casa, la señora le dice:
— ¿No es verdad, agente, que si Juancito no toma el purgante, usted lo va a llevar a la comisaría? — *Antonio D. A.*

ENTRE AMIGOS

— Como te digo, siempre que entraba en mi casa hallaba a mi señora departiendo íntimamente con Anacleto, sentados en mi escritorio. Hasta que tomé una resolución.
— ¿Qué hiciste?
— Vendí el escritorio. — *Monsieur Beverley.*

UNA LIMOSNA



— ¿Puede darme una masita, señora?
— ¿Y por qué no pan?
— Porque hoy es mi cumpleaños. — *E. Figueroa.*

AVARICIA

El mucamo dice a su patrón, mostrándole el cepillo que buscaba y acababa de encontrar:
— Señor, he encontrado el cepillo; ¿le digo a María que no lo busque más?
— Déjala, muchacho; si lo encuentra, tendremos dos. — *Tito.*

DEMASIADO TONTO

— Aquí tiene usted los cien pesos que me prestó el año pasado.
— ¡Pues, hombre, ni me acordaba ya!
— ¡Lástima no haberlo sabido antes! — *Diosma.*

UN EXPERIMENTO

— ¿Qué estás haciendo?
— Un experimento.
— ¿Cuál?
— Les estoy dando agua caliente a las gallinas para que pongan los huevos *pasados por agua.* — *Diosma.*

EN UN TRIBUNAL

El juez pregunta al acusado:
— ¿Es usted casado?
— Sí, señor, con una mujer.
— ¡Hombre — replica el juez, — es natural que sea con una mujer.
— Es que le voy a decir a usted, señor juez; yo tengo una hermana que está casada con un hombre. — *Nelly.*

POCA COSA

Un pintor que debe pintar un santo dice a su modelo:
— ¿Qué podría ponerle a usted en la mano que le diera el aspecto de un hombre completamente dichoso?
El modelo. — Póngame usted un par de pesos. — *Nelly.*

ANTE LA MESA DE LOS ESPIRITUS

La viuda. — ¿Eres tú, Adolfo?
El espíritu del marido. — Sí.
— ¿Eres más feliz que cuando estabas conmigo?
— ¡Claro!
— ¿Y dónde estás?
— En el infierno. — *Chistoso.*

¿CUAL ERA LA PARTE?

¿Cuál ser la parte del cuerpo humano que empezar con U y acabar con S?
— Las uñas.
— No: parte que empieza con U y acaba con S, ser *Un par botas.* — *Chistoso.*

CUESTION RESUELTA

— Díganme, señores: la paloma que volvió al Arca de Noé con el ramo de olivo, ¿era hembra o macho?
— Creo que era hembra.
— Yo creo que era macho; porque a ser hembra, no hubiera podido tener el pico cerrado. — *Edison.*

CON EL TIEMPO SE CAMBIA

— Usted y su hermana Elvira son mellizos, ¿no es verdad Roberto?
— Cuando éramos chicos, sí; ahora ella tiene cinco años menos que yo. — *Nélida D.*

LAS DOS HERMANAS



— ¡Sinvergüenza, infame, bribón, estaré contenta cuando te vea en el infierno arrastrando cadenas y cuando tengas por mujer a la hija de Satanás.
— Esto no lo verás, porque debes saber que no es permitido casarse con dos hermanas. — *Pepe.*

COSAS DE FAMULA

— ¡Pero, Julia! Le he recomendado que economice, y me deja el gas de la cocina encendido...
— ¡Claro! ¿De qué otro modo podría economizar los fósforos. — *El más gracioso.*

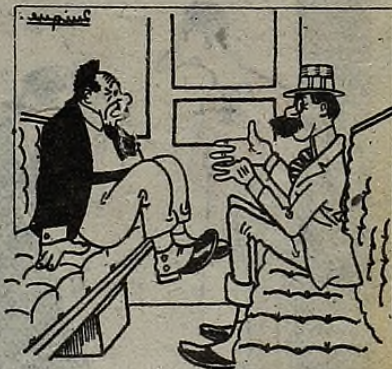
CREIA

— Agente, corra, que mi papá se está peleando con un hombre hace media hora.
— ¿Y por qué no me llamó más antes?
— Porque creía que mi papá se la iba a dar chanta. — *D. B.*

ENTRE AMO Y CRIADO.

— Ramón anda hasta la botica y cómprame un termómetro.
— Vea, patrón, sería mejor que lo dejara para el invierno, que es precisamente cuando bajan los termómetros. — *C. D. A.*

CHISTE DE FERROCARRIL



— Como le decía, amigo Mamerto, en ese cajón que está debajo de su asiento llevo la gran invención del siglo: un explosivo mil veces más poderoso que la dinamita. Lo llevo a Buenos Aires para sacar la patente de invención.
— ¡Y diga... amigo... si... si hace explosión!...
— Si hace explosión, ni usted ni yo contamos el cuento, pero por lo menos me habré llevado a la tumba el secreto. — *Quique.*



PÁGINAS FEMENINAS



LOS BAILES. El baile es la palestra donde triunfan las mujeres.

Gracias a los artificios del atavío, a los diamantes, a los cosméticos; al efecto de las luces y un traje seductor, una coqueta de regular belleza puede parecer irresistible.

— ¿Qué edad tiene esa señora? — preguntaba un caballero viendo a una mujer elegantísima entrar en una sala de baile.

— Veintinueve años — le respondieron los que la conocían.

Un cuarto de hora después llegaba otra joven señora, de la cual se hizo la misma pregunta.

— Veintitrés años — respondieron —; pero es hija de la anterior — añadió un malicioso.

Ciertas coquetas conservan su juventud hasta una edad muy avanzada y se defienden de la decrepitud con tal perseverancia, que llegan a prolongar indefinidamente esta edad incierta que toca a la madurez sin llegar a serlo.

Los bailes son sin duda de su agrado, por el gran partido que de ellos saca la belleza. No es cuestión baladí organizarlos para una dueña de casa. Cuando no posea un buen local, vale más abstenerse; no hay nada tan desagradable como formar parte de una sociedad de cien personas apiladas en dos o tres pequeñas piezas, en que sólo pueden caber veinticinco individuos.

Supongamos que se dispone de un buen local para transformarlo en sala de baile. caso de no tener salones a propósito. Lo principal es decorarlo con arte, bien alfombrado; plantas verdes. flores y luces con profusión.

En la antesala se coloca un vestuario bien organizado y el *bufet* se prepara en el comedor. La dueña de la casa ha de establecer un tocador y poner criadas al servicio de las señoras que necesiten reparar cualquier imperfección de su tocado o atavío.

En suma, cuando se da un baile hay que estar atenta a mil detalles; vale más no ofrecer estas fiestas que hacerlo con precipitación.

Las invitaciones se reparten con quince días de anticipación; a fin de que los convidados tengan tiempo de preparar sus trajes.

Para una *soirée* ordinaria el billete de convite lleva la advertencia: «Se bailará». Tratándose de un gran baile, se es un poco menos lacónico: «El señor y la señora de M ruegan a los señores de J que les hagan el honor de asistir al baile que darán el...» Cuando es un baile especial se añade: «Baile de trajes» o «Baile blanco». Aunque se haya hecho a algún amigo invitación verbal, hay que repetirla por escrito.

Los trajes de baile requieren gran esmero. Una señora casada no debe asistir más que descotada. Las jóvenes pueden ir con pequeñísimos descotes.

El abanico se conserva en la mano, el *carnet* se prende a la cintura, y la salida de baile y demás objetos se dejan en el vestuario; sólo se puede conservar una *écharpe* ligera, que se echa sobre los hombros cuando se aproximan a la ventana para respirar un poco de aire.

La señora que rehusa bailar con un caballero no puede aceptar otro, a menos que no estuviese ya comprometida y diga al invitarla:

— Gracias, caballero, pero estoy comprometida con el señor M.

En ese caso, si tiene otro baile libre, puede concederlo si lo solicitan, y si se niega, sin tener compromiso anterior, no bailar más.

Conviene apuntar en el *carnet* los bailes pedidos. Si por olvido una señora se compromete con dos caballeros para un mismo baile, necesita disculparse confesando su error a los dos y no bailar con ninguno, ni aun en el caso que uno de ellos ceda su derecho.

En cambio, si un caballero olvida venir a reclamar su palabra para el baile, después de esperar unos momentos debe bailar con otro.

Si una joven se fatiga en medio del baile, puede rogar la conduzcan a su asiento y retener a su lado a su caballero o pasear de su brazo, pero han de separarse al cesar la música.

Una señora puede ir al *buffet* dos o tres veces en el curso de la noche a tomar dulces y refrescos, pero no con demasiada frecuencia ni con el mismo caballero.

Para asistir a un baile no es de rigor la exactitud; al contrario, es de mal gusto llegar demasiado pronto.

Los dueños de la casa se colocan a la entrada del salón y reciben a sus invitados con una palabra amable. Es de muy buen gusto presentar a los invitados que se reciba por primera vez a los amigos antiguos, a fin de suprimir la cortedad de los recién llegados en un medio extraño.

Hay que cuidar de que sea mayor el número de hombres que el de señoras para que no se quede ninguna sin bailar. Todos los bailadores han de invitar una vez a la dueña de la casa, la cual aceptará a los que pueda, sin repetir baile con ninguno, y procurará buscar caballeros para que inviten a las señoras que permanezcan sin bailar. No debe una señora tener toda la noche a un caballero por pareja, ni aun en el caso de ser prometidos esposos.

Las señoras de edad que no bailan no deben colocarse en primera fila; se necesita que haya un salón íntimo para los que gusten de retirarse a él a conversar.

Una jovencita no puede ir sola al baile, a menos de ser amiga íntima de la dueña de la casa. Las que no van con su madre u otra señora, sino con su padre, hermano o cercanos parientes masculinos, son conducidas por la dueña cerca de otras jóvenes, para que estén reunidas y conversen.

Los hombres van vestidos de frac y de smoking los jovencitos; el sombrero, abrigo, etc., se deja en el vestuario. Durante el baile, los caballeros prestan mil servicios a sus parejas; las acompañan al *buffet*, les ayudan a ponerse la salida de baile, etc. Nunca se empezará a bailar sin haber saludado antes a los dueños de la casa.

Una persona que no sepa bailar bien debe abstenerse de hacerlo. Los que bailan cuidarán de la elegancia de la figura y de que los bustos enlazados no se toquen nunca.

El *cotillón* es uno de los bailes más preferidos, y requiere grandes cuidados de parte de la dueña de la casa para organizarlo y que los bailadores lleven recuerdos gratos de aquellos deliciosos momentos. Los caballeros dan una prueba de amabilidad ofreciendo las preseas a sus parejas.

Del que dirige el cotillón depende el éxito de este baile. Es necesario confiarlo a un caballero experimentado, que una la

CONSULTORIO

Dina. — Empape hojas de papel fuerte o cartón en la solución siguiente: Agua, 100 gramos; quassia amara, 4 gramos; miel, 20 gramos. Ponga en cada habitación uno o dos papeles, y las moscas desaparecerán.

Veleta. — Para los dedos, masajes diarios con aceite de almendras dulces y evitar los trabajos rudos, tales como barrer, planchar, etc., que deforman los nudillos. Para la transpiración, lavarse varias veces al día el rostro con agua con un chorro de Colonia y luego ponerse polvos de arroz e iris. No usar cremas para el cutis.

Amatista. — 1.° Masajes con aceite de almendras dulces. 2.° Leche de almendras amargas, 100 gramos; alcoholato de rosas, 100 gramos; fuerte infusión de romero, 200 gramos; tintura de mirra, 10 gramos. Locionarse el cuello todas las noches y dejarlo sin secar. 3.° Esa receta es buena. 4.° Aceite de ricino puro. 5.° Hasta ahora no he encontrado el significado de esa flor.

No me olvides, Morón. — La leche de pepinos se prepara del modo siguiente: agua de rosas, medio litro; jugo de pepinos, medio litro; alcohol de 90.°, medio litro; almendras dulces, 100 gramos. Es conveniente hacerla preparar por una persona experta.

Curiosa. — Afectación, poca sensibilidad, metódica y de tendencias a la murmuración.

Sensitiva. — De su carta se desprende que lo que más le dolería a usted sería el no casarse. Acepte, pues, al que se le ha declarado. El otro no es un niño, y tal vez por conocer los sentimientos de su hermano, guardará esa reserva. Puede usted intentar, sin embargo, alguna prueba, para ver si consigue conquistar su cariño. Me pareció muy mal el envío de la tarjeta anónima.

A Vinchuca II. — No es necesario un extremado rigor. Basta una actitud serena e indiferente. Su consulta no es la única sobre ese punto, ni mucho menos.

A Korindon. — En la «Historia de los Griegos», de Duruy, hallará ampliamente explicado ese punto y podrá, con esa base, hacer la composición pedida.

Dorilina. — Baños calientes al acostarse y masajes con polvos de talco.

Chochita. — Hay quien asegura que el último amor es el verdadero, porque va acompañado de la experiencia.



Cubrecorsé de tul bordado al plumetis.

alegría a un tacto perfecto y a mucha elegancia. Las figuras principales son las siguientes:

1.ª La dama se sienta en un almohadón, y los caballeros hacen sucesivamente ademán de arrodillarse, pero ella lo impide a todos, excepto a aquel con quien desea bailar.

2.ª La dama sube sobre una silla con una bujía encendida en la mano; dos bailadores tratan de soplar la bujía; el que lo consigue baila con ella, y el otro les sigue llevándola encendida.

3.ª Al cabo de una varita se fija un hilo con una flor, y el caballero que la arrebata baila con la dama que sostenía la varita.

4.ª Una dama sentada sostiene un espejo; los caballeros vienen a mirarse en él, y ella borra con el pañuelo la imagen de los que rehusa.

5.ª Una pareja distribuye tamborcillos de diferentes colores; a una señal, las damas danzan con los caballeros que llevan sus colores.

6.ª Bajo un arco formado de cintas y rosas, se sujeta una campanilla y una cestita llena de pétalos de flores. Una cinta que corresponde a la campana y otra a la cesta, o ambas, son sujetadas por una dama, que, a su capricho, hace sonar la campana o caer los pétalos. El caballero cubierto con ellos no puede bailar.

7.ª Grandes margaritas blancas se distribuyen entre las damas, y pequeñas margaritas de diferente color forman el adorno de los caballeros. A una señal del caballero director, cada dama tira uno de los pétalos de su flor, y el último pétalo por un movimiento de báscula; el corazón de la margarita se vuelve, y según el matiz que ostenta, responde a los colores de los caballeros y se forman las parejas.

Existen aún mil figuras que sería demasiado largo enumerar, pues cada año las hay nuevas. Los objetos que sirven para ellas los disponen los dueños de la casa y los regalan. Sin duda este baile gusta tanto por la libertad de elegir parejas que ofrece y la franca alegría que en él reina.

Su final es sumamente bonito. El director y su pareja se toman de la mano y van a saludar a los dueños de la casa. Levantan en seguida los brazos de modo que todas las parejas pasen por debajo de ellos. Cada pareja saluda, se vuelve y levanta el brazo, formando una larga galería, bajo la que cruzan todos los bailadores. Pasado el último, se toman del brazo las parejas y cesa la música.

Cuando después del cotillón hay cena, generalmente es en pequeñas mesitas; un caballero dará pruebas de delicadeza procurando, si acompaña a una joven soltera, invitar a la misma mesa a sus padres, y no invitando jamás, a no ser con permiso del interesado, a una señorita comprometida o señora casada.

De la misma manera, el último caballero con quien ha bailado, acompaña a la señora al vestuario, le da el número de orden y le ayuda a ponerse el abrigo.

Llegado el momento de marchar, los que se retiran no se despiden de nadie, excepto de los dueños de la casa, a los que bajo ningún pretexto se dejará de darles las gracias por sus amabilidades. Se escoge el momento en que están solos y se despide lo más discretamente posible, para evitar que el ejemplo sea seguido demasiado pronto. Nada hay tan enojoso como interrumpir una fiesta con despedidas. Si los que se marchan son señoras solas, su caballero debe acompañarlas hasta el vestíbulo y esperar que suban al coche.

HIGIENE DE LOS TRAJES. Gran número de personas ignoran, y de ello estamos convencidos, que el vestido, lo mismo que el alimento, está sujeto a las leyes de la higiene.

La higiene del vestido tiene sus consecuencias, según la clase de tela y de tejido, así como la hechura del mismo.

El color también debe tenerse en cuenta, según el calor, el frío o la transpiración; en una palabra: su eficacia en nuestro bienestar y nuestra salud.

La higiene del vestido, por sí misma, trata de la clase y distintos productos que entran en la fabricación de las telas, así como las substancias químicas que forman su tinte y apresto.

En estos productos los hay ofensivos e inofensivos, pudiendo ocasionar, tanto en la piel como en la respiración, graves desórdenes, alterando la salud hasta el punto de provocar la muerte por un uso prolongado.

Añadiremos también que la temperatura tiene que tomarse en cuenta para escoger los vestidos, así como la estación, sexo y temperamento del que lo gaste. El abrigo de un vestido no depende del peso o grueso, y sí del color y clase del tejido, de su modo de fabricación y de su hechura.



Cubrecorsé con bordados al plumetis y encajes valenciennes en los bordes.



MÚSICA DE TODAS CLASES Clásica y popular; ediciones extranjeras y del país.

CARLOS S. LOTTERMOSER — 853, Rivadavia — Buenos Aires.

Unión Telefónica 2713, Libertad.



DE CORONDA



Alumnos egresados de la Escuela Normal, con su directora, señorita María Margarita Gervasoni.

DE PATAGONES



Comisión organizadora de las romerías españolas celebradas a beneficio del Hospital y Sociedad Popular de Educación.

DE LAS LIEBRES (F. C. C. A.)



Fiesta campestre celebrada en conmemoración del año nuevo, a la que concurrieron distinguidas familias.

DE NICARAGUA



El cónsul general argentino en Nicaragua, don Bruno Cittadini, en su despacho.

¿Quién no desea le regalen uno de estos magníficos relojes extra chatos, ORO r 18 k. garantido por 10 años?



Llene HOY este cupón y mándelo.

CUPON «P B T» CON DERECHO A REGALO

Señores A. GUTIERREZ & C.°
Reconquista, 325. BUENOS AIRES.

Adjunto la suma de $ 30 m|n. para que me envíe un cajón de 12 botellas Oporto y un reloj ORO r. 18 ks. de regalo.

....

....

....

Nosotros REGALAMOS a usted uno de estos relojes.

30.000 $ han sido destinados para repartir como propaganda un reloj a cada uno de los mil primeros compradores de nuestro vino

OPORTO
"LAGRIMA CHRYSTI"
HAIMS
(BOTELLA DORADA)

Marca que se impone por su calidad y pureza.



Precio del cajón $ 30 m/n

El reloj se remite como regalo.

Los pedidos deben hacerse adjuntando el importe, si no hay servicio contra reembolso. Donde haya servicio Villalonga, se envía contra reembolso.

Sea usted uno de los primeros.



INFORMACIÓN CINEMATOGRÁFICA

TODA LA CORRESPONDENCIA
a PBT Sección CINES
Av Julio A. Roca 531

EL AÑO CINEMATOGRÁFICO

(Conclusión)

Como compensación, en el año que acaba de terminar hemos conocido nuevas marcas norteamericanas, películas de gran mérito, tanto en los asuntos como en la labor de los intérpretes y del fotógrafo. Famous Players, Lasky, Morosco, Triangle, Fox, Blue-Bird, etc. y varias más, han monopolizado casi las pantallas de los grandes biógrafos.

En este año las casas productoras ofrecen sobrepujar a cuanto hasta la fecha se hizo, y nuevas marcas llegarán a nuestro mercado a disputar el prestigio que las otras tienen legítimamente conseguido.

Esperemos, pues, que se inicie la temporada de invierno, en la que los dueños de salones confían para compensar los déficits sufridos durante la estación actual.

Si la mayoría de ellos imitan la norma de conducta de algunos, muy pocos, que seleccionan cuidadosamente asuntos y marcas, no escatiman luz en la proyección, disponen de buenos aparatos y hábiles operadores y sus salas de espectáculo son cómodas y bien higienizadas, el público responderá a sus esfuerzos y la temporada ha de resultarles provechosa, artística y pecuniariamente.

LA ESCUELA DEL CINE

El gobierno mejicano ha abierto oficialmente una Escuela Nacional de Cinematógrafo, que tendrá por objeto la educación y preparación de artistas en el arte cinematográfico. La escuela, regenteada por el señor Manuel de la Bandera, uno de los directores de escena más competentes de aquella nación, está dando provechosos resultados, habiendo terminado ya una película perfectamente nacional, que reproduce escenas típicas del ambiente mejicano.

La película fué exhibida ante el señor presidente de la república y un selecto número de invitados, quienes quedaron altamente satisfechos del éxito obtenido.

El procedimiento adoptado por el gobierno de Méjico denota una excelente visión de lo que son los métodos modernos de propaganda. El cinematógrafo, en su amplia popularidad alcanzada hoy día y con su virtud de arrojar a los ojos del público los hechos tangentes y modalidades de un pueblo, es más efectivo como propaganda internacional que la misma prensa y que todo un numeroso cuerpo de diplomacia.

Es de desear que nuestra república secunde tan loable iniciativa.

¿Desea usted adquirir fotografías de artistas cinematográficos?

- - - Escríbanos. - - -

NUEVAS PELÍCULAS

Conforme habíamos anunciado, se llevó a efecto el domingo último en el Select y ante concurrencia numerosa la exhibición privada de la magnífica cinta «Una hija de los dioses», en la que figura como estrella la célebre nadadora Annette Kellermann.

Para dar idea de lo notable de esta película, baste decir que su costo ha sido de un millón de dólares, que en una sola escena aparecen cerca de veinte mil personas y que la longitud del negativo asciende a 223.000 pies.

En el número próximo emitiremos juicio respecto a esta última obra de la Fox Film Corporation.

* «La reina joven», el drama de Angel Guimerá, ha sido filmado por una empresa española, cuya representación exclusiva en ésta tiene la nueva empresa Royal Film, de la que son propietarios los señores Julio Zorrilla y Luis Fernández.

* Los últimos estrenos de la Sociedad General son: «Amor de artista» (Metro), «A río revuelto» (Triangle Keystone), «La mujer inocente» (World), «Todo por la patria» (Triangle), «Satcha» (Harcey), «La escuela y el amor» (Triangle).

* La Goldwyn, nueva empresa norteamericana, ha comenzado a exhibir sus cinco primeras producciones, que muy pronto tendremos ocasión de juzgar.

PELÍCULAS ARGENTINAS

Los rigores de la temperatura estival han entibiado un poco los entusiasmos de algunas empresas productoras. Pero la proximidad de la temporada las obligará a reanudar sus actividades, si quieren conseguir sus propósitos.

En esta semana la Argentina Film comenzará a filmar «El rosal de las ruinas», y la Lux Film se dedicará activamente a la impresión de las últimas escenas de «Ironías del destino», que ha de estrenarse en la segunda quincena de marzo.

En cambio, vemos desanimadas a otras empresas que se iniciaron con los mejores propósitos y que sin duda se abandonan al desaliento.

* Se ha constituído en Rosario una nueva empresa cinematográfica con el nombre Greca Film. Iniciará sus trabajos con la película «El último malón», bajo la dirección artística de su autor, el doctor Alcides Greca. Dicho film se está impresionando en los talleres de la Cinematográfica Rosarina, del señor Juan Lluch.

* La nueva compañía cinematográfica «Marchesi Film» ha contratado al señor Alberto Travesa, «meteur en scène», recientemente llegado de Europa, para que dirija la película nacional «Los inconscientes».

* La Patria Film no es de las que se abandonan a los pasados éxitos, pues tiene en estudio una serie de películas, con asuntos de índole especial, que se afirma ha de constituir un excelente negocio.

CORREO

María Rosa de L. — Le enviamos la dirección de las revistas cinematográficas que desea. De Buenos Aires: «La Película», Lavalle 1161; «Cine Porteño», Corrientes 1943. De Montevideo: «Cinema», 25 de Mayo 371. De Nueva York: «Cine Mundial» (edición española), agencia en ésta: Lavalle 770.

Nelly. — ¿Ve usted como no eran promesas? ¿Y ahora?

Un aficionado. — Lea unas líneas antes las direcciones de revistas cinematográficas que desea.

Coca. — La Fox Film Corporation tiene su casa central de Nueva York en 130 West 46th. St., pero puede dirigirse a la agencia en Buenos Aires, Corrientes 951. Muy pronto publicaremos retrato y biografía de ese actor.

L. W. — Por correo se le remitieron direcciones de empresas argentinas de películas.

Geraldine. — No tardaremos en publicar ese retrato.

Maruja la Rubia. — En el próximo número verá el modo de obtener lo qué desea.

Maruja. — Irán sucesivamente publicándose.

ESTRELLAS DEL FILM



Grace Cunard.

SALONES BIÓGRAFOS

Cine Majestic Theatre (Lavalle 843).—Biógrafo.—Estrenos diarios. Atracciones.

Cinematógrafo Callao (Avenida Callao 27). — Espléndido salón. Notable orquesta. Proyección de las más notables primicias de la cinematografía nacional, norteamericana y europea. Estrenos diarios.

Gran Cine Imperial (Cangallo 771). — Espléndido salón. Agradable temperatura. Estrenos de las mejores marcas mundiales.

Cinematógrafo General Mitre (Bartolomé Mitre 1322). — Lujoso salón para familias. Estrenos diarios de las últimas películas de gran éxito, europeas y norteamericanas.

Crystal Palace (Corrientes 1550). — Día 22: «Madame Butterfly» (por Mary Pickford). — 23: «La mujer desdeñada» (5.º episodio), «La cruz de la victoria». — 24: «Miss Washington» (Paramount). — 25: «La mujer desdeñada» (6.º episodio), «La casa de las mentiras». — 26: «La revancha», «Hulda la flor de Holanda». — 27: «El hijo pródigo» (Pathé), «El lechuguino» (Fox), «Blanca Nieves» (Paramount).

Cinema Eslava (Suipacha 686). — Estrenos diarios de las exclusividades cinematográficas de más éxito en Europa y Norte América.

Teatro Cine Soleil Palace (Corrientes 3150). — Películas Fox y Paramount. Estrenos diarios. Varietés.

Cine Moderno (Corrientes 976). — Panorama cinematográfico de las exclusividades de las grandes casas europeas y norteamericanas.

Teatro Cine Social (Montes de Oca 1643. — Funciones populares. — Martes y viernes funciones populares. — Sección vermouth 0.10. Noche 0.20. — Jueves: Noches blancas, con reparto de juguetes.

Cine San Carlos (Lanús). — Grandes novedades. Programa de la North American Film y Cinematográfica South America.



Comisión directiva de la Asociación de Ayuda Mutua de Empleados de Uniforme de Correos y Telégrafos, que celebró un festival en el salón Unione e Benevolenza.



Aspecto del salón Unione e Benevolenza durante el citado festival de la Asociación de Empleados de Correos y Telégrafos.



Un grupo de aficionados de la Coral Gallega, que tomó parte en la velada organizada por la sociedad Residentes del Ayuntamiento de Lousaine.

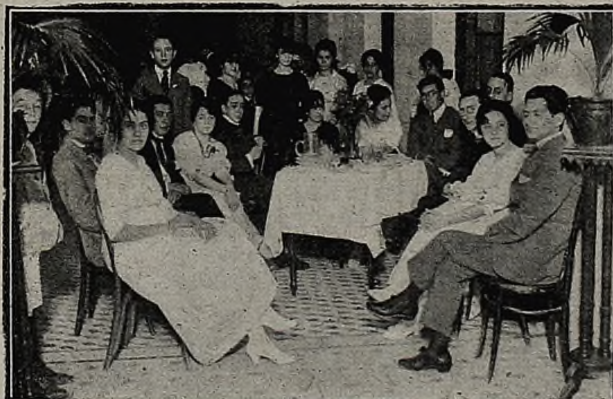


Concurrencia al festival celebrado el 12 en el salón del Centro de Almaceneros por los Residentes de Lousaine.

DE TUCUMAN



Maestras que acaban de egresar de la Escuela Nacional Normal.



Durante el lunch ofrecido a las alumnas del año 1917, egresadas de la Escuela Normal.



La directora y vicedirectora de la citada escuela, rodeadas de las nuevas profesoras.

Fot. Posse.



La convención del Partido Demócrata en el acto de proclamación de candidatos para diputados nacionales.



Después de la ceremonia de enlace de la señorita Rosa Villada Achával con el doctor Manuel Z. Fierro.



Niñas del Colegio Amparo de María, a quienes se administró la comunión.



En General Paz. — Concurrencia al festival celebrado en el biógrafo París - Londres.

Fot. Arena.

DE LA PROVINCIA



QUILMES. — Alumnas egresadas de la Escuela Normal Mixta. Señoritas Borzi, Ferrari, Honores, Lubter, Pierri, Nigra, Cainara, Forbes, López, Palavecino, Rodríguez, Guarino, Capellino, Bazán, Berrana, Oneto, Moreira, Bruno, Liso, Franco, Moreira, Giani, Godoy y Zuda.



AVELLANEDA. — Maestros y alumnos de la Escuela número 46 a su salida para Miramar en busca de reposo a las tareas del año escolar que acaba de terminar.



SAN MARTIN. — Concurrentes al picnic celebrado por la Sociedad Amigos de San Martín.



SAN ISIDRO. — Familias que participaron de la fiesta campestre llevada a efecto por el centro Los Rebeldes.

Fots. Fullana y Mottola.

Aguas de

LE SANCY

Destilada sobre flores

Nora

Kendal





KENDAL	DUC	AMBREE	SIMPLE	NORA
Exquisita y suave.	Unica por su delicado aroma.	Deliciosa para el tocador.	Ideal para el baño.	Extra fina.
Frasco grande, $ 5.50 Loción ...... $ 3.30	Frasco grande, $ 5.50	Frasco grande, $ 5.30 » medio.. $ 3.10 » cuarto. $ 1.90 Loción «Le Sancy», $ 2.65.	Frasco grande, $ 3.20 » medio.. $ 1.95 » cuarto. $ 1.45 » chico.. $ 0.40	Frasco grande, $ 7.— » medio.. $ 4.36

Pídalas en Farmacias y Perfumerías

BLAS L. DUBARRY, Medrano 476 - Buenos Aires.

Cómo escribió Chassaing su canto inmortal "A mi bandera"

PARA P B T.

Fué el doctor Juan Chassaing — al decir de sus panegiristas — uno de esos seres singulares, cuya organización activa y poderosa desafiaron y atravesaron las grandes tempestades de la vida. Dotado de un alma de temple excepcional, no podía marchar al paso señalado a los hombres vulgares. Dueño de una inteligencia superior, de un valor indomable, de una voluntad de acero, tenía a su disposición los medios morales que establecen inmediatamente la superioridad y hacen separar los obstáculos o los doblan. De ahí que Chassaing, arrastrado fatalmente a las regiones activas, que eran la vida para su espíritu y la muerte para su cuerpo, haya dejado en los diarios el surco ardiente de sus escritos y electrizado las reuniones populares con su palabra, que hizo escuchar después en el seno del Congreso Nacional, donde lo llevara el voto de sus conciudadanos; y que sin ser militar se hubiese encontrado en tres campañas y en dos grandes batallas, allá en los días agitados de la organización democrática argentina.

De esta última etapa de su accidentada existencia data el episodio que voy a relatar, tal cual me lo refiriera uno de sus testigos presenciales, y, en cierto modo, actor en el mismo, el eximio poeta y hombre de ciencia doctor Ricardo Gutiérrez.

*

«La noche siguiente a la gloriosa derrota de Cepeda — contábame el cantor de *Lázaro*, — y luego que la columna despedazada acampó en las orillas de San Nicolás, el único cuartel de la ciudad, ocupado entonces por el batallón número 2 del primer regimiento, donde había unas cuantas camas disponibles y una no despreciable provisión de mesa, fué literalmente invadida por nuestros amigos más fatigados y hambrientos.

Supóngase usted que en un miserable cuarto de cinco varas de largo por cuatro de ancho, durmieron como en un palacio encantado, y entre otros amigos, las siguientes personas: Juan Chassaing, Carlos Paz, Julio Crámer, Héctor Varela, Adolfo Bullrich, Manuel Ocampo, Manuel Mom y el que tiene la ocurrencia de este recuerdo.

La noche aquella se pasó del modo más feliz que puede lograrse en un campamento: es decir, durmiendo como unos padres...

Pero las dificultades comenzaron al otro día para aquellas especies de penitentes, que en la noche anterior se habían caminado diez y seis leguas, que es la distancia media entre el campo de batalla y San Nicolás.

Resultó, pues, que Chassaing y Paz estaban sin calzado para levantarse.

Chassaing, a medio camino, había rasgado sus botas sobre el dorso del pie y estaban, además, mojadas como una esponja.

Carlos Paz se había mortificado la planta, y sin tener sus botas más secas que su compañero, no logró introducir sus pies, que habían aumentado un cuarto de su natural anchura.

La cosa se presentaba dificilísima, porque para ir a la zapatería era menester calzado, y en todo el campamento no había más botas libres que unas de mi propiedad, las cuales, aunque no entraban en un dedo de Chassaing, podían contener a todo el señor Paz, vestido y calzado.

Se resolvió, pues, en vista de la urgencia del caso, que iríamos los tres a la zapatería, del modo siguiente: Chassaing con su mismo calzado, apoyándose en mi brazo, y Paz, por delante, metido entre mis botas.

Mi compañero y yo nos deleitábamos en la rarísima figura de nuestro excelente amigo, que siendo, como usted sabrá, uno de los hombres más traviesos y chistosos que pueden hallarse, seguía haciendo de las suyas.

Unas veces caminaba fingiéndose completamente «chueco»; otras veces se *cambaba* de un modo atroz; y por último, en menos de dos cuadras, imitó de un modo asombroso la marcha de los personajes de más rara catadura que se distinguían entonces en nuestra sociedad.

A la mitad de esta escena, yo, con la hilaridad, no podía aliviar el cansancio de Chassaing, y el mismo Chassaing, que apenas podía con su cuerpo, se tomó de un poste suplicando a su amigo que no lo hiciese reir tan dolorosamente.

Así nos encontrábamos cuando, en este momento particular que encierra uno de mis buenos recuerdos, sonó un cañonazo de alarma y... la escena cambió completamente...

— ¡Ah! ¡Ya no estoy cansado! — exclamó Juan Chassaing; y bajándose de la vereda para buscar piso más blando, rompió como una exhalación hacia su campamento del 2 de línea.

Paz y yo permanecimos un instante siguiendo con los ojos la marcha de aquel hombre extraordinario, que cinco minutos antes no podía tenerse en pie, de fatiga, y que entonces, como en todos sus momentos solemnes, demostraba el raro temple de su espíritu.

De allí nos separamos, cada cual para su campamento, y muchas veces, después que aquella alma noble se arrancó de su forma terrestre, he acariciado aquel sencillo recuerdo, evocado siempre con asombro en la memoria de Paz y la mía.

Era menester, para valorar este rasgo, haber hecho aquella marcha desastrosa y ver en aquel instante la ardiente animación que vino, cual un relámpago, a iluminar el hermoso rostro de Chassaing.

Al promediar de aquella tarde se dió principio al embarco de la columna, y las tropas de línea fueron destinadas a tripular la escuadra para el combate de aquella noche.

Al despedirnos sobre una lancha, Chassaing me entregó un puñado de papeles; eran cuatro cartas de su hermana y un pliego doblado en ocho, escrito por él con lápiz en dos de sus carillas.

— Guarda eso — me dijo — hasta que nos volvamos a ver.

Recién nos reunimos en Buenos Aires.

Cuando le entregué su depósito, guardó las cartas en una gaveta de su escritorio, y tomando el pliego con las dos manos lo desgarró, agregando:

— El romance lo rompo.

— Lo mismo es — le respondí, — porque lo tengo de memoria.

Los que han caminado en los ejércitos en pos de ese paño misterioso que se llama bandera, compendio entonces de todos los afectos queridos, pueden penetrar todo el profundo sentimiento de esa poesía tiernísima, que no es, sin embargo, más que una nota vaga y ligera, escapada del inmenso caudal de inspiración de que fué susceptible en la vida el alma de Juan Chassaing.

He aquí el «romance», como él lo llamaba, y en el cual, a pesar de haberlo escrito en el intervalo del embarco, no se verá la más pequeña enmienda.

Y el egregio bardo, a guisa de conclusión de su interesante relato, me recitó la mirífica poesía, cuyo texto dice así:

«Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de ti me arrastra;
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

«Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa muerte,
te agitas y nos llamas!
Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre la pampa,
bajo el cañón del enemigo injusto
a levantarte un trono en su muralla!

«¡Ah! ¡Que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te vieran mis ojos
huyendo en la batalla!
¡Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!»

*

Tal la forma en que nació el canto «A mi bandera» de Chassaing, una de las pocas poesías del malogrado vate patriota, que hoy ocupa lugar prominente en los fastos literarios argentinos.

GONTRÁN ELLAURI OBLIGADO.



Gratis para Vd.

nuestro gran Catálogo ilustrado

Si Vd. no ha recibido ya uno de los 50.000 de nuestra primera remesa

PÍDALO HOY MISMO

Para que el público de toda la República pueda justipreciar debidamente el importantísimo surtido y los excepcionales precios de todos nuestros artículos

Ofrecemos, por tiempo limitado, el 20 % de rebaja sobre los precios marcados en nuestro catálogo.

Sea cual fuere la distancia del punto del país en que usted esté radicado, escríbanos AHORA MISMO pidiéndonos este catálogo y habrá hallado la manera de adquirir, con grandes ventajas y economías, los objetos más artísticos, más novedosos y adecuados para obsequios prácticos y de buen gusto.

GRAN BAZAR -- PEDRO BIGNOLI

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ARTÍCULOS PARA REGALOS

Gran fábrica y composturas de paraguas, bastones, sombrillas y abanicos.

C. Pellegrini 300, esq. Sarmiento - Bs. Aires.

Todos nuestros artículos los remitimos con embalaje gratis.

TINTA DE IMPRENTA

Confidencias, por Rómulo Angel Romero. — En un grueso volumen, que acopia una abundante cosecha intelectual, el señor Rómulo Angel Romero ha reunido una colección de inspirados versos, de sabor romántico.

El autor se muestra buen poeta, novedoso y cuidadoso del buen gusto.

El clero católico y la educación, por Constancio C. Vigil. — La Editorial Tor ha puesto en circulación el primero de una serie de folletos monográficos sobre temas de palpitante actualidad, de que es autor el conocido periodista señor Constancio C. Vigil.

«Exposición y crítica» es el título general de la colección que nos ocupa.

Por el tema, por su estilo, por sus observaciones profundas, el trabajo citado es de gran interés, sobre todo por los puntos de vista tomados por el autor.

Gris, por Pedro Miguel Obligado. — Tal el título de un volumen de versos, editado por la Cooperativa Editorial de esta ciudad.

Es un libro de juventud, en el que el autor ha volcado una inspiración sincera.

El estilo es sencillo y buena la versificación, libre de snobismos de mal gusto.

Pedro Miguel Obligado.

Levántate y anda, por Adriano Suárez. — La casa Rubio, Cabildo 2680, ha puesto en venta la segunda edición de esta obra, destinada a pregonar los principios fundamentales y las normas prácticas de autoeducación y cultura humana que conducen al hombre hacia una vida mejor.

Cultura. — Ha aparecido el primer número de esta revista local. Lujosamente presentada y con un abundante sumario, no ha defraudado las impresiones que a su respecto existían. Es un valioso elemento que se incorpora al periodismo nacional.

Primas semestrales de la revista paulistana «Letras». — Como un suplemento a sus ediciones, la revista «Letras» de San Paulo (Brasil), viene publicando interesantes cuadernos literarios. El quinto de estos cuadernos contiene una interesante colección de poesías, en castellano, del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de Venezuela en el Brasil, doctor Emilio Constantino Guerrero, anotadas por el señor Félix Díaz de Aguiar.

El saneamiento de la vivienda en la profilaxis de la tuberculosis, por el doctor J. F. Cafferata. — En un folleto editado por la casa Cubas, de Córdoba, el doctor Cafferata ha reunido sus apuntes presentados a la Conferencia Nacional de Profilaxis contra la Tuberculosis.

Aunque el trabajo se limita a estudiar la relación entre las condiciones de la vivienda y la mortandad por tuberculosis en el municipio de Córdoba, no por ello deja de tener un alto interés científico.

Pordiosero de amor, por Edmundo Montagne. — Este conocido poeta nos brinda con este libro un nuevo fruto de su ópima cosecha.

Versos llenos de inspiración, sentidos y galanos, he aquí el contenido de esta obra, en la que palpita un alma siempre joven, como el alma de los pájaros, que no saben contar los días y que por eso cantan alegremente, sin preocupaciones.

Montagne, que ha escrito mucho y bueno, no necesita, aunque los merezca, mayores elogios de su libro.

La buena nueva..., por Florencio J. Amaya. — Libro de poesías, prologado por Luis María Jordán.

Paso de los Andes y Batalla de Chacabuco, por Carlos M. Urien. — La librería Mendesky acaba de editar esta obra, en la que el autor, conocido por sus estudios históricos y geográficos, apunta algunas rectificaciones históricas sobre los temas que dan título a la obra.

Rimas fugaces, por Pacífico Guerrero. — Tomo de versos editado en Santiago del Estero, que el autor llama ensayo poético.

Vendimia temprana, por A. J. Fontanillas. — Tomo de poesías juveniles. El autor, al hacer la presentación de sus obras, dice: «Entre el dolor de las primeras contrariedades y la premura de quien tiene que escribir prosa para diario en un ambiente hostil a todas las idealidades, estas páginas fueron escritas.

«Más tranquilidad de espíritu hubieran hecho más pulidas estas rimas.»

IMPORTANTE

Remitimos un importantísimo libro-catálogo, muy útil en toda casa de familia. Envíe hoy mismo su dirección a:

J. M. SPLENTTE C. correo 1904.

Para comer bien y barato

Rotisserie y Bar "Petit Savoy"

DE

RICARDO ÁLVAREZ - Sarmiento, 477

BUENOS AIRES U. T. 2287, Avenida

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

LA TRILLADORA

Despierta el trovador de la campaña
extendiendo su nítido silbido
sobre el inmenso piélago dormido
de mieses de oro que la bruma empaña.

Es un grito vibrante y absoluto,
cuyo eco, de infinita lontananza,
arranca al corazón una esperanza
y al fuerte brazo el varonil tributo.

El simbólico canto soberano
ya surge de la activa trilladora,
como canción soberbia y zumbadora
que va a perderse en el confín lejano.

Mientras nace la luz que magnifica
el episodio precursor de vida,
el alma se enaltece, conmovida
por la noble labor que significa!

Eduardo I. Richaudeau.

EGLOGA

Nace Apolo, disipa los huraños
celajes y se apagan los luceros...
Asciende por la paz de los senderos
la blancura augural de los rebaños.

Triscan, pacen y balan sus extraños
coloquios; se arremeten dos carneros,
furiosamente, como dos guerreros...
y el pastor, que es zagal de pocos años,

dirime la contienda con un palo,
corriendo por las breñas al más malo...
Piensa luego — criterio de muchacho —

en la caza furtiva de nidales;
hurgando los agrestes matorrales
para darse de huevos un empacho!

Antonio Amado Villar.

PARA EL

El tiempo ha espolvoreado
de cenizas
mi cabello, que antes
fué de oro.

¡Qué importa que el volcán
tenga en su cima
la nieve inmaculada?

No es desdoro
ceñir una corona de jazmines,
si son blancas las flores
que yo adoro.

La novia, para estar
más hechicera,
de azahares y mugués orna
sus sienes;
y el hombre que hace tiempo
me enamora,
tiene de plata su cabeza altiva,
y sólo pienso en él
hora tras hora.

Estela Margarita Montes de Oca.

AUSENCIA

¡Qué triste está el jardín, amada mía,
desde que tú partiste!
Las flores se marchitan día a día
perdiendo su perfume... Ya no viste
Natura aquellas galas que admiramos
por su rara hermosura,
y aquellos trinos de aves que escuchamos
con deleite venir de la espesura
ya no se oyen... No cantan sus amores
los pájaros troveros,
porque ven, con dolor, cómo las flores
exhalan sus perfumes postrimeros.
Y aquellas brisas suaves que besaron
tu faz inmaculada,
al extrañarte, al punto, abandonaron
con sus dulces susurros la enramada.
Y aquel banco de piedra... aquel lugar
del jardín preferido
por nosotros para ir a conversar
¡qué triste está, si vieras!... Todo ha sido
cubierto, amada, de melancolía...
de nostalgia infinita...
Y así como el jardín el alma mía
desde que tú partiste se marchita.

Antonio Rosende.

Direcciones que convienen anotarse

BILLARES NORTEAMERICANOS

Billares norteamericanos, barandas Monarch, pizarras de precisión, únicos legítimos en plaza. Paño Championat, marfil y demás accesorios a precios sin competencia.

Cía. Brunswick, Libertad 176-192.

KIMONOS

司公葉李

Y JUEGOS DE PIJAMAS de crepé fino desde $ 5.90, y gran surtido en abanicos alta novedad se encuentran en B. Mitre 1001 y Av. de Mayo 601, esq. Perú.

DIENTES FIJOS $ 10

LABORATORIO DENTAL

Dentaduras a 30 pesos. Uruguay 196

CALLICIDA L'ECLAIR

Autorizado por el Departamento Nacional de Higiene. Certificado 304. Hace desaparecer los callos, duricias, ojos de gallo y uñas encarnadas. Se vende con la condición de devolver su importe a quien no dé el resultado positivo. Depósito: Belgrano 3650, Buenos Aires.

NO TIRE LAS HOJAS GILLETTE

Asiéntelas con el asentador «BORZINOL», cada hoja la usará cuarenta veces.. Resultado garantido. Precio del aparato $ 3.50. Franco de porte. Pedidos a Productos «Borzinol», Santa Fe 2166. Buenos Aires. — Folletos gratis, enviando estampilla de 5 cts. para franqueo.

MUEBLES

A PRECIOS DE FABRICA

DORMITORIO en roble macizo $ 220

UNIÓN FABRICANTES

334 - SUIPACHA - 334

CORRAS

para la playa, modelos de última moda, confeccionados en pura goma. Estilos artísticos y bellísimas combinaciones de colores vivos y firmes.

$ 6.50 a $ 1.20

GESELL y Co.

Avenida de Mayo, 1431 - Bs. Aires.

¿QUIERE VESTIRSE BIEN Y BARATO? Vendo trajes de hombre y señora, nuevos y de poco uso, desde $ 10 hasta $ 38. Antonio Peschke, Esmeralda 798, Bs. As.

PARTERA

CHIVALE

Profesora especialista en retenciones y curaciones. Garante el resultado. Comodidad para pensionistas de larga estadía. Precios módicos. Sin chapa.

ALBERTI 1157.

Cassullo Hnos.

DENTISTA-CIRUJANO

Av. de Mayo 1111. B.A.

EMILIO ZOPEGNI

Relojero del Jockey-Club

Corrientes 1627.-Bs. As.

Taller de relojería.

DISCOS

GRATIS Catálogo N.° 6

Casa Chica, Salta 676, B. A.

Extractor de Vello V. Giner

Unico en el mundo que extrae el vello de raíz sin dolor, por fuerte que sea. ENTRE RIOS 926. Prueba gratis en mi consultorio.

CHAPAS DE BRONCE

Grabadas, de 24 x 14, $ 7; 30x20, $ 11; 40x30, $ 21. Placas y coronas bronce, artísticas para homenajes. Catálogo gratis. Sello goma, $ 2. P. Barreiro, Sáenz Peña 153, Bs. As.

"ESSENKAY"

Substituye ventajosamente al aire en los neumáticos de automóviles. ¡NO MAS PINCHAZOS! ¡NO MAS EXPLOSIONES! Elasticidad perfecta. Seguridad en la marcha. Elimina accidentes. Evita molestias. Aminora el gasto de nafta y cubiertas y hace del automovilismo un placer. NO PIERDA TIEMPO. CALCE SU AUTOMOVIL CON «ESSENKAY». Actualmente lo usan más de mil coches con resultados sorprendentes. Pidan prospectos A. Necesitamos agentes en la campaña. GOMEZ SOLÉ y Cía., únicos introductores. CANGALLO 1355. Buenos Aires.

ENTRETENIMIENTO

Charada dialogada

— ¡Qué cara tan tercia tres tiene dos dos!

— Está mirando hacia el prima de todo, a ver si descubre la tercia dos que se cayó del roble.

— Pues si no prima tercia la predicción de papá no la encontrará.

Preguntitas

¿Cuál es el número mayor que se pued escribir con tres 9?

¿Qué hace falta para llenar un vaso?

¿Cuál es el futuro de «gato»?

Demostrar que la mitad de 12 es siete.

Imperativo logogrifo

64 1532

```
              * ✱ **
              * ✱  *********
             ** ✱ *
           **** ✱ ** * ******
        ******* ✱  ** ********
******* ***     ✱  ** *****
              * ✱ ** ********

   ** ******    ✱ ** ******
            *** ✱  *********
            *** ✱ *** ****
     *******    ✱ ** *****
    ******* *   ✱ *****
            *** ✱ ** ** ** ******
```

En la línea de estrellas, nombre de un célebre escritor francés, y en la de asteriscos, algunas de sus obras principales.

SOLUCIONES A LOS ENTRETENIMIENTOS DEL N.° 686.

A los Comprimidos:

TRASIEGO — ENEAS.

Al Logogrifo numérico:

MERCERIA
12345678

A Fuga de sílabas:

Mi vida es un erial;
flor que toco se deshoja,
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

A Obra célebre:

LOS INTERESES CREADOS.

Solucionistas

Tirso de Molina, Leonor Rosich, Jacinto Loudet, Domingo Deyans, Enrique Guerrero, Teodoro Villa, Luis M. Colombi, Ernesto Grimaldi, Santos Oría, Artigas González, Manuel Correa, Samuel Ortiz, Bienvenido Pereira, Lorenzo Anaya, Teresita y Lolita, Miguel Castillo, José M. Cio, Federico Díaz, Clemente Valentini, etc., etc.

TEATROS DE LA COMEDIA, MAYO, AVENIDA Y BUENOS AIRES.

Por acuerdo de las empresas de estos teatros, obsequiaremos con un palco sin entradas a los primeros 224 lectores de P B T que reconstituyan la frase:

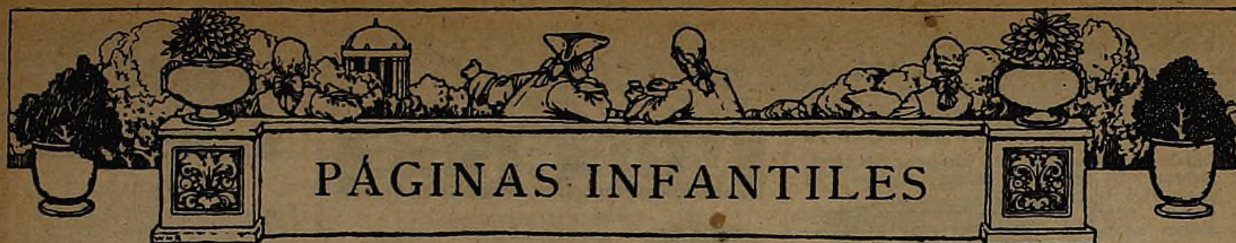
El dinero no es la felicidad.

con palabras tomadas de los avisos de este número, indicando la página en que cada palabra aparece, o solucionen acertadamente cualquiera de los entretenimientos contenidos en esta página.

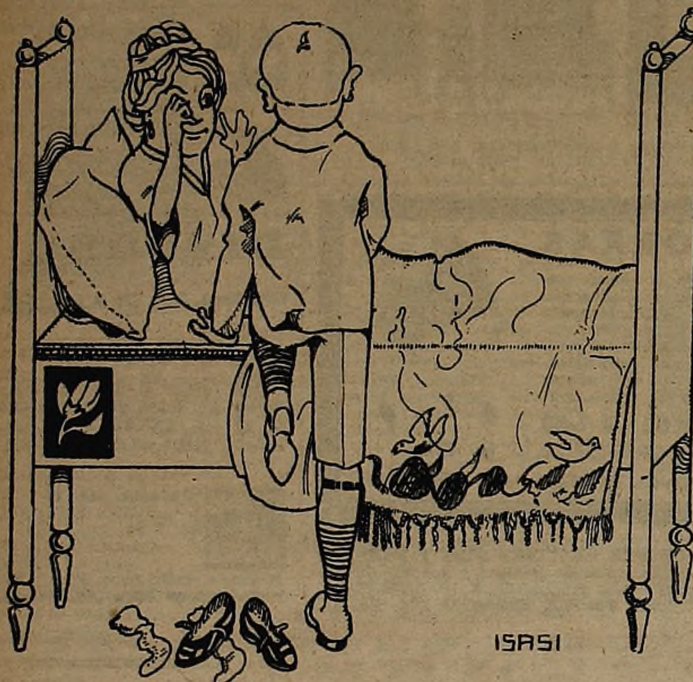
Para optar al premio de los palcos, es necesario acompañar esta hoja entera con la nota de las soluciones y remitirla antes del 26 del corriente; también debe unirse una estampilla de cinco centavos para el envío del vale por correo.

Los sobres deben venir dirigidos al señor "Redactor encargado de la sección Entretenimientos".

Los vales de palco sirven para una función durante la temporada.



LAS BARAJAS DEL REY DE LOS DUENDES



Era el amanecer; las telarañas se extendían sobre el césped como una espuma de seda, y las gotitas de rocío brillaban como diamantes. Se conmemoraba un gran día, el cumpleaños de la traviesa Ella, rubia encantadora de ocho años, quien realizaría un paseo a orillas del río, a la sombra de unos frondosos sauces y en compañía de sus amigas favoritas.

Al correr sobre la húmeda hierba, vió debajo de un hongo inmenso una criatura muy rara. Apenas alcanzaba a medio metro, con el rostro surcado por arrugas profundas, con dos ojos vivarachos y un jazmín que, plantado como una estocada, adornaba su blusa amarillenta.

— «¡ Chit !» — díjole. — «Yo soy Puc, el rey de los duendes. Tú eres una niña muy buena; aquí tienes tres barajas; póntelas en el bolsillo y, cada vez que desees algo en el día de hoy, toma una de las barajas, la que desaparecerá y tu deseo se realizará al instante».

Ella quedó encantada, las puso en su bolsillo y continuó su paseo a saltitos. Hizo los preparativos para la excursión con sus amigas, y después del almuerzo se pusieron todas en marcha.

Era un día sofocante, y las buenas niñas comenzaron a fatigarse, cuando a Ella se le ocurrió decir: «¡ Oh, cómo me gustaría tener un automóvil !» Como en el mismo instante buscaba su pañuelo en el bolsillo, tocó por casualidad, con sus delicados deditos, una de las barajas. Apareció un precioso automóvil, y se detuvo delante de las chicas.

Ella recordó al duende y, llena de alegría, exclamó: «Salten al auto, es nuestro».

Llegaron a la región de los sauces y jugaron con toda libertad, hasta que al llegar la tardecita sintieron deseos de comer algo. Ella puso las manos en los bolsillos y se detuvo a descansar, cuando ¡oh, alegría! sintió que aun tenía dos barajas. Apretó una con fuerza y dijo: «Quisiera una comilona para todas mis amigas». Al instante apareció un carrito que se detuvo debajo de un gran árbol y descargó una variedad de golosinas: galletitas, pastas, panecillos, cremas, helados, bombones. Tazas de rica porcelana, teteras, cafeteras y chocolateras de plata completaban la carga maravillosa. ¡ Qué fiesta tuvieron las chiquillas! Al fin quedaron todas satisfechas, y el carrito levantó los restos del festín alejándose con misterio.

Habiendo comido más de lo necesario, las amiguitas de Ella se recostaron sobre el césped sin deseos de jugar más. Una de ellas, Lila, comenzó a quejarse exclamando: «¡ Ay !, siquiera no hubiese devorado tantos dulces, me siento enferma.»

Algo indignada Ella, díjole: «No seas ingrata, mala, nos estás molestando con tus quejidos». Y, al decir esto, colocaba la mano en el bolsillo y apretando la última baraja, deseaba que su amiga Lila se indigestase mucho más.

Se oyeron sollozos y — «¡ Ay, ay ! que me muero, me muero de dolor... ¡ ay !...» Lila seguía peor. Todas las chicas se alarmaron, y Ella más que ninguna. Sintió tanta vergüenza y tanta pena, que deseó no haber tenido jamás esas malditas barajas.

Otras chicas comenzaron a descomponerse y a llorar; ¿qué ocurriría?

Con sorpresa, Ella oyó que le decían algo al oído: «Levántate, querida, son las 8 a. m. y que los cumplas muy felices».

De un salto, Ella se incorporó y, frotándose los ojos, se encontró en su cama y ante su hermano Carlucho que la abrazaba con ternura.



Rodeada de regalos de mamá, papá, abuelita y madrina se dispuso a vestirse; pero, distraída, recordaba el paseo, el duende y las barajas, hasta que, soltando una carcajada, que sonó como un centenar de campanillas de plata, comprendió que todo fué un sueño y una lección. Feliz al sentirse en otro mundo, se levantó contentísima para hacer los preparativos del paseo con sus amigas, jurando no aprovechar de los dulces, ni desear nada feo para sus camaradas, temiendo que el sueño resultara realidad.

MARÍA LEONOR SMITH.

LA PRINCESA LIRIO. La princesa Lirio, la bella princesita de ojos de turquesas y cabellera de color de sol, vaga entre la esplendidez de su regio jardín, llorando acongojada.

Gota a gota, el llanto se desborda de sus ojos y cae entre las flores de delicadas corolas, como cálida lluvia de rocío. El día ha huído, con su sol, sus brisas y sus pájaros, y el hada de la noche cubre con sus regios crespones a la tierra en calma.

Mas la princesa Lirio no cesa de llorar, y el sonido de su llanto desgarrador ha llegado a oídos de la nocturna hadita, la cual, batiendo sus sutiles alas, se dirige hacia el lugar de donde proviene.

— Bella Lirio, dime: ¿por quién lloras? — le dijo el gentil geniecillo, llegado que hubo junto a ésta.

— ¿No sabes aún por quién lloro?, ¿no sabes aún que ayer a la mañana muchos hombres, ¡muchos!, se llevaron a mamá, la reina, en una caja de riquísima madera perfectamente labrada? ¡Si vieras, hadita, qué hermosa era la caja! Papá lloraba, y también las condesas, las marquesas y los duques y los barones, todos lloraban... menos yo. Estaba contenta porque mamá estaba muy bella con su vestido de espuma del lago Azul y coronada con flores del país Maravilloso. Más tarde me dormí apoyada en la hermosa caja, y cuando desperté, me hallé tendida en un sofá del gran salón, pero mamá no estaba... no estaba ya...

Desde el alba, la busco desesperadamente, en el palacio, en el bosque, en mi jardín, pero sin tener la dicha de encontrarla; ¿me ayudarás tú, hadita?

— ¡Imposible, oh mi regia doncellita! Pues tu santa madrecita está entre los ángeles del cielo, junto al trono de la Virgen — le respondió el hada.

— ¡Yo quiero ir al cielo!... — clamó desesperada Lirio.

— Cálmate, niña, y escucha: Tu padre el rey necesita tu tierno cariño y tus cuidados; sé muy buena con él y continúa la santa obra de tu madre. Piensa sin cesar en ella, sigue sus ejemplos y sus sanos consejos y así la verás eternamente grabada en tu memoria. Vete ahora a consolar al rey.

Dócil a la orden dada por la bella hadita, la acongojada princesa Lirio dirigióse al palacio con el alma destrozada por el dolor y el corazoncito herido por la pena...

Han transcurrido muchos años desde aquel día y la princesa Lirio es ya reina, una reina hermosa, más que por su belleza, por su bondad y sin par dulzura. — MARIANO J. BEOVIDE.

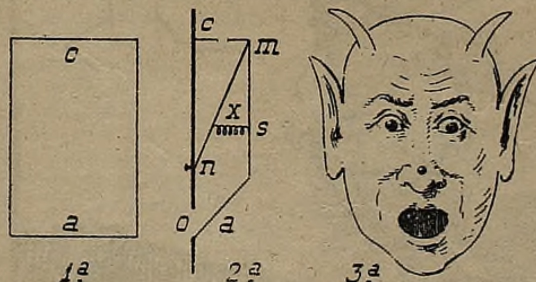
CONSTRUCCION DE JUGUETES

EL MASCARON

Para muchos niños es el blanco más apreciado de todos, y su fabricación tampoco es muy difícil.

Constrúyase una caja de cualquier forma, por ejemplo, rectangular (fig. 1.ª), de unos 30 centímetros de largo por 20 o menos de ancho y de 8 ó 10 de fondo: estas dimensiones pueden variarse cuanto se quiera. La base inferior, a, no es paralela a la superior, c, sino inclinada (fig. 2.ª), de modo que el fondo de la caja es menor que la boca. En la parte superior, m, de la tabla del fondo, hay sujeta con goznes otra tabla, m n, que le ocupa todo, libre por el extremo inferior, en medio del cual lleva un botón o pitoncito de madera. En la misma tabla del fondo, hacia el punto s, hay fijo un muelle, x, que mantiene inclinada la tabla m n.

La tapa de la caja es una tabla gruesa para que resista los golpes de las pelotas, recortada en la forma que exija



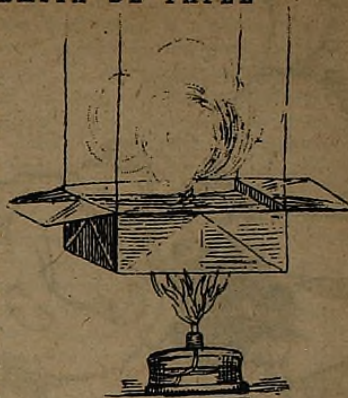
el contorno de un «mascarón» pintado en ella (fig. 3.ª). La parte de la boca está cortada, y al clavarle en la caja hay que dejarle la boca, o, (fig. 2) al nivel de la tabla inclinada de la base. El pitoncito de la tabla interior, m, n, sale fuera de la tapa por la nariz del mascarón.

Para jugar con él, por el agujero c de la tabla superior se echan las canicas, almendras, etc., objeto del juego, que quedan detenidas por la tabla inclinada m n. Luego se cuelga el mascarón en el sitio designado, y desde la meta van tirando con la pelota por el orden correspondiente. Cuando alguno da con ella en el pitoncito de la tabla m n, que sale fuera de la tapa, con el golpe cede el muelle x, las cosas detenidas caen sobre la tabla inferior a, y, como también está inclinada, salen por la boca para premiar al afortunado tirador.

Por lo tanto, el muelle no debe ser muy fuerte, para que ceda fácilmente con el pelotazo: unas cuantas vueltas de alambre regular bastan para mantener la tabla en la debida posición. Con lo dicho basta para obtener el resultado apetecido; pero con un poquito de habilidad se consigue además que el mascarón, al arrojar los objetos, mueva los ojos y saque la lengua, como si le apretasen la garganta.

CIENCIA RECREATIVA

MARMITA DE PAPEL



Se construye un cajoncito de papel, de esos que los niños hacen tan bien, y en cada uno de sus cuatro extremos se ata un hilo, que sirve para colgar este recipiente a una altura apropiada. En seguida se llena de agua el cajoncito y se coloca sobre la llama de una lámpara de espíritu de vino. El agua llega a hervir sin que el papel se queme.

Advertimos, innecesariamente tal vez, que la cacerola improvisada ha de ser calentada de tal modo que la llama toque solamente a las partes que se encuentren en contacto con el agua.

LA BONDAD. Los grandes hombres de ciencia han sido en su inmensa mayoría pacientes, laboriosos y alegres. Tales fueron Galileo, Descartes, Newton y Laplace. El matemático Enler, uno de los más grandes filósofos naturalistas, poseía en alto grado estas felices cualidades. Hacia el fin de su vida quedóse completamente ciego, pero continuó escribiendo tan alegremente como antes, supliendo la pérdida de su vista por diversos medios mecánicos muy ingeniosos, y ejercitando su memoria de un modo incesante, la que concluyó por hacerse excesivamente tenaz. Su mayor placer era tener cerca de sí a sus nietos, a quienes daba lecciones en los intervalos de sus estudios serios.

A semejanza de él, el profesor Robinson, de Edimburgo, el primer redactor de la *Enciclopedia Británica*, impedido de trabajar por una enfermedad larga y penosa, hallaba su mayor distracción en la sociedad de su nieto. «Siento un encanto infinito — escribía a Jaime Watt — en observar el desarrollo de esa pequeña alma, y sobre todo, esos innumerables instintos que otras veces dejé pasar desapercibidos. Agradezco a los teóricos franceses el haber llamado mi atención de un modo particular hacia el dedo de Dios, que yo conozco hoy en cada movimiento más o menos brusco, en cada capricho más o menos extraño del niño. Esos movimientos, esos caprichos constituyen las manifestaciones de su vida, de su desarrollo y de su fuerza. Lamento vivamente no tener tiempo para hacer de la infancia y el desarrollo de sus fuerzas mi único estudio.»

TENACIDAD



—¡Le digo a V. que no se puede pasar!
—¡Y yo le digo a V. que pasaré!



—¡Será por encima de mi cuerpo!



—¡No, señor; por debajo!



—¿Lo vé usted?

¿POR QUÉ MENTIMOS?

El doctor Austregesillo, catedrático de la Facultad de Medicina de Río Janeiro, enfocando el problema desde el punto de vista psicológico, afirma que la mentira está grabada en el carácter del hombre como un añejo estigma. Predomina, dice, en la segunda infancia, declinando en la pubertad y en la edad adulta: se va disipando con la madurez y con la ancianidad, para tan sólo desaparecer por completo en casos raros. El alma del hombre, en su evolución, resume la de la humanidad: es la ley ontogénica. Apareciendo predominante el hábito de mentir, ello indica que el linaje humano contaba en sus comienzos con la mentira para entablar sus luchas y conseguir progresos y triunfos, siendo a la sazón condición psicológica normal.

La mentira, la simulación, el ardid, constituyen los caracteres del hombre salvaje, y el engaño es la modalidad predominante en el alma infantil, que la emplea, no sólo por la tendencia natural de la evolución de su mentalidad, sino también como un arma de defensa contra los castigos de los padres y de los maestros.

Hay niños que mienten por instinto, sin necesidad de defenderse, y tales faltas son fomentadas por los cariños maternales, cuando se llevan a la exageración. El psicólogo francés Duprat menciona hechos interesantísimos de niños que llegaron a concebir embustes que sorprendían al espíritu más perspicaz. El doctor A. Benavides menciona en un estudio la observación siguiente, por demás interesante: Una niña de doce años llegó a la escuela diciendo que su madre se hallaba en cama. En los días subsiguientes refirió los detalles de la enfermedad. Esta se agrava, y finalmente fallece la madre. La niña dejó de concurrir a la escuela dos o tres días. Cuando volvió a clase, estaba llorosa y vestía de luto. Transcurrido algún tiempo, anunció que su padre se disponía a contraer nuevas nupcias. La pequeñuela refirió todos los detalles del casamiento del padre, del mismo modo que describiera el entierro de la madre. Posteriormente, logró averiguarse que la madre de la niña vivía, que nada había ocurrido en la casa y que todo era pura invención. Preguntada la niña por qué había inventado aquella historia, contestó que para hacerse interesante entre sus compañeras.

Duprat refiere que una niña de nueve años dijo haber perdido una hermana, pura mentira imaginada para que las personas que la trataban la consolasen. Jouckerre relata otro hecho muy característico: A un profesor se le extravió un manojo de llaves y trató de indagar entre sus alumnos. Tres afirmaron que lo vieron en manos de un compañero que se hallaba enfermo en el hospital: el profesor se dirigió allí, preguntando al alumno, y éste confirmó la sospecha, refiriendo que las llaves eran niqueladas y que se hallaban sujetas a una argolla, y que él las había dejado en una gaveta de su casa, y que al hallarla su padre exclamó: «Muy bien; de aquí en adelante estamos libres de rateros». Añadió el alumno que su padre limó las llaves para adaptarlas a la cerradura de la puerta, quedándose con dos de ellas y entregando las otras dos a la madre. El profesor convencióse de la historia por la minuciosidad con que se la expuso su alumno y porque todos los detalles eran verosímiles. Sin embargo, hecha una requisa, halláronse las llaves en la propia gaveta del profesor y nada de lo que había referido el niño era cierto. Interrogado el muchacho acerca de los motivos que le indujeron a mentir, limitóse a contestar: ¡No sé!

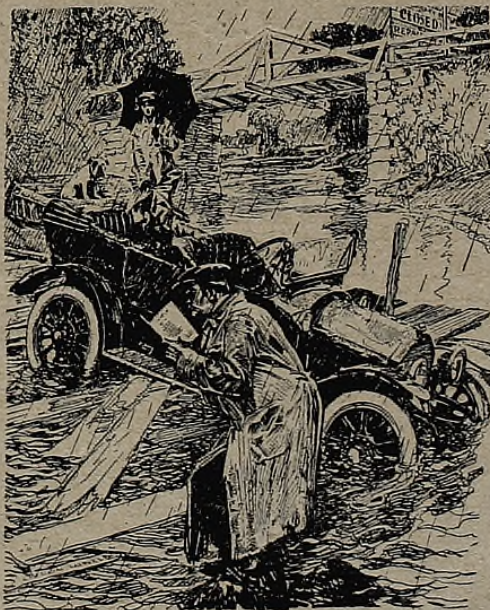
Hechos semejantes, a juicio de Austregesillo, son indicios patológicos y ya no pertenecen a la leve tendencia de los niños a los embustes. Cree el profesor de Río de Janeiro que la mentira proviene de un instinto de defensa. El avestruz, al ocultar su cabeza con las alas, pretende engañar al cazador. Las artimañas de los animales para escapar a la persecución de los más poderosos, la astucia de los felinos para dominar la presa, la traición, fueron los gérmenes que el hombre recibió inconscientemente y que hubieron de transformarse en la futura mentira, que es, como atestigua Duprat, un hecho psicológico, dinámico, oral o no, por el cual alguien se propone infundir en el espíritu de otro una creencia positiva o negativa, no estando, sin embargo, en armonía con lo que el autor considera como verdad. Es, como dijo Benavides, la objetivación del error intencional. No siempre el error lleva aparejada la mentira: la condición necesaria para tal proceso es la intención. Cualquiera puede exagerar o mentir inconscientemente, dependiendo todo del propósito de persuadir de que lo que se dice es verdad. La esencia de la mentira reside, pues, en el deseo de engañar, de ilusionar y de ejercer una sugestión en provecho del autor de la falsedad. Significa un proceso mental artificioso, y por los elementos psíquicos de la imaginación con que está elaborado simula una gran capacidad intelectual. Si discurrimos, sin embargo, que la astucia, que constituye la base esencial, es compatible con las inteligencias inferiores de los débiles y de los imbéciles, advertimos que toda la fantasía empleada es de calidad bastarda y de pocos quilates.

Varios elementos psicomorales son traídos a colación por el deturpador de verdades, a saber: la facultad imaginativa y fantaseadora; la defensa moral o material del individuo; la sugestibilidad de aquel a quien se dirige la mentira, y, por último, la autosugestibilidad del que urde el embuste. Tales elementos son indicios de debilidad ética. Este proceso psicológico moral tiene gradaciones: la fantasía, la mentira y la calumnia.

En los niños, la fantasía es natural; como señala el psicólogo francés Paulhan, la incoherencia hace presa en el espíritu de los pequeñuelos, es en el adolescente habitual y frecuente en muchos adultos, sobre todo en los poetas, novelistas, cuentistas, cazadores, viajeros y exploradores de tierras y mares no navegados en otros tiempos. Savage Landor dió una prueba de tales facultades. Los cuentos de las «Mil y una noches», las fantasías de Hoffmann, las grandiosas y fantásticas creaciones de Huysmann, son pruebas de esta facultad extraña y a veces deliciosa.

Hay hombres cuyo temperamento rastrea la vida entera por la fantasía; son eternos soñadores; perennes contempladores, cuya alma está formada de burbujas de jabón. Otros elevan el coeficiente de esta calidad hasta los lindes de la patología, y surgen entonces los «mitómanos», estudiados por Dupré, y los «seudologistas fantásticos» examinados por Delbrugh. La mentira es un producto psicológicamente más adelantado, hablando de un modo paradójico.

El sexo femenino tiene más propensión a la mentira que el masculino, máxime en cuestiones apasionadas. Sin embargo, en la vida social, la necesidad de recurrir a la mentira es apremiante. Comienza por la diplomacia, que por labios de Talleyrand afirma que la palabra se ha hecho para ocultar el pensamiento. Max Nordau, que escribió un libro intitulado «Mentiras convencionales de la civilización», que alcanzó gran éxito, describe las varias gradaciones de la mentira. Sin que haya ofensa para los puritanos, puede decirse que la mentira constituye un elemento de defensa en la existencia, y la simulación, que es la mentira en su grado mínimo, sirve para amparar a los animales y al hombre de las persecuciones en las luchas biológicas y sociales.



TODO MENOS ESO

Lo malo de estas guías automovilísticas es que nunca dicen cómo salir del caso especial en que está uno metido.

De «Life».


Socios del Club de Gimnasia y Esgrima que jugaron los diferentes partidos de tennis, inaugurales de las canchas nocturnas.


Parte de la numerosa y selecta concurrencia al acto inaugural de las canchas nocturnas de tennis.


Grupo de algunos de los concurrentes a la convención del Partido Radical Nacionalista.


El candidato a diputado provincial señor C. Benítez pronunciando su discurso después de la convención radical nacionalista.


Concurrencia en el Club Los Andes, durante la asamblea del Partido Radical disidente, con motivo de las próximas elecciones provinciales.


Asamblea pública del Comité de la Juventud del Partido Demócrata Progresista. — Durante el discurso del doctor Loza.

ENLACE


Señorita Clotilde Meana, que ha contraído enlace con el doctor Víctor Bayana.

NECROLOGIA


Señorita María Teresa Scuticchio († el 26 de diciembre).

DE GENERAL RODRIGUEZ (F. C. O.)


Baile celebrado por los conscriptos de la clase de 1917 en la Sociedad Italiana, a cuya fiesta concurrieron numerosas familias.

Fot. Falocchi.



LOS APELLIDOS Y SU ORIGEN



EZPELETA. — Los de esta familia toman su nombre de la villa de Ezpeleta (en eúskaro, «sitio poblado de boj»), situada en la vertiente francesa de los Pirineos, a diez y nueve kilómetros de Bayona. En dicha villa nacieron los primeros de este linaje, y siendo de familia noble, de humilde lugarejo que era convirtiéronla en verdadera plaza fuerte, carácter que volvió a perder hace cerca de tres siglos.

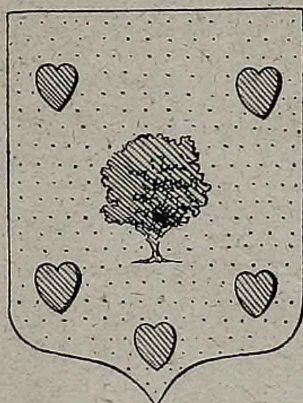


Los antiguos señores de Ezpeleta servían tan pronto al rey de Francia (o al de Inglaterra cuando ésta fué dueña de la antigua Aquitania) como al de Navarra, pero inclinándose más a este último. De aquí que los monarcas navarros concediesen a muchos miembros de la familia señoríos en la parte sud del Pirineo, pasando así a España el apellido.

Sábese positivamente que los que podríamos llamar Ezpeleta de pura raza, es decir, los herederos del apellido por línea masculina, terminaron con García Arnoldo de Ezpeleta en el siglo XIV, por haber muerto en la guerra su único hijo varón sin dejar sucesores. La herencia pasó entonces a su hija, doña Juana de Ezpeleta, y habiendo ésta casado con Oger de Garro, también de familia francesa, pero establecido en Navarra, los hijos de este matrimonio tomaron el apellido materno en vez del paterno.

Entre los descendientes de los antiguos Ezpeleta figura San Ignacio de Loyola, uno de cuyos antecesores era hijo de doña María de Ezpeleta, nieta del primer señor de este linaje, cuya existencia se conoce con seguridad.

Las armas de Ezpeleta, que aun figuran en escusón en las de muchos linajes de éste derivados, son de plata, con un león de gules, y en el yelmo o la corona, por cimera, la cabeza de un perro braco puesta de perfil.



ESPINO. — Según los datos que parecen más dignos de crédito, este linaje procede de la que hoy es provincia de Zamora, descendiendo los que a él pertenecen de los primeros señores del antiguo Valle del Espino, que dió nombre al lugar de Valdespino, en dicha provincia.

Al formarse este lugar y tomar dicho nombre, los señores de Espino pasaron a serlo de Valdespino, y de aquí que las familias que llevan hoy uno de estos dos apellidos sean de un origen común, teniendo también las mismas armas.

Estas son de oro, con un arbusto de sinople, figurando un espino, y cinco panelas también de sinople.

BARDAJÍ. — Es Bardají el nombre de un valle de la provincia de Huesca, que el rey don Pedro I de Aragón concedió en señorío a un caballero llamado Jimeno Fortuñonez, que procedente de Francia fué a establecerse en Aragón, acompañado de dos hermanos suyos a quienes el mismo monarca hizo señores feudatarios en la abronía de Caudi.

Los descendientes de Fortuñonez no tardaron en tomar por apellido el nombre del valle, pero escribíanlo en lemosín, Bardaixí, pronunciándolo Bardachí.

Este apellido trae por armas, según explica extensamente Zurita en sus «Anales de Aragón», campo de oro con tres fajas de Azur.

MÉDICOS OCULISTAS GRATIS

SISTEMA SUVÁ



Si quiere usted conservar su vista, compre sus anteojos en el INSTITUTO OPTICO OCULISTICO SUVÁ, que es el primero y único en Buenos Aires que ofrece a usted el Examen de la vista y receta GRATIS por Médicos Oculistas en Consultorios Particulares. Este beneficio que ofrecemos, no aumenta el precio de los anteojos.

Precios con derecho al examen médico y receta gratis.

Lente sublime, de oro 14 k....... $ 15
Lente sublime, de oro reforzado... $ 10
Lentes o anteojos de oro ref. 14 k.. $ 10
Lentes o anteojos de níquel fino.... $ 5

Nota. — Todas las recetas son preparadas con cristales de primera calidad y bujes de seguridad para evitar que se rompan.

Instituto Óptico Oculístico SUVÁ
350, FLORIDA, 350

HERNIAS



SE reducen sin operación, sin dolor ni molestia, mediante nuestros bragueros modernos para todas las enfermedades de ambos sexos.

FAJAS para obesidad, línea blanca, hernia umbilical y descensos abdominales.

SE aplican placas pneumáticas (legítimas) para dilatación de estómago y ptosis renal, etc., según receta médica.

MEDIAS Y VENDAS ELASTICAS PARA VARICES Y REUMATISMO.

PIDAN PRECIOS

PORTA Hermanos. PIEDRAS, 341 BUENOS AIRES.

ESTUDIE, sin moverse de su casa ni abandonar sus ocupaciones, una profesión que le asegure buen sueldo. Enseñamos por correo.

¡¡Para ganar mas!!

CONTABILIDAD. — TENEDURIA. —TAQUIGRAFIA.—CALIGRAFIA. CHAUFFEUR. — MONTADOR ELECTRICISTA, etc.

Solicite folletos y programas gratis.

INSTITUTO ARGENTINO DE ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA. — C. PELLEGRINI, 62. Buenos Aires.

Ferrocarriles del Estado

RED DE TROCHA ANGOSTA

Servicio de pasajeros, encomiendas y cargas para las Sierras de Córdoba, provincias de Santa Fe, Córdoba, San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy y La Quiaca (frontera boliviana).

SERVICIO INTERNACIONAL CON BOLIVIA, Vía LA QUIACA y EMBARCACIÓN

Véase los horarios de trenes en las estaciones. Por más datos a los jefes de estación, Superintendencias de Tráfico en Cruz del Eje y en Tucumán y a la Administración General (oficina de informes),

C. M. RAMALLO, administrador interino.

PERU, 672 BUENOS AIRES.

EL CIGARRILLO DE CALIDAD

IDEALES

20 CTS

JUAN CANTER — LA SIN BOMBO

ESTA ES LA MARCA!

Ninguna otra marca de cigarrillos de 20 ctvs. iguala a los cigarrillos Ideales.

Ideales son elaborados para los hombres que distinguen la calidad, hombres que pueden apreciar la diferencia que existe entre cigarrillos ordinarios y extraordinarios.

Si usted aún no ha probado Ideales, pruébelos hoy. Juzgue usted mismo cuán buenos son. Usted también apreciará el gusto y el tabaco fino sin palo con que están elaborados los cigarrillos Ideales.



DIRECTOR: SIDNEY A. SMITH

PBT

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN: AV. JULIO A. ROCA, 531

Año XV. Buenos Aires, 23 de enero de 1918 N.º 687.



EN LAS GALERÍAS

—Están aprobando los nuevos impuestos a la exportación.
—¿Y las dietas ya fueron rebajadas?
—No, ese proyecto ya fué rechazado por gran mayoría.

EL NENE DE DOÑA ENGRACIA

QUÉ chico más terrible! Lo confiesa doña Engracia, y esta sola confesión da la medida de lo que es el muchacho, ya que para las madres, así como no hay hijo feo, tampoco debe haber hijo malo.

Es un pegote insoportable y un mal criado sin igual. No se desprende en todo el día de la pretina de la pobre mujer más que para ir a comprar caramelos al almacén de la esquina, y Dios la libre a doña Engracia de levantarle la voz, porque entonces tiene música para rato.



Las vecinas le hacen fiestas al gorgojo ese endemoniado, pero tengo para mí que en sus adentros sienten más ganas de bajarle las muelas a moquetes que de hacerle caricias. Este es uno de esos casos en que hay que fingir a la fuerza por razones de armonía y porque la pobre doña Engracia ya tiene bastante con el hijo que Dios le ha dado para què todavía sus amigas le demuestren que no pueden verlo ni en fotografía.

El otro día la rubia Mariquita, la coqueta del fondo del conventillo, que se pinta los labios todas las mañanas para ir a su empleo, quiso pasarse de atenta y, en un arranque generoso, porque no es mala, a pesar de que se pinta, por la sencilla razón de que nada tiene que ver la coquetería con el corazón, se puso a hacerle monadas a Tomasito, el niño terrible, y alzándolo en brazos de pronto, le plantó un beso en el cachete izquierdo. Pero el chico, que se sintió desprendido de las polleras de su madre, le dió un arañazo con las uñas sucias y le embadurnó las narices con caramelo babeado. La escena fué impresionante: Mariquita se tomó un churrinche más que regular y las relaciones con doña Engracia quedaron bastante tirantes, porque ésta no quiso admitir de ninguna manera que ella tenía la culpa de que su niño fuera un cachorro de tigre puesto que no sabía educarlo. Y la pobre muchacha, encima de los arañazos, todavía se llevó unas cuantas frescas de la mamá, que la llamó entremetida, coquetuela, lengua larga y algunas otras cosas que se le fueron a la boca.

El 3 de diciembre Tomasito cumplió seis años. Doña Engracia le compró un traje nuevo y se lo llevó a visitar a sus abuelos. Pero hete aquí que en el tranvía a Tomasito se le ocurre una cosa muy natural, pero muy inoportunamente.

— ¡ Quiero hacer... — decía el chico lloriqueando.

— Aguanta un momentito, m'hijo — le respondía doña Engracia con el tono más dulcemente maternal del mundo.

Pero al momento el chico insistía.

— ¡ Quiero hacer...

— Que ya vamos a llegar a lo de abuelita — agregaba la madre.

— ¡ Quiero hacer...—repitió el nene con tono imperioso, y como parece que la necesidad era más imperiosa aún, hizo no más todo lo que le dió la gana.

La cosa parece que fué de alguna importancia porque los pasajeros empezaron a darse vuelta con muestras de disgusto, y una señora que viajaba al lado de doña Engracia se cambió de asiento.

Como es de suponer, cuando llegaron a lo de los abuelos, Tomasito no pudo lucir su traje nuevo, que era un trajecito de marinero, blanco, con sus pantalones campana que habían perdido la forma. Pero esto no obstó para que los viejecitos le regalaran toda clase de golosinas.

Debieron ser demasiadas, porque al día siguiente el chico amaneció indigestado y el médico le recetó algunas cosas adecuadas a la enfermedad.

¡ Aquí fueron los apuros! Doña Engracia tenía que entregar un trabajo urgente, y Tomasito no la dejaba ni asomarse al patio.

Además, no permitía por nada del mundo que le hicieran los remedios.

— Tómelo, m'hijito, sea bueno con su mamita querida — le decía suplicante doña Engracia.

— Tómelo, que le voy a dar veinte centavos...

— Bueno, le daré cincuenta centavos si lo toma...

¡ Pero nada! El nene estaba empecinado, y en cuanto le acercaban el remedio pegaba unos alaridos de salvaje.

En una de estas apareció misia Bárbara, la vecina de pieza de doña Engracia. Era una vieja enjuta, fuerte todavía, que se había quedado solterona de puro fea y nerviosa.

— Yo le voy a ayudar a curarlo, doña Engracia; ¿hay que darle algo? Vaya no más, haga lo que tenga que hacer.

Y doña Engracia, que no se olvidaba de su trabajo urgente, salió con el corazón partido, mientras Tomasito berreaba como si lo estuvieran matando.

— ¡ Callate, demonio! — exclamó misia Bárbara en cuanto doña Engracia hubo desaparecido. ¡ Y sentate ligerito a tomar el remedio!

Pero fué para peor: Tomasito se desató con todas las fuerzas de sus cuerdas vocales.

Entonces la enfermera, antes de que volviera la madre, puso al chico boca abajo y, retirándole la sábana, le arrimó la primera tunda que recibiera en su vida. El procedimiento surtió un efecto maravilloso: Tomasito dejó de gritar como por arte de encantamiento.

Lo volvió entonces de frente, lo sentó en la cama, y en el momento que doña Engracia regresaba a la pieza se encontró con que su querubín se tomaba de un trago el refresco que le habían preparado en la botica.

— ¿Será posible? — exclamaba estupefacta sin querer creer lo que veía. ¿Y cómo ha hecho, misia Bárbara?

— ¡ Ah! muy sencillo: como yo no tengo hijos, no entiendo de blanduras maternales; le he hecho lo que le hacía falta desde hace mucho: delo vuelta y mírele las posaderas, y si todavía las tiene coloradas, ellas le enseñarán a educar chicos mal criados.

¡ Horror! a su nene, a su almita, a su querubín, a su tesorito del alma...

Y por poco se arrancan los moños las dos mujeres.

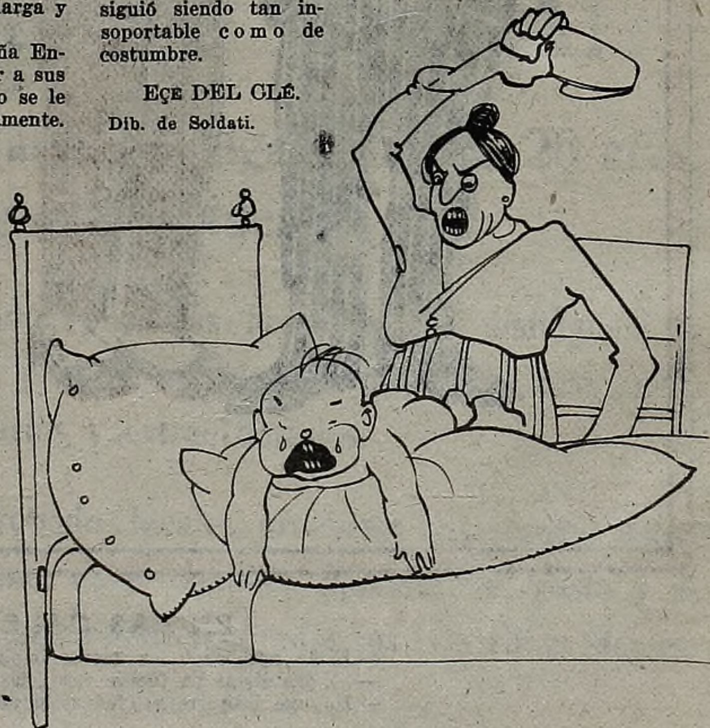
— ¡ Mala pécora! ¡ bruja! ¡ canalla! — rugía una.

— ¡ Desagradecida! ¡ estúpida! ¡ desgraciada! — bramaba la otra.

Y aunque Tomasito debió su curación a misia Bárbara siguió siendo tan insoportable como de costumbre.

EÇE DEL CLÉ.

Dib. de Soldati.



LA CASI AVENTURA DE TEODORO

De codos sobre el mostrador de la tienda, Teodoro pensaba. Soñaba más bien. ¡Oh, la encantadora Lucette! ¡Cuán dulcemente se deslizarían a su lado las horas de cualquier mortal! Porque él, ¡vaya si había visto mujeres hermosas en su vida! Pero como aquélla... Lástima grande que fuera artista, y artista de variedades, tan luego.

Eso de escribir misivas de amor en billetes de banco, le repugnaba. El hubiera deseado... Una voz de mujer cortó el curso de sus meditaciones: «¿Batistas de hilo?». Se irguió de un salto, Teodoro.

«Por aquí, señora — murmuró. Por aquí...» y echó a andar seguido de la cliente por aquel intrincado laberinto que formaban las vitrinas, las filas de géneros, los maniquíes, los mostradores.

Se marchó sin comprar la señora de las batistas, pero ya no pudo Teodoro volver a engolfarse en sus dulces ensoñaciones. Afluía la clientela y la tienda cobraba vida, movimiento. Los empleados desdoblaban géneros, abrían cajas, se encaramaban por las escaleras hasta lo alto de las estanterías, hojeaban los *mostruarios.*

Cuando Teodoro salió de la tienda a las siete, dejó escapar un hondo suspiro de consuelo. Desde ese instante el recuerdo de Lucette se le reunía para no abandonarlo en muchas horas. Cenó de prisa, abstraído, y se marchó al café a esperar que sonaran las nueve para ir al teatro. Esa noche estaba decidido a poner fin a su martirio. Abordaría a la francesita y le diría... Le diría... ¿qué podría decirle? Como la duda parece que produce cierto escozor en la coronilla de la cabeza, Teodoro se la rascó al llegar a este punto nebuloso de sus proyectos. Eso: ¿Qué le diría? ¿Pardon, mademoiselle? Sí, porque sería conveniente que le hablara en francés, aunque sólo fueran algunas palabras. No las pronunciaría muy bien, pero ¡qué diablo! «Al buen entendedor...» «Entendedora», se corrigió Teodoro después mentalmente, mientras trataba de deshacer el azúcar de su café, a pesar de que el azúcar estaba intacto aún en el platillo. Pero en tan dulces cosas pensaba el joven, que lo bebió amargo sin advertirlo.



Pasaba y repasaba Teodoro ante *la puerta de las artistas* aguardando a Lucette. Y no era él sólo el que aguardaba. Aquí y allá, en la acera, junto a los árboles, había grupitos de señores elegantes asomando la nariz por entre el cuello levantado de sus gabanes confortables. En el interior de algunos autos, detenidos en la cuadra, entreveía Teodoro, en la penumbra, albura de pecheras y el punto rojo de la brasa de los cigarros. Salían las artistas empaquetadas en sus pieles. ¡Oh! aquellas picantes muñecas seductoras que andaban con menudos pasitos de autómatas entre el fru-fru acariciante de las sedas y que dejaban tras sí sus perfumes como una estela! ¡Oh, aquellos ojos de mirada cálida, aquellas bocas de labios encendidos por el carmín, que sonreían siempre! Se desgranaban los grupos de los señores. Partían los autos entre el estrépito de las portezuelas cerradas con violencia. Teodoro sintió de pronto la presión de una mano enorme sobre su hombro. Se volvió. Era don Joaquín, su patrón.

*

Los tres primeros números del programa los oyó sin interés. El cuarto lo constituía Lucette. Cuando la orquesta *atacó* briosamente, anteponiendo a la aparición de la deseada un alegre preámbulo musical, Teodoro se acomodó en su butaca tratando de destacarse en lo posible. Rectificó con la palma de la mano la perfección de su peinado, comprobó la buena colocación de la corbata y tuvo para las guías de su bigote incipiente dos últimas y sabias caricias. Cesó de pronto la orquesta en su preámbulo. Golpeó el piano, el maestro, con la batuta pidiendo atención, y una melodía dulcísima se esparció por los ámbitos del teatro. Aparece Lucette de entre las bambalinas de la derecha, apenas izado el telón, y una salva de aplausos la saluda. Teodoro se siente enternecido, emocionado. Le parece que él debiera también, como la artista, agradecer aquellas manifestaciones del público.

Se acerca Lucette al borde del proscenio y prorrumpe a cantar:

«Tu ne souras jamais
si je t'aime...'

modula la francesita, poniendo un dejo tierno y apasionado en aquellas palabras. Las luces de las baterías la envuelven en un vivísimo nimbo de claridad. En sus manos cuajadas de anillos centellean los brillantes, y las perlas que ciñen su garganta y las que penden del lóbulo de sus orejas pequeñas y graciosas, despiden argentados fulgores. De la umbría de sus cabellos, surge un peinetón que lanza irisaciones que ciegan. Su vestido superelegante es de color crema, vestido de *soirée* de amplio escote y pomposa falda que deja al descubierto, hasta más arriba del tobillo, las piernas de Lucette.

Los ojos de Teodoro envuelven a la artista en una mirada amorosa y ardiente. Su corazón le golpea el pecho con tal violencia, que él se imagina que sus vecinos de butaca van a escuchar sus latidos.

¡Oh, la encantadora Lucette! ¡Cómo se había adueñado ya de su alma! El, que nunca había sentido una pisca de amor por ninguna mujer, se sentía entonces como sofocado por aquella vehemente pasión. Sentíase capaz de hacer cosas inauditas. Lucette lo hubiera conducido, con sólo un gesto, al robo, al crimen. Dictados por aquellos labios los más monstruosos desatinos le parecían justificables y lógicos.

— A la verdad que no esperaba encontrarlo aquí, Teodorico — dijo el obeso señor, sin quitar los ojos de la puerta de las artistas.

El joven, como un chico sorprendido en falta, había enrojecido y murmuraba palabras de disculpa:

— Sí. No si... Pasaba y...

— ¡Oh! ya comprendo, ya comprendo — repitió don Joaquín con una risita forzada que agitó su abultado abdomen. Esto tienta, ¿no es cierto, Teodorico?, esto atrae.

Teodoro sentíase mortificado, nervioso. ¿Y Lucette? ¿Había salido ya? ¡Ah, no! Allá venía... El joven se descubrió costésmente para despedirse de su principal, pero don Joaquín no lo miraba, sus ojillos saltones estaban fijos en Lucette.

Adiós, Teodorico, adiós — barbotó de pronto dejándolo plantado, sombrero en alto sobre la cabeza. Su principal se adelantó hacia la francesita, y en un segundo llegó junto a ella. El joven se quedó azorado, aturdido. Lucette se había colgado del brazo de don Joaquín y ambos caminaban hacia él charlando y riendo como dos buenos camaradas. Al pasar por su lado, su patrón se detuvo.

Escuche, Teodoro — le dijo. — Dígale usted mañana al gerente que yo no iré hasta la tarde... ¿eh? Y siguió de largo dándose tono junto a Lucette que se estrechaba a él amorosamente.

Cuando Teodoro los vió alejarse, perderse entre el vaivén de los transeuntes, sintió ansias de correr, de alcanzarlos. Pero no pudo. Se quedó inmóvil, alelado por el dolor, por la infinita angustia de su corazón.

CARLOS JORGE CORREA.

LA OBRA PÓSTUMA

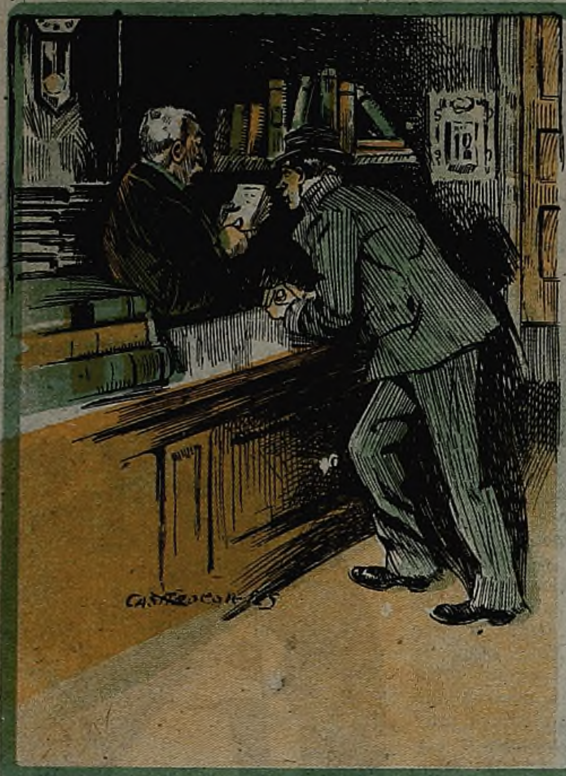
Yo lo siento mucho, pero no me es posible hacer lo que usted me pide. Editar una obra de autor desconocido, es arriesgarse demasiado. Lo siento, pero no puedo.

Leandro de Acuña no insistió. Acostumbrado a que en todas partes le respondieran de la misma manera, ya no le tomaba de sorpresa. Tres meses hacía que había terminado su obra *La novela de la vida*, en la cual había cifrado tantas esperanzas tres meses, en cuyo espacio ambuló por todas las calles, sin atreverse, muchas veces, a penetrar en las librerías, temeroso de ser recibido desabridamente.

Su obra nadie la aceptaba.

— «Lo siento, pero...»

Las palabras fatídicas resonaban en sus oídos, le perseguían implacables, obsesionándole atrozmente. Acuña sonreíase amargamente, con despiadada crueldad para sí mismo cuando consideraba la ironía de su situación. ¡Pretendía inspirar respeto y confianza, y hasta admiración, cuando su aspecto sórdido y desarrapado provocaba la conmiseración de todos! ¡Le tenían lástima! ¡Le tenían lástima! ¿Qué había hecho él para merecer otro sentimiento?



*

Dicen que la necesidad aguza el ingenio. A Acuña le aguzó la memoria. Recordó con cierta vaguedad que su padre había sido amigo de un viejo editor que ahora se hallaba instalado con negocio de libros en los suburbios de la metrópoli. Su padre le había hecho algunos favores, y por lo demás no podía negarle una ayuda, por pequeña que ella fuere. Alentado por esta idea optimista se encaminó a él. Era uno de esos *cambalaches* característicos en los barrios suburbanos de la capital. El propietario era un viejo de mirada torva y nariz de ave de rapiña.

Acuña le recordó la amistad que había tenido con su padre. Aludió a los favores que le había hecho. El viejo aparentó hacer memoria y luego afirmó no haber conocido nunca al padre. Acuña sintió asco.

A pesar de todo, el viejo mostró interesarse por la obra, leerla o hacerla leer y darle una contestación categórica. Y a título de fianza le entregó algún dinero. Una miseria que a Acuña le pareció un tesoro.

*

Muchas veces Leandro pasó por el negocio del «amigo de su padre» y muchas, también, sus preguntas fueron respondidas con evasivas. Llegó un momento en que el desdichado, hastiado de andar sin resultado, no apareció más.

Mientras tanto el viejo librero obraba de mala fe. Enterado por un crítico de indiscutible autoridad, del valor de la obra, decidió editarla bajo su responsabilidad y como de su propiedad, aun cuando no hubiera adquirido los originales. Tenía pocos escrúpulos. No le preocupaba el autor. Pensaba comprar su silencio con algunos billetes, y, aun cuando así no fuere, ¿con qué papeles iba Acuña a demostrar su pertenencia? Y ante la idea de que su delito quedaría en la impunidad, sonrió maquiavélicamente.

Editada *La novela de la vida* obtuvo un éxito clamoroso. La crítica literaria se ocupó de ella durante mucho tiempo, elogiándola entusiásticamente. Y todos se detenían especialmente en el hecho de llevar al pie una firma desconocida.

Mientras tanto el editor obtenía pingües ganancias, congratulándose, al propio tiempo, de que el *desgraciado* no hubiera aparecido. Cuando se le preguntaba cómo había obtenido la obra, manifestaba que la había adquirido a regular precio a *un desconocido*, comprendiendo lo mucho que ella valía.

Sin embargo, el viejo no se hallaba tranquilo. Descartaba la posibilidad de que el autor reclamara su obra. Lo que comenzó a obsesionarle sin que se diera cuenta cabal, era el remordimiento. Un remordimiento amargo, pero suave, con el que pretendía luchar. Todo en vano.

¿Qué había sido del novel autor? ¿Había muerto? ¿Se había marchado con rumbo desconocido?

Un día en que el *cambalachero* revolvía sus papeles, halló incidentalmente la dirección de Leandro de Acuña. La superstición fué invadiendo su espíritu susceptible a ella. Y sin saber fijamente lo que se proponía, guardósela en el bolsillo y se dispuso a salir. Durante algunos instantes pugnó contra ese sentimiento que empezaba a echar raíces.

— Yo — murmuraba — un avaro, un usurero, un vil...

*

La dirección que poseía coincidía con la de una vetusta casa de lamentable apariencia. Una de esas viviendas antihigiénicas que entre nosotros han merecido el calificativo de *conventillo*.

El interior no era más alentador que la fachada. Una mujer gruesa, sucia, ya entrada en años, al parecer la *encargada*, atendió al librero.

— ¿Leandro de Acuña?

— ¿Leandro de Acuña? — repitió la mujer como un eco. Pues, ha muerto hace rato.

El viejo apenas se inmutó.

— ¿Pero cómo — prosiguió la mujer, — no se ha enterado usted por los diarios? Todo el mundo lo sabe.

— ¿Cómo... se murió?

— Pues de la manera más sencilla. Un brasero encendido, unas cuantas horas de encierro, y para el otro mundo.

— ¿Entonces se suicidó?

— ¡Pues, la cosa está clara! Era un pobre diablo que tenía la cabeza muy llena y el estómago muy vacío.

Algunas mujeres, atraídas por la conversación, se acercaron.

— ¿Cuándo murió?

— El 27 de abril.

El editor calculó rápidamente. Nueve días exactamente, antes de la aparición de su libro. La obra era, pues, póstuma.

— ¿No saben ustedes por qué se suicidó?

— Fué por cansancio de la vida — afirmó la encargada. Esperaba cosas que nunca se realizaban.

— Era un loco. El día antes de morirse, decía como un poseído: «¡Federico Garden es un canalla!»

El librero recibió una fuerte impresión al oir esto. Federico Garden era su nombre.

— Fué un escándalo — exageraba la encargada — el día en que se murió. ¡Figúrese usted! Y lo peor del caso es que me debía cinco meses. Yo lo tenía por lástima y en la esperanza de que algún día me pagara, pues decía que iba a ganar mucho con una obra. Yo no lo creo.

— ¡Era verdad! — exclamó Garden con una firmeza que desconcertó a todas. El publicó la obra, la cual produjo mucho dinero. El me encargó que pagara sus deudas con su dinero. ¿Cuánto le debía?

— Setenta y cinco pesos...

Garden pagó con un billete de cien.

— ¿Entonces... no era un loco?

— ¡Quién iba a decir... pobre...!

— ¡Dónde menos se piensa...!

*

La primera edición de la obra de Acuña, que había sido publicada con un seudónimo, fué, al agotarse, editada por segunda vez, con su verdadero nombre.

Federico Garden, por su parte, se había impuesto, como postrero e ineludible deber, hacer respetar la memoria de su *víctima*. Y se cuenta que, desde aquel momento, ningún escritor neófito solicitó su ayuda en vano.

RAMÓN DE CASTRO ESTEVES.

Dib. de Castro Esteves.

NOTAS GRÁFICAS DE ACTUALIDAD



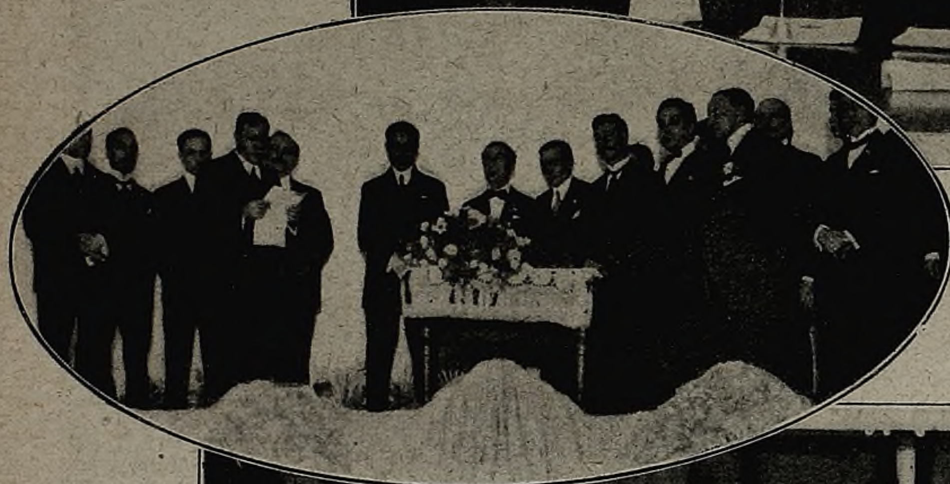
El congreso de delegados del Sanatorio Mutualista de Empleados de Correos y Telégrafos en una de sus sesiones. — En óvalo: La mesa directiva.

Asistentes al banquete ofrecido al señor Constancio C. Vigil por un núcleo de amigos con motivo de su inteligente actuación al frente de «Mundo Argentino», cuya dirección acaba de abandonar. — En óvalo: El obsequiado.



CENTRO ESCOLAR

Concurrentes al acto de inauguración del nuevo local del Centro Estudiantes de Arquitectura.



DEMOSTRACION

El doctor Edelmiro Serra agradeciendo la demostración de simpatía que le hicieron los vecinos de la parroquia de San Cristóbal por sus eficaces servicios médicos prestados en aquella barriada.



Público que asistió al acto, efectuado en el Ideal Palace, y en el que se hizo entrega al doctor Serra de un pergamino y una medalla de oro.



ASOCIACION ESPERANTISTA ARGENTINA.

Durante la asamblea de delegados que efectuó dicha sociedad en el local del Hogar Esperantista.

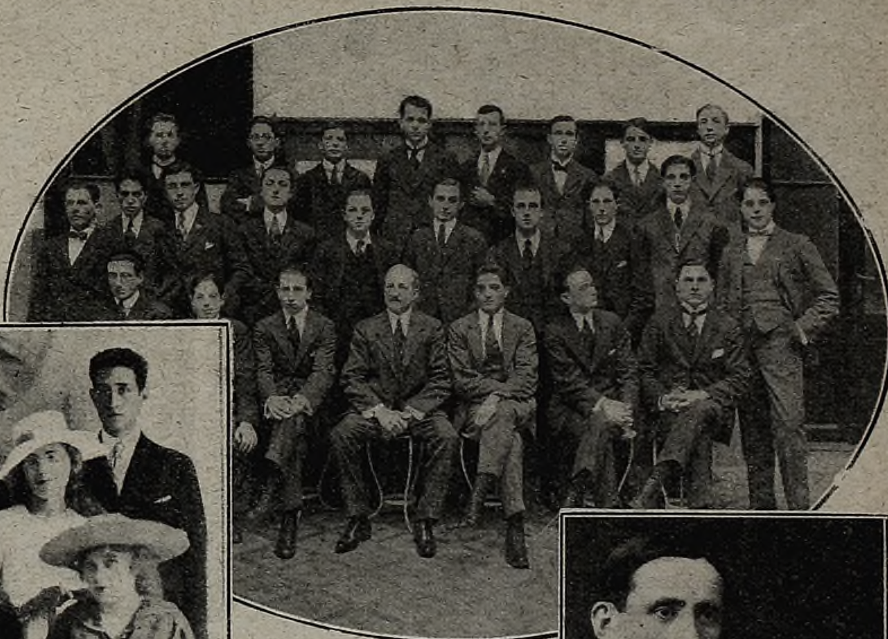


El ministro interino de Relaciones Exteriores y los representantes diplomáticos de la Gran Bretaña y Francia, después de firmar el contrato de compra de 2.500.000 toneladas de cereales argentinos, por un valor de doscientos millones de pesos oro.

COLEGIO NACIONAL BARTOLOME MITRE.

(5.º AÑO. 2.ª DIVISION)

Bachilleres de 1917: S. Feldesman, R. Wainer, R. Caputo, Alberto R. Basílico, A. Welly, V. Torino, N. Harfuch, I. Naidich, V. Migliaro, Guillermo Lenoble (celador), A. Guerizoli, A. Tricotti, A. H. Berisso, A. Geuser, T. Foglino, J. Medeville, J. A. Irazusta, E. Arata, A. Apolonio, O. Risso Peuser, F. Pérez del Cerro, E. C. Arzeno (secretario), V. Luis, M. Gueventer y L. A. Gravano.





ASOCIACION PROTECTORA DEL ANCIANO.

El periodista señor Abraham M. González con algunos miembros de la comisión directiva de la institución que propicia la idea de la fundación de un hospital para ancianos.



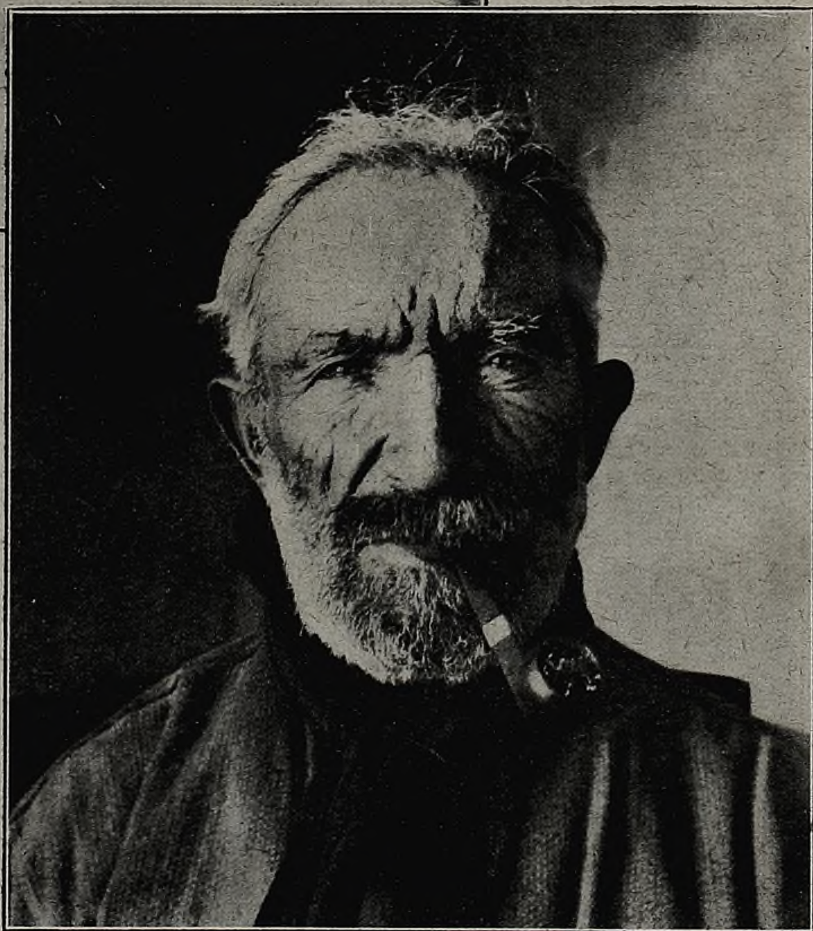
CONCERTISTA DE VIOLIN

El inteligente concertista señor Anatole Kahanovitch, que viene realizando con gran éxito una jira por el interior de la república.

Arte fotográfico



Aurora



Ocaso

Fot. Carlos María Saravia.

Las carreras internacionales

Hay en Montevideo una fecha que se caracteriza por la afluencia de turistas argentinos. Es el 6 de Enero, día en que se corren las carreras internacionales. Desde temprano la dársena presenta una insólita animación.

No queda un coche de plaza o un *taxi* que no acuda al punto, seguro su conductor de que no van a faltarle pasajeros. Un ejército de changadores pulula junto a los murallones:

— ¡ Señor, señor ! . . . ¡ Ahí va mi número !

Se animan las calles de la ciudad. Aquí, donde todo el mundo se conoce, vénse al fin centenares de caras nuevas.

Detonan elegantes vestimentas de petimetres, vestimentas que en Montevideo, apacible y modoso, resultan exóticas:

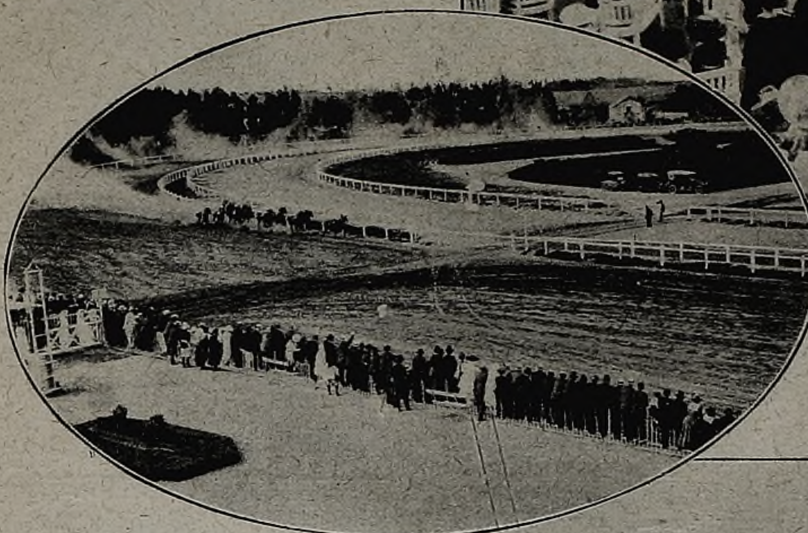
— ¡ Los argentinos ! — se dicen las muchachas mirándolos como si los *sportsmen* imberbes, altos y acicalados, fueran personajes escapados a una novela romántica.

Pero la animación culmina en el hipódromo de Maroñas. El contingente de turistas, engrosa y matiza la concurrencia extraordinaria, pues ese día pocos son los uruguayos que se resignan a no correr por el paddock.

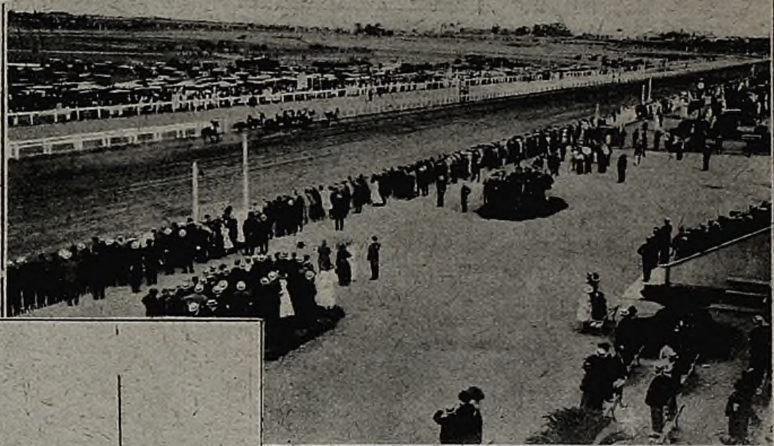


Las «internacionales» en el Hipódromo de Montevideo. — Animado aspecto ante el palco más «chic».

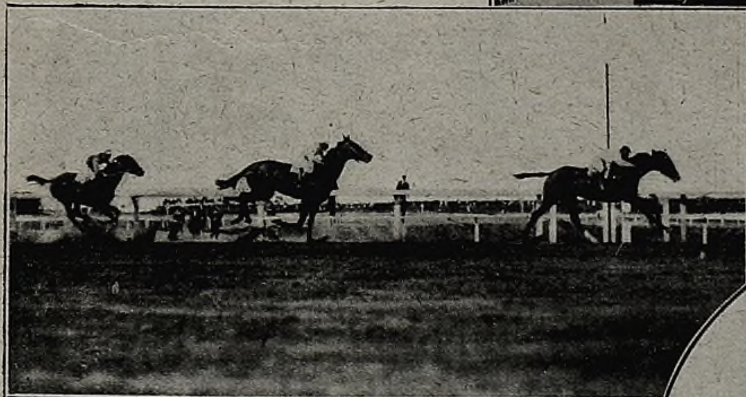
En el palco de los socios se ven rostros populares en los círculos deportivos de Buenos Aires: son los Unzué, los Vi-



Los caballos argentinos y uruguayos en «la curva», disputando el clásico José Pedro Ramírez.



Saca-Chispas en punta. Fotografía sacada en el momento en que el «pelotón» va a llegar a la raya.



Saca-Chispas en la meta. Segundo Given Or y tercero Benz. (De uno a otro hay tres cuerpos de distancia).



El vencedor en la prueba internacional es aclamado por la muchachada de ambas márgenes.

llanueva, los Martínez de Hoz, los Saavedra, los Luro...

Todos los ojos se fijan en los huéspedes, colmados de agasajos por los miembros de la directiva del Jockey Club de aquí.

Los caballos venidos de Buenos Aires son rodeados por el público que los hace sus favoritos.

En Maroñas se juega como nunca. La animación es singular. Se dijera que los huéspedes, con su alegría de hombres que dejaron las preocupaciones en la patria, han contagiado a todo el mundo.

Si ganan los caballos argentinos, el indígena lo celebra porque ha ganado uno pesos.

Si triunfan los de aquí, también lo festejan, porque «el honor hípico nacional» se salvó.

Alguien ha llamado el «día del chauffeur» al día de las carreras internacionales.

Nunca el gremio tiene más lucida intervención, bien que este año las autoridades municipales, resueltas a ser severas, han penado con las fuertes multas todo lo que se puede interpretar como un deseo de explotar a los forasteros.



El jockey Máximo Acosta, que corrió a Saca-Chispas en la empeñada prueba.



El entraineur Gabriel Torterolo, a quien la «crítica» consagra «transformador» del campeón.



Reencarnación de «Las tres gracias» en el Hipódromo de Maroñas.

Ahora, como en el año anterior, el 6 de enero nos dió un chasco. La lluvia hizo suspender las pruebas disputadas por caballos argentinos y uruguayos en competencia. Se han corrido recién una semana más tarde con el resultado del cual informan las leyendas de los grabados.

Jugáronse pesos 59.372 oro. Un record.

Muchos fueron los turistas venidos de Buenos Aires ese día, aunque sin alcanzar aquellas cifras abultadas de los años anteriores a la guerra.

Y los 1.186 argentinos llegados han podido constatar la simpatía que el pueblo uruguayo les profesa, desmintiendo la realidad esa leyenda que algunos espíritus suspicaces forjaron últimamente.

Quintín Quintón...

Montevideo,
15 de Enero de 1917.



Un flirt en plena reunión hípica, ante varias sonrisas maliciosas.



Entre las encantadoras hijas de Eva, alguno que otro Adán feliz. ¡Y todo a 39 grados!



Primavera en verano. Un ramillete encantador. No se pueden pedir 16 años más arrogantes.

PEBETES de la Semana



Ercilia, Virgilio, Dante y Miguel Angel Nardini.



Elisa Schiuman.



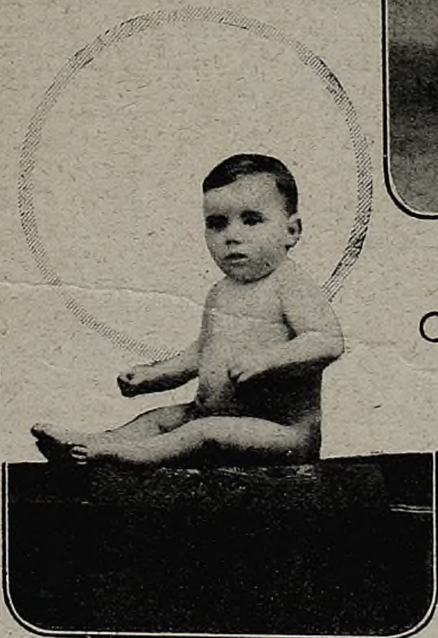
José Amado Terán.



Juan Carlos Villar.



Dominguito La Cava.



Martín Sáenz.

A cada uno de los niños que aparecen en esta página le entregaremos en nuestra administración un vale por dos pesos moneda nacional en juguetes a su elección, que les será canjeado en el Metropol Bazar, Carlos Pellegrini 340.



Amalia Nardini.



HUIDEROS...

¡Os hube presentido, ojos que ahora miro
tan cercanos de mí! Y anduve mucho, mucho,
por encontraros. ¡Vierais qué largo fué el camino,
cuánto lo que sufrí!...

Y por eso al hallaros bajo la gloria de oro
de la mañana plena de armonía y de luz,
el barco que se aleja y el río muy sonoro,
he olvidado mi pena y he dejado mi cruz.

Yo que anduve en mis ansias por senderos muy raros...
que derroché la vida sin saber del amor...
¡Cómo me ungís de gracia, divinos ojos claros!
¡Cómo llenáis mi espíritu de sedante palor!

Mirándoos me asomo sin querer al Olvido
y voy siendo más fuerte, más sufrido y sereno.
¡Yo encontré mi riente Paraíso perdido,
y me siento más grande, y me siento más bueno!

¡Oh, el encanto del viaje por las aguas tranquilas,
—el río da su fina melodía sin fin.—
Se aventura una vela por las claras pupilas,
la lleva un viento suave a remoto confín.

Y en la nave muy blanca que abre la vela al viento
piloto y pasajero se embarca un corazón
que va rojo y enorme, dispuesto a todo evento,
porque llega de lejos una dulce canción.

Alfredo MONTOYA.

Dib. de Meco.



TENIA RAZON

El doctor Dickmann, cuando dijo que ciertas escenas legislativas no solamente ocurren en el parlamento argentino, se inspiró sin duda en este dibujo del *Life* de Nueva York.

LA ESQUILA

— Dejemé ese panza pelada, pa recrearme, don.
— Al que le toca, le toca...
— A mí siempre me toca... bailar con la más chueca.
— Haga buches. ¡La qu'está arriba es como plomo!

Por entre los listones de los bretes se ven los lomos de la majada, en tendales de lanas blancas, como desmedido colchón recuadrado por los lienzos. El chischis de las tijeras llena el ámbito del galpón, como el chocarse de cien picos irascibles. Asorda el balerío.

En la cancha, animada de voces, vuelan los dichos y las risas. Y delante de los esquiladores, doblados de cintura en ringles largas, se van tendiendo las filas de lanares, maneados con un rápido nudo de ocho. La pringue relumbra en drapas. En un rincón, junto a la mesa de atar vellones, trabaja una familia; dos mujeres y unos pampitas. Una de las mujeres es joven, el sudor le tersa las mejillas carnosas; así como el rocío los pétalos de las rosas matinales...

La inhabilitación de las mozas en las canchas de esquilar, por los trastornos que acarrean, se ha facultado esta vez, excepcionalmente, por tratarse de la familia del encargado de las latas; empleo de confianza, que lo desempeña un antiguo sargento policial.

El agarrador, impulsándole un trote en vilo, fué a volcar el ovino codiciado, más adelante, en un tumbo sobre las tablas del piso.

— ¡La qu'est'arriba! ¡Si me ha tomao entreojos este chino! No sé por qué, ¡Vean, las más duras me arrima!
— Es encargue, compañero. ¡Agrede! — secretea estirando el cuerpo el otro esquilador.
— ¿Encargue?... ¿Y de quién? ¿Por qué?
— Adevine, pues.

Los ojos del mozo se tienden por la cancha, espiando las facciones, y se detienen en la joven esquiladora, que trabaja afanosa.

— ¡Abajo, parejo y sin cortar! — grita el capataz.
— ¡Médico!
— ¡Lata!

El encargado, o latero, a cada vellón que se alza, obla una ficha, valor de cinco o seis centavos; sugiriéndose la ridícula pretensión de un dueño que paga. Hay esquiladores que trasquilan cien animales al día. Algunos esquilan en yunta; uno *garrea* y el otro *voltea*, con las tijeras tomadas a dos manos.

El lanar, como doncella que un fauno bárbaro le derribase el espumerío de los ajuares, surge como una espiga...

*

Suena la campana del establecimiento, engrampada sobre el despacho del mayordomo.

— ¡Mate, que Dios perdona!

Ya están las pavas bajo los árboles, humeando por los picos, las *gavetas* rebalsan de yerba y azúcar. Y mientras los esquiladores *verdean*, tendidos de panza y costilla, o sentados en el césped, los peones por día limpian la cancha. El sol baja quemando.

— Hái los tiene, compañero, no le dije qu'es encargue. ¡Si soy como brujo!

El agarrador y el encargado de las latas charlan confidencialmente, echados de pecho sobre la mesada de atar. La moza les sirve mate.

— ¡Pero, amigo, si ese es el padrasto!
— Por lo mesmo. ¿Dónde ha visto padrasto güeno?

Ocurre en las campañas (y tal vez en todas partes) que el marido de una mujer con hijas, que se agosta, es lobo en la majada casera. Domina con su autoridad de padrastro y con la proporción de la intimidad. Esta muchacha, Isabel, que resiste, sufre las garras de una persecución mortal, en todo aquello en que pone ojos de afecto. La madre vieja, como aletargada de sufrimiento, no ve o soporta los instintos del marido, el antiguo sargento.

— ¡Indino!

La campana nuevamente llama al trabajo. El sol baja quemando.

*

Al fresco de la tardecita, se almacigan los esquiladores sobre otra cancha distinta.

— ¡Cincuenta latas es la banca! ¡Cincuenta latas!
— ¡Copo!
— Va por las cincuenta. ¡Dele!
— Se fué, caballeros.
— ¡Suerte!

En un aparte cercano, amparado por las sombras anochadas de árboles copudos, ocurren los encuentros.



— ¿Y usté no juega, compañero? ¿Qu'está tan tristón puaquí?
— Y ya jugué, pues, y ya perdí también.
— ¿Perdió las sacadas hoy?
— Las perdí... ¡La taba parece que me conoce, pa blanquear con lo liso arriba!
— Mal pal juego, bien pal amor, dicen.
— Sí; tal vez... Con lo descubierto de hoy... ¡Ta güeno con el hombre!
— Y es un acreditao de los patrones.
— Dejuro...
— No se meta, compañero, por mi mal consejo. Estas cosas del amor hay que esquilarlas echadas y maniadas, como las ovejas, porque paradas patean. Y si'es dura, pior...
— Puallí viene Isabel con la rifa. ¡Juyasé!
— Pero... ¡No se meta!...
— ¡Hagasé humo!

Va a pasar la muchacha, ahora limpia, con su blusa de percal pintado y una cinta ceñida al tronco del cuello.

— Oiga, prenda.
— Mozo, juera mejor pa usté que no me hablase...
— ¡Que no l'hable! Estuve esperándola, aquí, solo... Me anunciaba el corazón que pasaría. ¡Qué no he de hablarla!
— Su corazón es güeno, pero...
— Sí; mi corazón ai ser güeno... Y es lial también. ¡Y sufrido!
— Se sufre cuando se quiere...
— Y yo la quiero, pues. Le juro que si usté correspondiera, naide en el mundo había e ser más querida que usté, en un rancho como un cielo...

Una intuición común los vuelve. Por el fondo del plantal, se ve el pecho ancho del ex sargento.

— ¡El!

La retiene cuando va a huir, de una mano que tiembla.

— Contestemé.
— No...

La obscuridad, cerrándose, arreboza el grupo de jugadores. Por los potreros se oye el balerío quejumbroso de las peladas. Huele la humedad, en un hálito agrio. Rozándolo en la costa de la huella, busca el padrastro con ojos chispeantes la muchacha. Sobre su hombro asoma como una luna la cara del chino agarrador.

— Hu... ¡La oveja!...
— ¡Lobo!

Breve la lucha, más bien el choque de un solo asalto. Y el pecho ancho, tendido en tierra, con un golpazo de cuerpo, tira arriba un chorro de sangre...

El chino dispara a participar la alarma a los patrones, directo como un bicho a los cristales alumbrados. Los jugadores, atraídos, lo reconocen.

— ¡Trasquilao, sin maniar, a fierro!
— ¡Era duro! ¡Y cruelón!

Se oye la partida del mozo, que se salva en la noche. Y el llanto de una mujer...

Dib. de Méco. ALBINO DARDO LOPEZ.

EL ANIVERSARIO

LLUEVE seguida y copiosamente. Llueve tanto, que dentro de un rato no más se producirá en el techo la eterna gotera de todos los inviernos crueles.

—¿Caerán rayos, abuelito?

Eso lo pregunta Jorge, desde la rueda de nietos, sentados todos cinco alrededor de la mesa grande del comedor para escuchar el prometido cuento del anciano.

—Quiere decir que tienes miedo de que caigan rayos, ¿eh? —responde aquél, haciendo una repregunta.



—Pues —se desborda el chico, —no es miedo; es humanidad. ¡Debe ser tan triste que a uno lo mate un rayo!...

—Mala muerte que no le deseo a nadie, ni a mis enemigos —contesta el abuelo con sequedad.

—¡Pero se muere pronto, casi sin sentir se muere! —arguye la única nieta mujer.

—Cállese, mi hijita. Siendo usted más grande, temblaría con sólo oir decir que alguno murió víctima de un rayo...

El viejo se toma la barba, repasándosela, mientras sus ojos, girando para todos lados, asumen una expresión trágica. Después, clava esos ojos claros en los de la nieta, que es el vivo retrato de la esposa extinta, y habla con ironía, con dolor, con satisfacción y con furia:

—Pues el rayo es así como castigo del cielo para las maldades o las vilezas de la tierra!... ¡El rayo es un vengador!... ¡Quienes engañan, quienes son ruines, pueden hallar en la vida un puñal que los hiera o un rayo que los mate. ¡Lo mismo un puñal que un rayo!

Y la nieta tiembla, esta vez, porque adivina la *rabia* del abuelo. Ella oyó, un día, sin querer oir, a hurtadillas, de boca de su mamá, que la abuela había muerto fulminada por un rayo, en la estancia, en el campo; precisamente una noche... en fin... Oyó también que, hablando de la muerta, decían: la *loca* abuela... Y agregaban: *¡pobre* abuelo!... Y el abuelo es rico, es muy rico...

La nieta tiembla, porque comprende, hasta dónde alcanza a comprender, y cuenta tres años...

—Ustedes —continúa el anciano —serán siempre buenos. Mi corazón está en el de vuestro padre. El de vuestro padre, grande y magnánimo, se ubica, pues, en el de mis nietos de mi alma. ¿No son buenos mis nietos de mi alma?

—¡Sí! —responden aquéllos a coro.

—Bien. A ustedes no les caerán rayos. Aunque llueva más fuerte que ahora, que aquella vez... ¡que ahora, digo!... que cualquiera otra vez... que llueva...

Llora el viejo. Es que recuerda, y el recuerdo lo hace llorar. ¡Cada vez que llovió en la tierra, después de *aquella* noche, el viejo tuvo que llorar! Ahora recuerda y llora.

Es el acendrado cariño, puro y radiante, que no consigue matar el antecedente revelado. El no quiere matarlo tampoco. El recuerdo es malo; pero para este recuerdo triste, ¿no valen nada, entonces, los otros gratos recuerdos de antes, antes de aquel rayo, antes de aquella infamia, antes de aquel castigo?... Y llora porque sufre. ¡La quería tanto!...

Y hoy es, precisamente, el aniversario de la muerte. ¡Parece que lloviera porque es el aniversario!

—Hoy hace unos cuantos años que cayó un rayo, allá, en la estancia, en el campo... Hoy hace unos cuantos años que murió abuelita... Esa abuelita que no han conocido ustedes... Hoy hace unos cuantos años...

Cuando el anciano dice eso, Jorge, el segundo nieto —nieto querido y ejemplar, —llévase las manos a la cara y llora, llora como el abuelo y con el abuelo. Llora mucho, mucho... ¡Parece que llorara por todos los otros pícaros nietos que no saben o no quieren llorar!...

Dib. de Duval. JULIO CRUZ GHIO.

MI DELITO



«El director de *El Porvenir* saluda muy atentamente al eximio escritor señor Juan López y le ruega quiera formar parte del jurado que ha de fallar sobre el mérito de las obras presentadas al concurso literario realizado por este periódico.»

Confieso que la lectura de la precedente esquela me llenó de satisfacción. Había escrito en mi juventud una serie de obras, artículos y correspondencias, acogidas con beneplácito por los lectores; luego, de pronto, como si se agotase la vena de mi estro, caí sumido en la más dolorosa impotencia, ninguna idea nueva, ningún elemento original presentábase a mi espíritu; inicié varios trabajos, y tuve que interrumpirlos, convencido de la trivialidad del argumento y de la pobreza de la forma; dos o tres pergenios de estilo atormentado y poco fondo, obtuvieron un *succès d'estime* y fueron elogiados como obra del admirable autor de tal o cual escrito antecedente, pero pronto cayeron en el olvido.

Mi nombre fué perdiendo poco a poco su resonancia, y el vacío comenzó a formarse en mi redor. Situación profundamente angustiosa, tan bien expresada por el famoso verso de Dante. ¡Ah, el que ha saboreado por un instante ese elixir enloquecedor del éxito, queda para siempre esclavizado a sus mágicos efectos! Si hubiera estado en otra parte habría defendido mi popularidad a golpe de excentricidades; aquí no había ambiente para tal cosa. Quedábame un camino abierto: y era el de erigirme en crítico despiadado de toda nueva producción; pero nunca tuve espíritu analítico y me disgustaba desmenuzar; me envolví, pues, en la sombra de mi decadencia como en un manto y, con cierto criterio filosófico, traté de paliar, ya que no de apagar, mi hondo desconsuelo.

De esta obscuridad acababa de sacarme el director de la revista *El Porvenir;* me apresuré a responderle agradeciendo y aceptando el cargo, pidiéndole me indicase cuándo y dónde podría verle, para resolver la forma de llenar mi cometido. Me citó para la semana siguiente en el local de la redacción. Acudí puntualmente, y después de un rato de espera el director, tras algunas frases amables, me presentó a los dos miembros que integraban la comisión. Eran antiguos conocidos míos: el doctor De la Jota, viejo abogado que había tenido siempre debilidades literarias, y el melenudo poeta Luces, autor de millares de composiciones cortas que circulaban profusamente por todas partes, y de quien se esperaba desde muchos años una obra de aliento que constantemente prometía con sonrisa enigmática.

El director nos guió a un amplio despacho, y, mostrándonos una considerable pila de sobres, nos dijo: — Señores, he ahí los trabajos recibidos hasta el presente; esperamos, llenos de fe, el luminoso fallo de ustedes, que ha de honrar a la revista, por el alto espíritu de justicia y el criterio superior de selección que cabe atender de vuestra reconocida competencia. Los dejo, pues, en posesión de los cargos que se dignaron aceptar, y me pongo a sus órdenes. — Saludó con una cortés reverencia y nos dejó solos.

El doctor De la Jota miró el montón de trabajos, y, después de sentarse gravemente en un sillón, acto que imitamos, tomó la palabra para hacernos notar la magnitud de la tarea que debíamos emprender. «Dos formas hay para realizarla — añadió, — la una, es leer los trabajos en voz alta, reunidos en comisión, e ir clasificándolos según sus méritos; la otra, es repartirnos las obras en partes iguales, llevarlas a nuestras casas y hacer una primera selección; apartadas las mejores, podemos reunirnos de nuevo para llevar a cabo la lectura en común.» El poeta Luces opinó que esto último era lo más práctico; me adherí a su parecer, y así se resolvió. Me tocó un lote de más de treinta composiciones, que hice mandar a mi domicilio, y aquella misma noche comencé el examen. Felizmente, la lectura de pocas páginas de algunos de los trabajos bastaban para darse cuenta, por los errores de ortografía, de sintaxis y hasta de lógica, que su autor había errado lamentablemente la vocación; encontré, además, dos o tres novelitas de argumento lánguido y sentimentaloide y alguno que otro plagio más o menos encubierto; total, llevaba nueve obras examinadas y ninguna aceptable. La décima... Estaba metida en un ancho sobre ordinario, escrito con letra un tanto ruda, y constaba de unas diez hojas escritas a máquina, bastante torpemente, a juzgar por el número de raspaduras y correcciones. Desde las primeras líneas me interesó el argumento; era original, poco común, ingenioso; una verdadera *trouvaille,* y estaba desarrollado en una prosa fácil flúida, elegante, llena de brío y de acierto en las imágenes, oportuna en las comparaciones y rotunda y clara en los finales, bien hechos y llenos de expresión. Indudablemente la obra valía; era de calidad superior; la lectura de tanta cosa insulsa aumentaba, por contraste, su mérito, dándole un relieve poderoso.

Me produjo una impresión tal, que, cometiendo una primera falta, rasgué el sobre del seudónimo, que contenía el nombre del autor; en un rectángulo de papel, decía simplemente: «Lema: Esperanza; autor, Juan Pamplini.»

¡Pamplini! En mi vida habíame sonado tal apellido. ¡E iba a ser el dueño del premio, porque nadie podría ciertamente sobrepasarle! En fin, pensé encogiéndome de hombros, el mérito no se fija en sutilezas de nombres. Y para cumplir, seguí leyendo otros trabajos; pero los episodios de la obra de Pamplini me perseguían. Sus frases surgían claras en mi memoria, y ya no encontraba ningún atractivo en los otros escritos. De pronto apareció en mi conciencia, con nitidez desconcertante, una idea insidiosa: ¿y si me apropiara este trabajo? La deseché inmediatamente, pero volvió a asomarse al cabo de muy pocos segundos, con esa fastidiosa insistencia con que ciertos insectos alados molestan la tranquilidad de nuestros veranos. La lucha continuó largo rato; encontraba toda clase de argumentos en favor del despojo; la impunidad estaba asegurada: ¿quién prestaría atención a Pamplini en caso de que protestara? Ese trabajo me devolvería de golpe mi antiguo prestigio; era como una inyección de sabia nueva en el tronco agostado del árbol caduco que le permitiría exornarse una vez más con flores rozagantes. A la doce me resolví; metí el papel en un nuevo sobre, cambié de lema al más desastroso de los trabajos presentados, para atribuírselo al joven en cuestión, y guardé el suyo en mi escritorio.

Algún tiempo después, reunidos los tres jueces y leídas en varias sesiones las obras seleccionadas, se resolvió, tras algún debate, conceder el premio al trabajo de una señorita, que había escrito, en frases capaces de arrancar lágrimas gordas como un puño a todas las modistillas de la ciudad, el dolor de una madre por la pérdida de su hijito muerto de tuberculosis.

Fuí encargado de redactar un suelto sobre el fallo; en

él, después de hacer un cumplido elogio de la obra vencedora, me congratulaba por haber correspondido el triunfo a una mujer, entrando en consideraciones sobre los méritos de inteligencia y sensibilidad del bello sexo; citaba, también, como dignos de mención, otros varios escritos, y concluía:

«Los demás concurrentes a la prueba no deben desanimarse por su poco éxito; hemos encontrado muchos elementos apreciables y esfuerzos dignos de loa en las producciones no premiadas, y es seguro que, mediante una labor asidua e inteligente, podrán sus autores alcanzar la sanción del éxito más adelante.

«Los comienzos son siempre penosos y sembrados de sinsabores; hay que perseverar en el esfuerzo para alcanzar la meta.»

Pasaron varios meses; y un día *La Revista Literaria* anunció que en breve se iba a publicar un trabajo mío, en el que expresaba, en forma concisa y admirable, un argumento de poderosa concepción, que encerraba la idea capital de una obra de gran vuelo, a escribirse después.» Y como se dijo, apareció el trabajo de Pamplini, adornado por primorosas ilustraciones y honrado con la gloriosa firma de un servidos de ustedes. El éxito fué inmediato; un grupito de *incondicionales* que me habían acompañado en el ostracismo de mi popularidad, me abrumó a felicitaciones.

Respondí con agradable premura un centenar de cartas y tarjetas de elogio; se habló de un banquete, que no se realizó, «para reservarlo al día en que apareciese la gran obra de la que ese escrito era una suerte de resumen».

Y algunos días después, saboreando aún mi triunfo, me anunció el criado la presencia de un jovencito que deseaba hablarme. — Pregúntele quién es, le dije. — Al cabo de un momento volvió: — Juan Pamplini. — Que pase, — ordené secamente. — Entró el tipo. Era un individuo de figura tosca, muy pobremente vestido; una negra corbata flotaba melancólica sobre un chaleco mal ajustado por botones que apenas retenían los ojales deformados por el uso; el cuello de su saco blanqueaba de caspa; sus calzones presentaban cierto fleco inquietante al caer sobre los mal lustrados botines; tendría diez y ocho años a lo sumo; el único rasgo indicador de su talento se vislumbraba en la mirada de sus ojos expresivos. Hubo un instante de silencio.

Sentía odio contra ese ser absurdo; se me ocurrió que estaba obligado a hacer lo que podía en beneficio mío; que el apoderarme de su trabajo no era de ningún modo una falta, sino una apropiación de derecho; «individuos como éste — pensé, — no pueden abrigar la pretensión de aspirar a la gloria.» Y rompiendo el silencio, le dije:

— Y bien: ¿a qué debo el honor de su visita, señor Pam... ¿cómo es su gracia?

— Pamplini.

— ¡Ah!, eso es; Pamplini.

Clavó la vista en el suelo y, a media voz, comenzó:

— Usted lo sabe muy bien, señor; vengo a reclamar por mi artículo, el artículo que mandé al concurso literario de *El Porvenir*, hace cinco meses. ¡Si usted supiera el trabajo que me costó! He consumido largas horas de vigilia para concebir el tema y desarrollarlo; lo he escrito infinidad de veces, suprimiendo y agregando frases y palabras; me absorbía de tal modo, que falté a veces a mi empleo y estuve a punto de perder mi curso en la Escuela Normal; en él cifraba todos mis anhelos; él había de abrirme ciertos horizontes, mejorar mi situación, alentarme en esta penosa lucha de miseria y de idealismo, en la que estoy sumido; ¡porque yo me siento capaz, señor!; pero debo malgastar mi talento en mezquinas ocupaciones para ganarme un pedazo de pan. Los quinientos pesos del premio me habrían permitido dejar un empleo que esclaviza la casi totalidad de mis horas y dedicarme, con toda la amplitud que deseo, al estudio y al trabajo original...

— ¡Caballerito! — le interrumpí fríamente; — siento mucho, pero el fallo ya está dado, hace cinco meses, como usted mismo dijo; si es una reconsideración lo que pretende, convendrá en que se acordó muy tarde de pedirla; por lo demás, los otros dos respetables literatos que me acompañaban, personas de recto juicio, me merecen demasiada consideración para creer que el premio fuera mal asignado. Su escrito no habrá tenido méritos suficientes; usted se dejó sugestionar por sus ambiciones y le atribuyó virtudes que no posee.

Me miró asombrado; con una inocencia tal en su mirada, que me sentí molesto por un instante.

— ¡Es que mi artículo acaba de publicarse, señor! — exclamó. — ¡Y acaba de publicarse en la *Revista Literaria*, con su firma de usted!

— ¡Cómo! — grité con voz terrible. — ¿Me acusa usted de ladrón, pues? ¿Está usted en su cabal juicio? ¡Yo, un literato apreciado por todos, que ha arrancado el aplauso a la crítica más severa, el autor de *Las prosas de un peregrino*, que han agotado diez ediciones; y, académico corresponsal de infinidad de sociedades eruditas; yo, que tengo una carpeta atestada de cartas de felicitación y aprecio de los más ilustres personajes del país y del extranjero! ¡Ah! — dije serenando la voz; — estaba olvidando que es usted un adolescente y que, por lo tanto, no tiene conciencia plena de sus afirmaciones. Usted delira, mi amigo; le aconsejo reposo y calma. ¡Es curioso! — añadí sonriéndome. — ¡Realmente un caso único, que llamaría la atención si fuese relatado!

El asombro de mi interlocutor crecía de punto; la honradez sencilla de su espíritu bueno no sospechaba, tal vez, la farsa; el lujo relativo de mi casa, comparado a su miseria, le cohibían; una formidable hilera de gruesos volúmenes, simétricamente alineados en la biblioteca, contribuían a aumentar su timidez.

— Señor — balbuceó, — le juro a usted, por lo más sagrado, que he escrito una obra adsolutamente igual a la que usted publicó hace algunos días; sobre esto, no puedo equivocarme; la sé de memoria; la he elaborado demasiado tiempo para no recordarla.

— ¡Ilusión, joven, ilusión! La psicología mórbida presenta casos semejantes; una hipermnesia producida por un fuerte choque moral, le habrá permitido retener con una sola lectura todo el artículo; sus sueños de grandeza le hicieron creer que era suyo; producida la falsa asociación, usted se convenció a sí mismo, y viene ahora a reclamar un absurdo. ¿Tiene acaso borradores?

— Conservo una copia en limpio, lo demás lo destruí.

— ¿Y quién nos asegura que esa copia no sea posterior a la publicación de mi trabajo? Pues... ¿La ha leído usted a alguien?

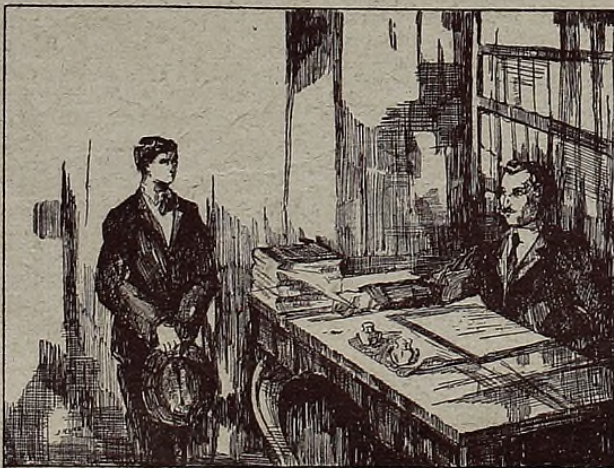
— No... no quise, temía las burlas de mis compañeros en caso de fracasar.

— Ya ve cuán inconsistentes son sus pruebas — añadí.

A estas palabras, alzó la cabeza en una reacción inesperada y dijo firmemente:

— ¡El artículo es mío; esa es la verdad; no sé cómo usted pudo hacer otro igual; protestaré; iré a la redacción de todos los diarios, se me hará justicia!

— Perderá su tiempo — le repliqué tranquilamente. — ¿Quién hará caso a la acusación de un Pamplini cualquiera contra el eminente López? Bastará un renglón mío para que nadie crea a usted; lo más que conseguirá es que algún repórter, a caza de asuntos raros, escriba un artículo sobre *un joven que se cree autor de obras ajenas*. No niego que usted pueda haber mandado un escrito al concurso; hasta le concederé que su artículo tuviese alguna atingencia con lo que yo he escrito. Y bien: En arte nadie es dueño de asunto; un asunto pertenece al que lo desarrolla mejor y más genialmente. Vea; usted está apenas en los umbrales de la vida; siga trabajando y deseche estas obsesiones, que pueden comprometer su estado normal. No puedo concederle más tiempo; ¡adiós!



Pamplini estaba anonadado; a través del cristal de dos lágrimas, vi la intensa desolación de su alma, reflejada en el fondo de los ojos.

Desde entonces no le vi más, ni supe nada de él; su mirada enturbiada por el llanto es lo que me mueve a confesar mi delito.

José Carlos ASTOLFI.

Dib. J. Ruiz.

De Nuestro Mundo Social



Señora de Rodríguez Castro
Montevideo.



Señorita de Zuberbuhler

Fot. Frans Van Riel.





Triunfadores

Para P B T.

Son aquellos que van la frente erguida,
llena el alma de angustias y de amores,
de la idea del bien los sembradores
en medio a las borrascas de la vida.

No son aquellos de virtud suicida
que tras del oropel tronchan sus flores
sino aquellos eternos luchadores
que escalaron la cumbre apetecida.

Triunfadores no son los que la fama
con su trompeta sonoral proclama
cual grandes paladines de victoria.

Sino los que van solos y combaten,
que arrastrando una cruz, también se baten,
para poderse coronar de gloria.

Vicente Bove.

Dib. de Soldati.

LAS COSAS TERRIBLES

Durmió muy mal aquella noche. La cabeza grotesca del doctor bailaba sola ante sus ojos. Siempre rodeada de aquella cicatriz enorme, que parecía un corbatín encarnado, mientras la boca faunesca le decía cosas imposibles de comprender.

Se levantó muy tarde y se fué al casino. Almorzó y se pasó la tarde jugando al tresillo. Confiaba en ver por allí al señor Catafalco, pero no apareció. Se le ocurrió preguntar a sus amigos por el doctor, por si alguno le conocía y le daba algún dato interesante.

—¿Robinson de Mantua? ¡Es la primera vez que oigo ese nombre! Dió sus inconfundibles señas personales: Un señor alto, feo, con chistera; pero nadie recordaba haberle visto jamás.

—¡Es raro! Pero tal vez en secretaría sepan algo de él.

Cinco minutos después, el secretario en persona declaraba solemnemente que el doctor Robinson de Mantua no era socio del casino.

—¡Sin embargo, él viene casi todas las tardes!

—Pues nadie le conoce.

Basilio sintió renacer sus inquietudes de la noche anterior. Deseaba ardientemente que diesen las nueve de la noche para acudir a la cita y «sabr cosas terribles, aunque no se las contase él».

Cenó en el café, con Martín y Malato, que iban a presentarle a un nuevo amigo jorobado. Esta vez no se trataba de un capigorrón: el recién venido era un médico italiano muy rico, que hacía poco regresara de la India. A pesar de sus espaldas de tortuga, que dan un aire de tan triste comicidad a sus cofrades, el doctor Victorio Sabatino imponía un extraño respeto. Era viejo, enjuto de cara, que traía rasurada cuidadosamente; sus ojos grises, con fulguraciones de acero, dominaban al interlocutor desde el primer momento. Eran ojos de serpiente fascinadora. En las manos, largas y delgadas, brillan extrañas sortijas.

—Las he comprado en la India. Todas tienen un poder misterioso contra el maleficio. Mire usted ésta, con un brillante tallado por un lapidario milagroso. Semeja la cabeza de una víbora. Mire usted, levantando la piedra se advierte que es un pequeño depósito de una substancia ponzoñosa. Me la preparó un indio, amigo mío, que es faquir y brujo. Con esta gotita de color de ámbar, podrían morir, fulminantemente, cien personas... Al mismo tiempo, la joya es un talismán infalible...

Basilio estaba encantado con el nuevo personaje. Su fantasía se exaltaba con las palabras de Sabatino.

—¡Oh, aquel país debe ser admirable! Yo deseo que usted me honre con su amistad y que me cuente sus aventuras por aquellas selvas del misterio.

El médico jorobado sonrió, enigmático.

—Yo también tengo mucho interés en ser su amigo. Estos me han hablado mucho de usted y de sus supersticiones. Tiene usted razón para ser supersticioso; la causa oculta de todas las desgracias está en esas pequeñas cosas que desprecian los espíritus fuertes: un tintero que se vierte, un entierro «negro» que pasa, un espejo que se rompe sin que nadie lo haya tocado. Y, sobre todo, un tuerto. ¡Por todo el oro del mundo no sería yo amigo de esos hombres que tienen un ojo turbio o sanguinolento!

Basilio se estremeció, y con disimulo tocó la moneda rota de su cadena. Guiñó un ojo y contrajo la boca. Como de ordinario, cuando se hablaba de esto, al punto Sabatino se apercibió del «tik» nervioso.

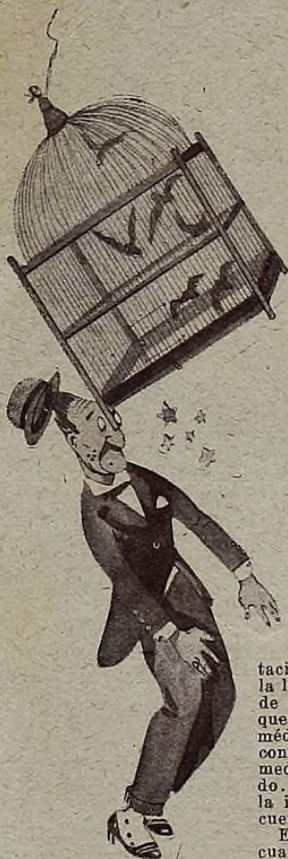
—Usted es epiléptico, ¿verdad?

—De niño tuve algunos ataques. Hace mucho tiempo. Parece que ya ha pasado el mal.

—¿Tiene usted alucinaciones con frecuencia?

—Jamás—contestó alegremente Basilio.

—¡Es raro! Perdone que le pregunte tanto. Mi especialidad es esta enfermedad, que los antiguos llamaron «el divino mal». Estudio en los otros para curarme yo mismo, porque también soy epiléptico. En mí, la enfermedad ha tenido manifestaciones horrorosas: he llegado hasta la locura... Me fuí a la India, después de una tragedia que hay en mi vida y que nadie sabe, a investigar si aquellos médicos, extraordinarios y misteriosos, conocían el medio de curar esta enfermedad que me ha hecho tan desgraciado... mucho más que la joroba, que es la irrisión de todos los necios que encuentro en la vida.





El reloj marcaba las nueve menos cuarto. Basilio se despidió de sus amigos. No iba a gusto a la cita; pero no ir le parecía una abomidable ingratitud con el señor Catafalco. Le era más simpático el médico jorobado, cargado de amuletos y con aquella melenita blanca que le rozaba la corcova. Tenía un aspecto de gnomo de comedia de magia.



Se sentó en un banco. A pesar de su promesa, no se decidía a ir a la cita. Sentía miedo, sí; un miedo sin causa, una sensación de pavor supersticioso. ¿Sería una celada del hombre del ojo turbio y alucinante?

En esto pasó una mujer de cabellera roja. A Basilio le entusiasmaba este color. Este encuentro le decidió; conquistaría a la dama y pasaría una gran noche de aventuras. Ya se excusaría con el señor Catafalco cuando le viese por casualidad.

La dama era zahareña. A pesar de los delicados madrigales que le prodigaba Basilio, ni siquiera le correspondió con una sonrisa.

—Me parece que he tropezado con una virtud de roca.

Cruzaron calles y calles y se internaron en las encrucijadas, y al cabo de un callejón tortuoso y con verdín en el empedrado, salieron a una silenciosa y obscura plazoleta. La mujer apresuró el andar y se entró por un amplio portalón; Basilio se quedó, como un tonto, viéndola desaparecer.

Solemnemente dieron las nueve en la torre de una iglesia. La hora de la cita. Basilio miró en torno y lanzó un grito.

—¡Es extraordinario! Esta plaza es la de anoche...

A la luz de un farol leyó el rótulo: «Plaza del Alamillo». Y sintió un latigazo de hielo en la espalda.

—He aquí cómo queriendo faltar a la cita, he venido como un autómata hasta la misma puerta. Me parece raro esto. Es una casualidad muy chocante. En fin, ya que he venido hasta aquí, quedaré bien con el señor Catafalco.

Sus pasos resonaron en el portalón de piedra; era una vieja casa señorial.

Dos desnudos de bronce sostenían dos magníficas lámparas a la entrada de la escalera de mármol.

—¿Qué desea usted, caballero?

Basilio sacó la tarjeta amarillenta que le diera el señor Catafalco, y se aproximó al chiribitil del portero. Al meter la cabeza, tropezó con una enorme pajarera, llena de canarios, que colgaba del dintel.

Una jovencita preparaba el yantar de la familia porteril.

—¿En qué piso vive el doctor Robinson de Mantua?

La muchacha, al oir este nombre, dejó caer al suelo el cucharón que traía en la mano.

—Madre, oiga usted lo que dice este caballero...

Surgió una buena comadre, ventruda y colorada.

Basilio se quitó cortésmente el chapeo.

—Señora, ¿tiene usted la bondad de decirme en qué cuarto vive el doctor Robinson?...

La buena mujer le clavó unos ojos redondos y espantados.

—¡Marciano! ¡Sal en seguida a oir lo que dice este señor!

—¡Caramba!—murmuró Basilio.—¡Ni que preguntase por el mismo demonio! Esta pobre gente es idiota.

Salió apresurado el jefe de la familia.

—Le ruego a usted que me diga en qué cuarto habita el doctor Robinson de Mantua.

—El señor ha faltado muchos años de la ciudad, ¿verdad?

—¡Hombre! ¿Por qué me dice usted eso?

—¡Como viene a preguntarme por el doctor!... La familia sí que vive aquí; son los dueños de la finca...

—Pero ¿y él?

El portero repuso solemnemente, penetrado de la gravedad de sus palabras:

—¡El doctor Robinson de Mantua murió asesinado hace diez años!

Intervino la portera.

—Fué un crimen misterioso. No se pudo encontrar al asesino.

Basilio estaba más pálido que un difunto.

—¡Que le han asesinado! ¡Ah, entonces, aquella cicatriz!... ¡Pero esto es absurdo; si anoche mismo,... yo!...

Se retorcía como un endemoniado, y en una de las convulsiones, le dió un violento puntapié a la mesilla, que vino a tierra con gran estrépito de cucharas y de cacharros rotos; perdió con esto el equilibrio, y buscando asidero se agarró a la colgante pajarera, que se le vino sobre la cabeza, con gran algarabía de los canarios e indignación de la familia porteril.

Una modistilla que, al pasar, había visto aquella catástrofe, exclamó, soltando la locura de su risa:

—Debe ser un artista de cinematógrafo, que está impresionando una película.

Emilio CARRERE.

Dib. de Soldati.

KALEIDOSCOPIO SOCIAL

Los moscardones de la fama

Del mismo modo que existen iconoclastas que niegan los talentos, sin haberse enterado nunca de sus obras, dase con espíritus *generosos* que reconocen méritos tan sólo porque sí.

Y no se crea que estos bienaventurados mortales se limitan a guardar en su fuero interno la presunción. Por su ídolo serían capaces hasta de pelearse. Así, por ejemplo, en una tertulia dicen ustedes un día:

—Ese Rodrigáñez escribe maravillosamente.

—¡Bah!, muerto Rodó, en América no hay nadie que ponga cuatro líneas bien.

—Esa, como todas las opiniones radicales, es una majadería —objetamos.

—¡Cómo!, ¿me quiere usted comparar a Rodrigáñez con Rodó?...

—No comparo, señor; pero, ¿ha leído usted algo de Rodrigáñez?... Y de Rodó, ¿qué es lo que usted conoce?...

Aquí un profundo asombro del que os lleva la contraria:

—¡Rodó es una gloria continental! Yo no necesito haber leído nada para saberlo. ¿Ha oído usted algo de Cicerón? Y, sin embargo, le admira, sabe que es el padre de los oradores.

Tras del argumento, una mirada compasiva, anonadante.

Estos señores que admiran sin conocer, suelen resultar un poco tardíos en sus acatamientos. Para que se resuelvan a ser propaladores de una fama, es preciso que ella esté hecha y rehecha. Pero, una vez dispuestos a sustentarla, su celo será asombroso. Regatearán méritos a los que estén en vías de la consagración; pondrán el valladar de una negativa sistemática a cuantos empiezan:

—¿Ha visto cómo pinta Fulano de Tal?

—¡Oh, déjense de historias! Aquí sólo dos grandes pintores han nacido. Uno es Sánchez, que si quisiera trabajar más, ya sería millonario; el otro... se murió. ¡Pobre Dorreguito!... ¡Qué alma!... ¡Aquél sí que era un retratista de porvenir!...



Esta limitación en admirar, da una efusión extraordinaria al que admira. Como sólo dedica sus *amores* a una persona, le sobra tiempo para importunarla en la casa, para atosigarla en la calle, para ensordecer con sus aplausos cuando llega la hora de aplaudir. Se habrán fijado ustedes en que cada hombre de talento tiene seis o siete *inseparables* de una mentalidad primitiva, que se emocionan con los triunfos del *genio*.

Lo extraordinario es que a los triunfadores no sólo les molestan estos *moscardones de la fama*, sino que hasta los echan de menos el día que no acuden a la tertulia del café. Y es que los hombres superiores, principalmente si son artistas, gustan de la lisonja, sea como sea, y venga de donde viniere.

Tienen, como las muchachas convencidas de su belleza, desarrollado en forma excesiva un sentimiento femenil: la coquetería.

Tolstoï fué siempre una excepción. Su autoridad desdeñaba el halago. Pedía, no que le celebraran, sino que le imitasen. «No quiero panegiristas, sino discípulos. El día que todos piensen como pienso yo, se habrá hecho la revolución sin verter una sola gota de sangre.» Hemos visto en Madrid con Benavente, y en París con Prevost, el caso contrario:

—¡Qué frase!

—¡Qué profunda sentencia!

—¡Eso sólo es capaz de hacerlo usted.

Y seguía así el coro de las *mediocridades circundantes*.

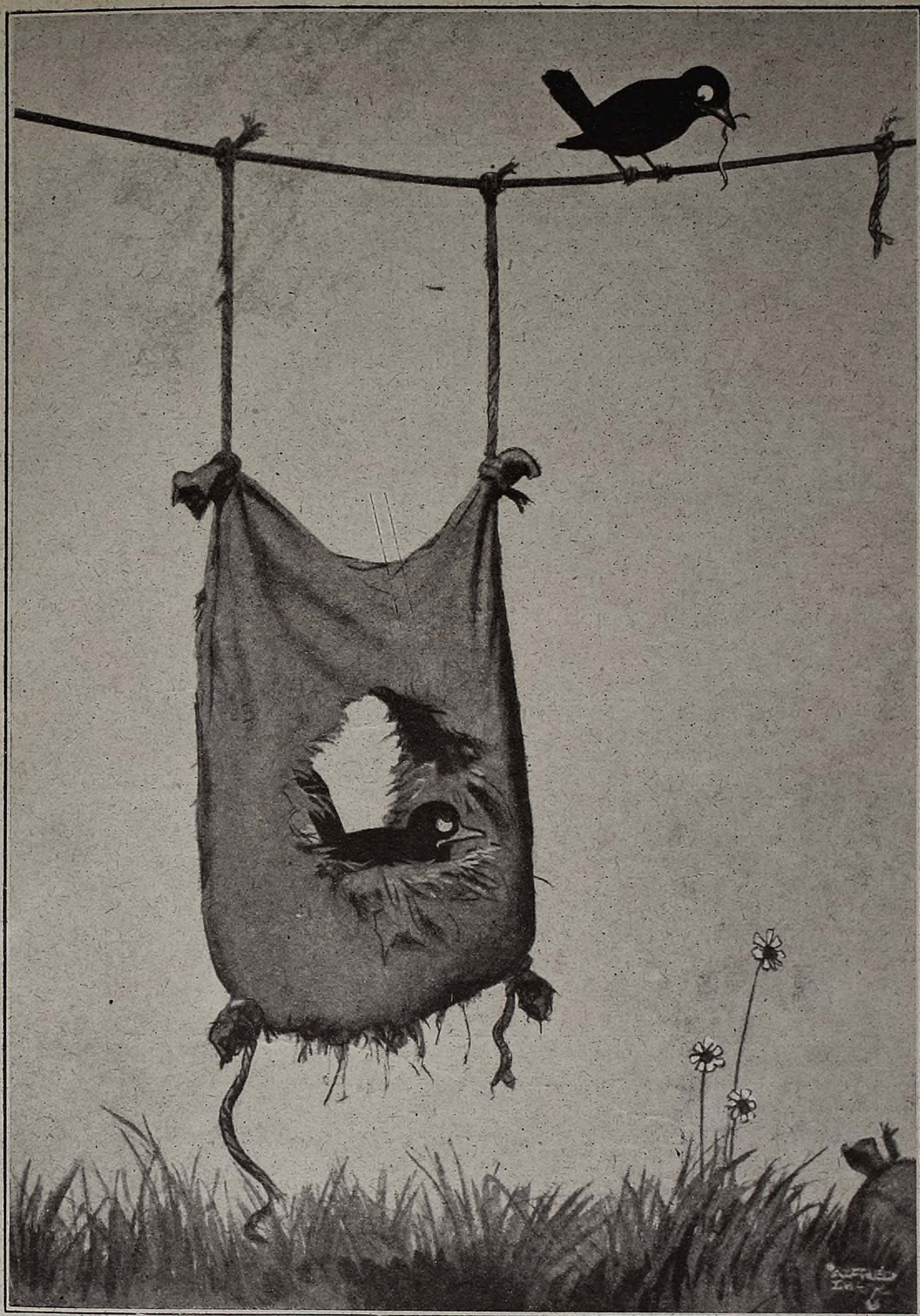
Entre los ciudadanos que se dedican a la política, suelen darse los *moscardones* igualmente. Tal vez entre los políticos abunden más. Lo que sí, que carecen de la principal virtud: la consecuencia.

En cuanto el *astro* se obscurece o se eclipsa, buscan otro de más *poder lumínico*. Esto es de ley. Resulta una práctica antiquísima. A pesar de ello el oficio no se ha desacreditado todavía. Y es lo que dice Ortega y Gasset:

—En estos tiempos, que cuentan con complicadas técnicas para todo, sólo una cosa se hace al buen tun-tun: vivir.

Antón Martín Saavedra.

ERROR DE ÓPTICA



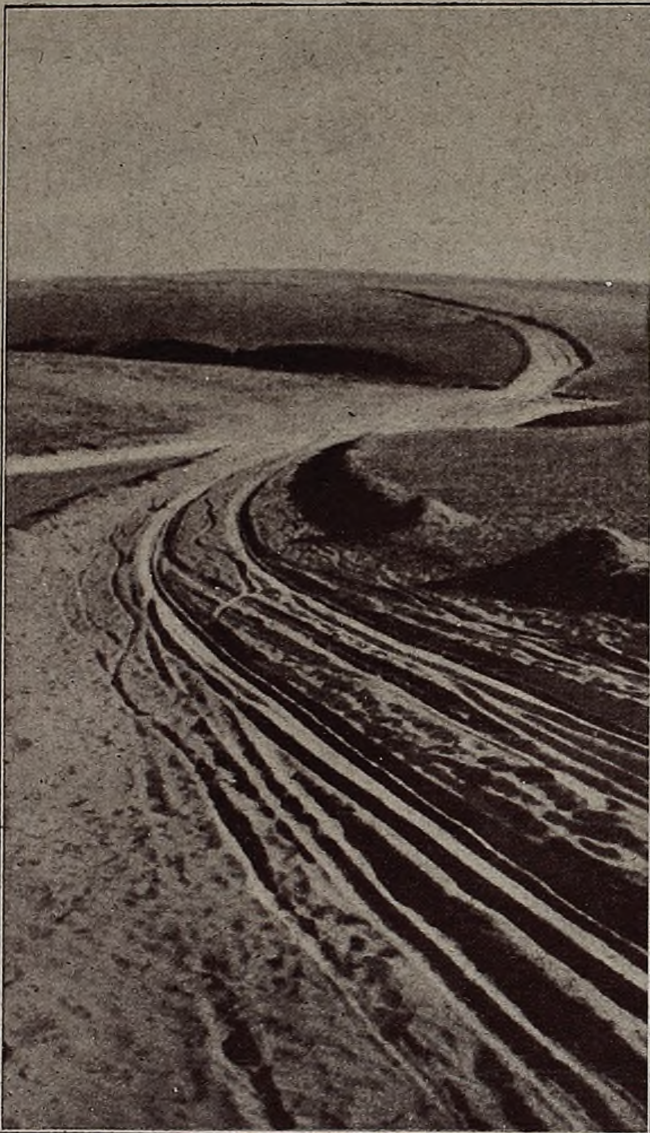
La señora pájaro al marido. — Deja esa lombriz tísica y traeme otra más gorda que tienes delante de las narices.



LOS BRITÁNICOS EN PALESTINA



En busca de agua.



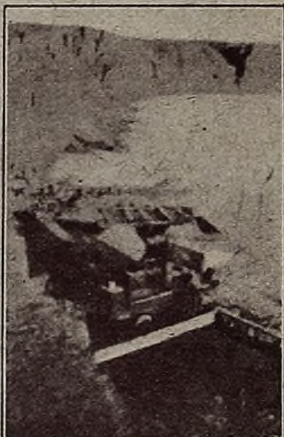
Un largo camino en la arena.



Señaleros en acción.



Construyendo trincheras.



Una compresa en un hilo de agua.



Alrededores de Gaza.



Refugios subterráneos.



Un campamento.



Una playa en el desierto.



Un poco de football.



COPA GRIEGA

(De Wenceslao de Queiroz)

En esta copa que al placer convida,
al trasbordar del claro vino heleno
se ve a Baco reir, como un dios bueno,
la cabeza de pámpanos circuida.

¡ Cuánta escena pagana fué esculpida
en oro puro, de labares pleno,
y donde, entre los brazos de Sileno,
desmaya una bacante enloquecida !

¡ Artistas sin igual ! ... brinden por ella,
por el buril que la esculpió tan bella,
de arte siguiendo religiosas pautas ! . . .

Y oirán, seguro, en tan feliz momento,
en su revuelo, resonando al viento,
panderos, liras, crótalos y flautas ! . . .

Traducido del portugués por

Arture E. AGUIRRE.

LA ILUSIÓN DE LOS SENTIDOS

Estamos tan acostumbrados a tomar por verdadero todo lo que percibimos por medio de la vista, del oído, del tacto, del olfato, del gusto, que casi resulta alarmante el pensar lo poco dignas de fe que son en cambio esas percepciones que suelen engañarnos con bastante frecuencia.

«Ver para creer», repetimos muy a menudo; pero si consideramos por un momento la cuestión, nos persuadiremos de que el ojo es un gran embustero que transmite al cerebro impresiones absolutamente engañosas.

Lo que comúnmente llamamos *ilusión óptica* es debido, en la mayor parte de los casos al hecho de que un objeto puesto delante de los ojos y alejado luego, se continúa viendo aún, después de la remoción por un corto espacio de tiempo. Esta persistencia de la imagen en la retina — o la impresión de la imagen persistente en el cerebro — facilita el ejercicio de la vista, porque da tiempo a la mente de recoger, por así decir, el mensaje y de interpretar su significado. Si no fuera por esta propiedad, el ojo, al tiempo de leer, por ejemplo, estaría obligado a detenerse por un período de tiempo mucho mayor en cada palabra, y durante cada pestañeo sufriría una molesta interrupción.



La vista a través de la mano.

Todos conocen el experimento de producir un círculo luminoso haciendo girar rápidamente la punta encendida de un cigarrillo en la obscuridad. El anillo luminoso así formado es, evidentemente, efecto de una ilusión, porque es claro que la luz del cigarrillo va pasando rápidamente de una posición a otra en el círculo, pero no puede encontrarse a la vez en todos los puntos de dicho círculo. La explicación del fenómeno está en que la impresión producida por la luz en un punto cualquiera de la circunferencia, subsiste aún mientras el cigarrillo hace su movimiento y perdura todavía cuando vuelve a llegar a aquel punto de partida. Sin este fenómeno visual, muchos de los mejores efectos de los fuegos artificiales se perderían e igualmente no se podrían pasar al lienzo de los cinematógrafos las proyecciones de las películas.



El dedo doble.



Una ilusión del tacto.

Una serie curiosa de ilusiones ópticas se basa en las imágenes sujetivas.

Si el ojo, por ejemplo, se fija por un cierto tiempo sobre un disco rosa pintado sobre un fondo blanco y luego quitando la vista la dirigimos hacia otro lugar cualquiera, seguiremos viendo el disco, pero ya no lo veremos de color rosa, sino verde. Viceversa, un disco verde se transformará en un disco rosa.



Un experimento con el olfato.

Tomad un tubo de papel de unos dos centímetros de diámetro. Teniendo abiertos los dos ojos, mirad con el derecho por dentro del tubo y con el izquierdo miraos la palma de la mano como indica la figura correspondiente. El efecto es curiosísimo: parece que el tubo pasara por el centro de la mano o que ésta tuviera un agujero a través del cual se ven los objetos más lejanos. Otro fenómeno: mirad un objeto distante, teniendo un dedo delante de los ojos y a una distancia de unos treinta centímetros. Veréis dos dedos.

Pasando al sentido del tacto, encontramos que aun en este terreno sufrimos el engaño de los sentidos.

Si hacemos girar una pequeña esfera, una migajita de pan o un pedacito de papel, bajo la punta del índice y del mayor cruzados uno sobre otro, tendremos la sensación de que tocamos dos esferitas en vez de una y cuanto más insistamos en la experiencia, más completa nos resultará la ilusión.

El utilísimo remedio conocido con el nombre de mentol, refregado sobre la frente o sobre cualquiera otra parte del cuerpo, hace sentir un frío bastante intenso, que no es frío en realidad.

El hecho se debe a una propiedad de aquella substancia de estimular los nervios particularmente susceptibles, sensaciones frías, pues en nuestro cuerpo tenemos nervios sensibles, tanto al frío como al calor.

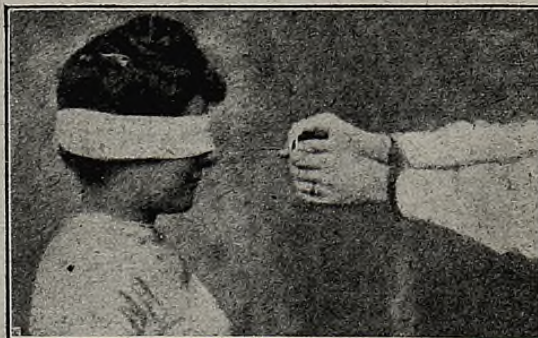
Numerosos errores se cometen aún en la apreciación del peso: tomad dos objetos de peso idéntico, pero uno mayor que el otro, dádselos a uno que ignore el secreto y es casi seguro que os dirá que el más pequeño es el más pesado.

El sentido del gusto también tiene particularidades curiosas: poniendo sobre la lengua un pedacito de azúcar y otro de sal, no se sienten los dos sabores a la vez ni un sabor mixto, sino que se sentirán ambos alternativamente.

Un fenómeno parecido se observa con el sentido del olfato, haciendo el experimento con un poco de menta y un poco de amoníaco, en la forma que indica una de nuestras figuras.

Y finalmente, el oído produce igualmente muchas ilusiones.

Una experiencia interesante puede hacerse vendando los ojos a una persona y produciendo un sonido seco, por ejemplo, raspando dos monedas. Si el sonido se produce delante de la nariz, encima de la cabeza o en otro punto cualquiera de una línea imaginaria que pase por el centro del cráneo, la determinación de la dirección de dicho sonido se hace dificilísima.



La ilusión del oído.

EL TESTAMENTO DE DON POLICARPO

Ningún testamento más original que el de don Policarpo Menéndez, el viejo estanciero de Mercedes, famoso por las excentricidades de su espíritu socarrón:

—Cuando yo me muera, la gente letrada v'a tener pa prosear un rato — sonreía aludiendo al peregrino documento, refrendado por el escribano.

Y este escribano fué tan circunspecto, que en tres largos años a nadie reveló el secreto.

No tenía familia don Policarpo. Apenas la sospecha de que el indiecito Clemente fuera su hijo natural:

—¡A tanta china s'arrimao uno! — reflexionaba.

Por si acaso, le dejó sus tierras:

—Eso sí, que trabaje. Que ruede como taba'e chancho, com'he rodao yo. De tuitos los animales no le dejo más que los perros.

Toda su vida fué don Policarpo un paisano lleno de originalidades. No quiso casarse, porque teniendo ya como 40 años, mandó a un colegio de la capital a cierta muchachita pobre con la que pensaba unirse:

—Pa bruto, conmigo basta. Que al menos sea estruída la mujer.



Regresó Ricarda hecha una palomita tímida, con las 16 primaveras. Entre otras cosas, las monjas le enseñaron a no levantar la vista en presencia de hombres.

—Es como flor de ceibo, que siempre está colorada e vergüenza — decía don Policarpo.

Hasta que un día la peona que el estanciero cedió a la familia para que Ricarda no pasara trabajos, mientras llegaba la fecha del enlace, le trajo una noticia que le dejó como si recibiera un tiro.

—¡La muy... chiva! ¡Si n'hay hembra donde depositar confiansa, aunque sea yegua ensiyada y se tenga del freno.

Le había sido infiel nada menos que con el padrastro, un gaucho desaseado y alcoholista.

Desde entonces don Policarpo nada más quiso saber de «casorios». De sus correrías por el pago se contaban cien escenas picantes. Murió como él apetecía: sin enfermedad larga y sin acerbo sufrir. Regresando una mañana de parar rodeo, dijo a Ño Eulogio, su peón más antiguo:

—Tengo como una bichera en el corazón.

Tendióse en la cama empapado en sudor y de allí lo levantaban yerto al otro día. Aunque era hombre bueno, su desaparición nadie la deploraba.



Brillaron de codicia muchos ojos.

—Vamos a conocer ese testamento al fin.

Abrióse el sobre lacrado, previas las formalidades de estilo. ¡Qué revuelo produjo lo dispuesto! Don Policarpo dejaba sus ochocientas vacas y sus noventa caballos para que se distribuyeran entre los vecinos del contorno. Con esta sola condición: que todos los favorecidos fuesen casados. Otorgaríase caballo o vaca, según en los hogares dominara el marido o la mujer.

La estancia transformóse en una romería, apenas se fijó fecha para el reparto. El comisario y el teniente alcalde secundaban al albacea.

—¿Usted qué pide? — iba interrogando éste.

—Vaca — decían resueltamente los gauchos.

—¿No le da vergüenza confesar que es su mujer la que lleva los pantalones? — indignábase el comisario de tiempo en tiempo.

—¡Dejuro, pero si es la verdá!

Habían entregado casi todos los lotes de vacas, sin que nadie osara solicitar un equino.

—El mundo está gobernao por las mujeres y n'hay que haserle — sentenció Ño Eulogio.

Quiso la providencia que apareciese al fin un mortal intrépido. Era un pardo de figura gentil, con ademanes heroicos y talla aventajada.

—Un cabayo pa mí — reclamó con jactancia.

—¿En su casa manda?...

El pardo, enarbolando su pesado arreador, guiñó un ojo a los presentes.

—¿En mi casa manda este hermanito?

Diéronle un «malacara» espléndido y se alejó ufano por los potreros altos. Entretanto, continuaba la distribución.

—Vaca. No vaya a creer: ¡es un antojo e la patrona! — disimuló algún paisano chicanero al tiempo de pedir.

Atardecía mansamente, cuando desde la estancia se vió al pardo del «malacara», que regresaba trayendo su hermoso corcel del cabresto. Hubo una explicable curiosidad, que fué adivinación reparando en las ropas rasgadas y varias contusiones con arañazos en el rostro. No traía rebenque y el aire intrépido de antes habíalo sustituído un gesto resignado:

—Mi mujer, saben, tampoco quiere cabayo!

VICENTE A. SALAVERRY.

BAÑOS DE MAR EN BUENOS AIRES

En nuestro número anterior, en la nota referente al transporte económico de postes y maderas por el sistema de flotadores ideado por el señor Castromán, reseñábamos al final de aquélla algunos de los inventos de este hombre laborioso. Por olvido no mencionamos su proyecto de balneario monumental, presentado al gobierno hace cerca de nueve años.

En el diario *La Argentina* del 14, hemos leído un artículo que nos parece está relacionado con este asunto y ello nos movió a investigar lo que hubiera de cierto en aquéllo.

Nuestras investigaciones nos dieron los datos explicativos de otro proyecto que se nos ocurre íntimamente ligado con aquél.

Como la cosa tiene excepcional importancia, pusímonos en campaña para obtener del asunto una información completa, y en posesión ya de todos los datos hicimos un resumen para transmitirlo a nuestros lectores. En el año 1909 el señor Fernando A. Castromán presentó al gobierno que presidía el doctor Figueroa Alcorta, un proyecto de construcción de balneario monumental digno de una metrópoli como la nuestra, de casi dos millones de habitantes.



Monumento-surtidor para proveer de agua semisurgente a las piletas.

De la importancia de dicho proyecto, de exclusiva invención y propiedad del señor Castromán, puede juzgarse observando que pasan de veinte mil las personas que cada día festivo se reunen en las playas de Quilmes, varios miles en las de Belgrano, muchas (hasta cincuenta mil en un día) se aglomeran en el Balneario Municipal, recientemente inaugurado. Esto pone de manifiesto que una población como Buenos Aires, cuya mayor parte carece de medios para trasladarse y veranear en Mar del Plata, Montevideo y aun en los deliciosos parajes de la serranía argentina, necesita, para reponer el desgaste que un intensivo trabajo diario le produce, de un lugar próximo, espacioso, adecuado y económico donde halle oxígeno, higiene, recreo y esparcimiento para su ánimo. El balneario monumental venía a satisfacer esta necesidad, realizando una obra de higiene social, cuyos beneficios son indiscutibles.

Vamos, ahora, a detallar el proyecto citado.

El Balneario Monumental ocuparía una extensión de 1.500 metros de ancho, o sea la distancia que hay entre las calles Viamonte y Venezuela, y su anchura, a contar de los murallones, aguas adentro, sería de 450 metros.

En este perímetro se instalarían secciones de cien metros de frente cada una, y en ellas estarían representadas las naciones más importantes del orbe, en su construcción, sus costumbres, sus espectáculos, sus deportes, el idioma de los empleados y cuantos detalles fuera posible imitar, a fin de que el extranjero creyera, durante unas horas, hallarse en su propio país.

Respecto a distracciones, habría dentro del espacio citado, canchas de foot-ball, de tennis, cricket, pista de patinaje, velódromo, bars, restaurants, teatro, circo, cinematógrafos, montañas rusas y cuantas distracciones originales funcionan en los grandes parques norteamericanos. Además una comisión de fiestas tendría a su cargo organizar los programas de cada temporada: exposiciones, carreras de bicicletas, regatas, fiestas venecianas, conciertos y otras distracciones dignas de esta gran ciudad cosmopolita.

Entre la zona del balneario y la ciudad se construirían amplias veredas y caminos para carruajes y automóviles, cuyos medios de locomoción dejarían al visitante bajo una marquesina de dimensiones apropiadas, inmediata a un jardín cubierto, en el que podrían exhibirse los más preciados ejemplares de la flora tropical, rodeando un quiosco para conciertos. Profusa y artística iluminación eléctrica haría de dicho lugar un centro de reunión social comparable a los mejores de su índole en Europa y Estados Unidos.

Por medio de caminos o túneles comunicaría el jardín con pabellones destinados a hoteles y a otros fines prácticos: colegio de niños débiles, museos instructivos, etc.

Una galería con techo de cristales, corredizo, para resguardar a los paseantes en tiempo lluvioso, comunicaría con un cuerpo de construcción en el que se instalara bars, restaurants, halls, billares, salones de conversación, teatro-circo, cinematógrafo, sala de audiciones y otros entretenimientos; todos ellos en locales cubiertos.

El estilo arquitectónico y distribución de esas construcciones respondería a los más artísticos y modernos, procurando, ante todo, la comodidad de los espectadores y la más higiénica instalación.

Como la agrupación de estos edificios formaría el conjunto principal de construcciones, habría del lado que mira a la pileta un monumento surtidor que proveería de agua, y del que arrancasen las galerías que contornearan aquélla.

La gran pileta de natación sería formada por muros, cerrando un gran perímetro cuadrangular, formándose el fondo con un lecho de arena oriental, con el conveniente declive. Una compuerta permitiría comunicar la pileta con el río.

Contorneando la pileta una artística galería de tres pisos; el primero, al nivel aproximado al del agua, tendría pequeños departamentos con bañadera, lavatorio y water-closset y otros destinados a servicios de peluquería, masaje, baños calientes, etc.

Otra pileta cuadrada, de cincuenta metros de lado, se destinaría exclusivamente para señoras y niños, teniendo próximos los servicios de masajista, pedicuro, manicuro, peinado, baños turcos, aplicaciones eléctricas y otros concernientes al cuidado y conservación del cuerpo humano.

Lateralmente a la gran pileta de natación habría dos pequeños diques provistos de sus compuertas, destinados al garaje de botes y lanchas.

El edificio principal estaría provisto, en la cúspide, de un faro que iluminaría todas las instalaciones y cuyo haz luminoso, alcanzando a gran distancia, pudiera servir como sistema de señales para los buques.

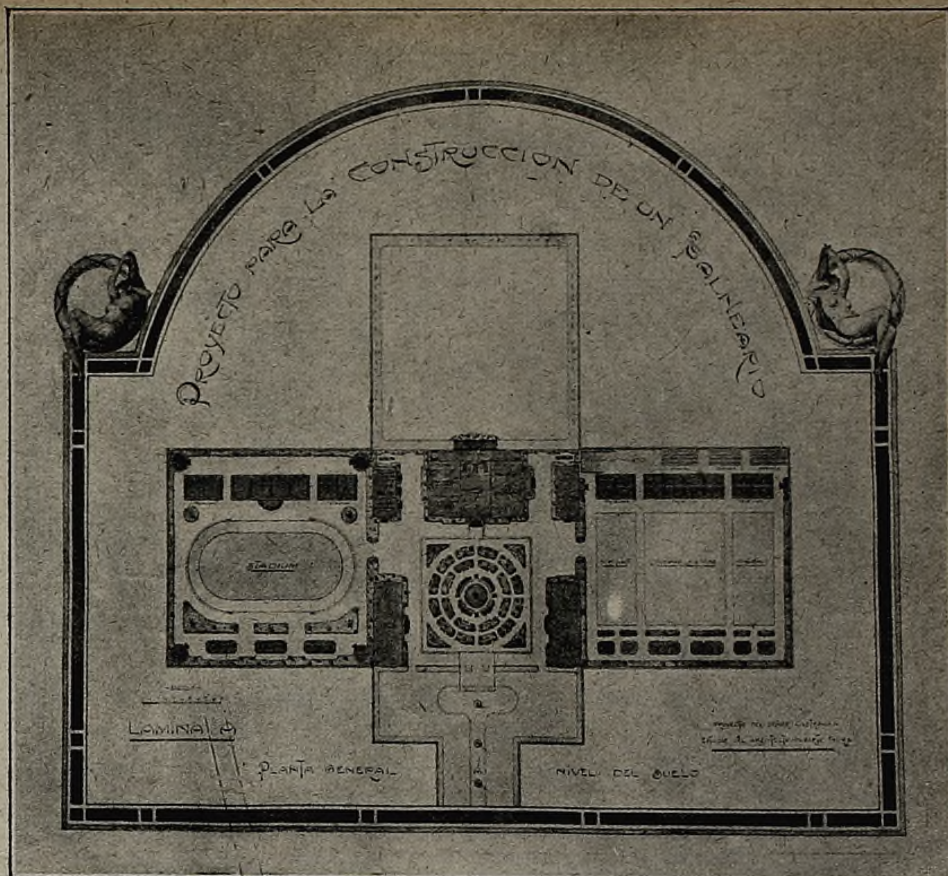
En la terraza habría jardines, confitería de verano, quiosco para música, etc.

El segundo piso (que comunica con la construcción principal donde se hallan los elementos de diversión en recintos cubiertos) se destinaría a pista de patinaje, a ser posible, de hielo artificial.

Constituiría el tercer piso de la galería una terraza desde la que los paseantes disfrutarían de admirable panorama, sirviendo también como tribuna durante las fiestas náuticas.

Una usina propia produciría la luz y fuerza necesaria en las diferentes instalaciones.

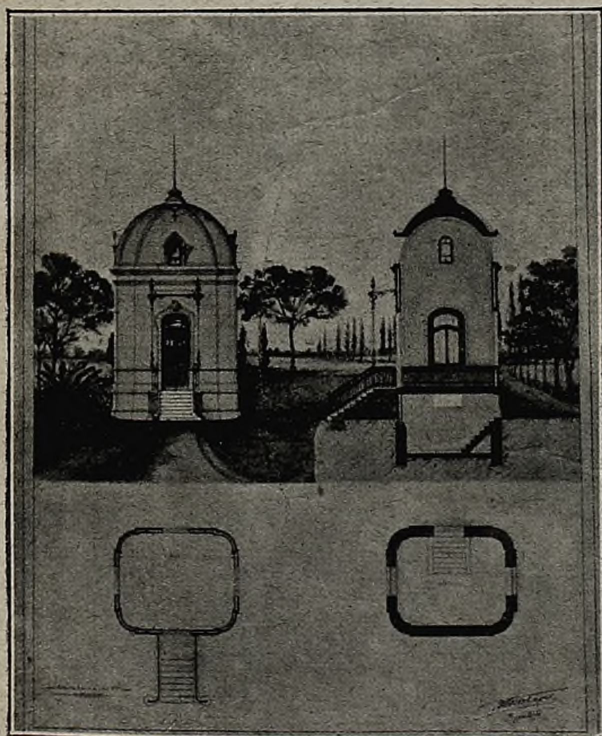
En el centro de la gran pileta, un islote, fantásticamente iluminado, servirá de descanso para los nadadores.



Plano de la construcción central, planta al nivel del suelo, del Balneario.

Entre los diferentes pabellones se instalarían pequeños jardines, bosques, fuentes luminosas, juegos de agua, quioscos, etc., y cuanto la práctica y el buen gusto sugiriesen para el exhorno artístico y adecuado.

Una gran superficie se destinaría a pista de bicicletas y automóviles, aprovechando el disco central para juegos olímpicos, carreras a pie, etc.; otra parte a canchas de football, cricket, tennis, con sus tribunas y edificios anexos.



Diseño y plano de dos pabellones.

Otras instalaciones estarán destinadas a servicios de salubridad, usina eléctrica, calderas de calefacción, depósitos de útiles, habitaciones para empleados, etc., etc.

De lo manifestado se deduce que se trataba de construir un balneario amplio, higiénico y con grandes condiciones de seguridad, que fuera a la vez un hermoso parque de recreos.

Confeccionados los planos por el arquitecto Alberto Faure, una vez estudiados, un sindicato norteamericano ofreció al señor Castromán 3.800.000 pesos oro para la realización de la obra.

Presentado el proyecto al gobierno de Figueroa Alcorta, en el año 1909, el señor Castromán comisionó la tramitación del expediente al doctor Piccinini, y después de muchas consultas, sucedió lo que sucede siempre cuando se trata de algo beneficioso para el pueblo, que el sindicato yanqui se aburrió de esperar una solución que nunca llegaba, que el autor del proyecto perdió la paciencia y echó al olvido sus bien cimentadas ilusiones, y que los envidiosos tildaron de iluso al que con tal entusiasmo se preocupaba de los progresos del país.

Ahora ha vuelto a hablarse del primitivo proyecto, y sería de lamentar que otro sindicato yanqui lo realizara, mientras el capital argentino permanece inactivo en las arcas de los grandes Bancos.

Hemos dejado para el final lo que motiva el título de esta nota, o sea lo que se refiere a la existencia de una vertiente, el que conoce el punto por donde podría extraerse el agua del mar?

¿No estarán relacionados ambos asuntos? ¿No será el ingeniero Castromán, también, el que ha descubierto esa vertiente, el que conoce el punto por donde podría extraerse el agua del mar?

Si fuera así, su proyecto sería doblemente beneficioso. Y bien vale la pena de que el gobierno se preocupe de averiguarlo.



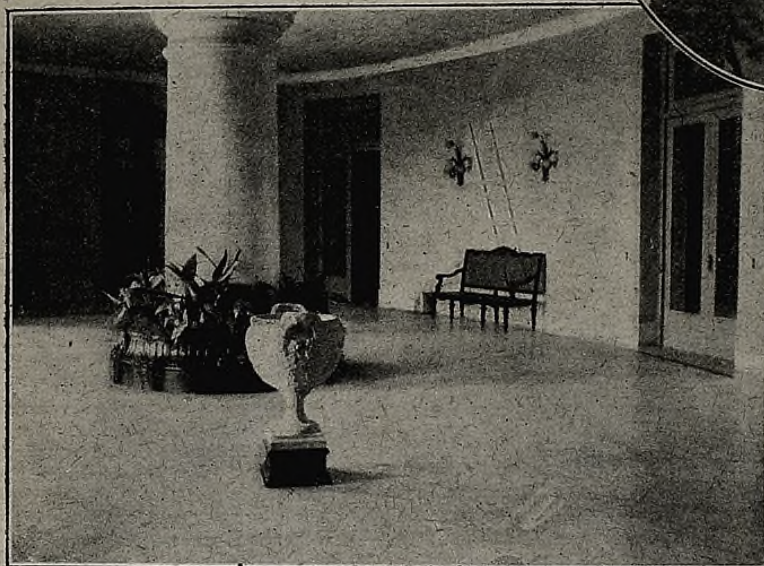
Las primeras tropas francesas que concurrieron a luchar en suelo italiano, llegando a Brecia.

En la administración general del Hipódromo.—Con el capitán Salvadores

La inmensa mayoría de los aficionados que concurren dos o más veces por semana al Hipódromo Argentino ignoran, seguramente, cuánta vida interior entraña su recinto en el espacio de tiempo que separa una reunión de la siguiente. Sabe que, en las vísperas de los días de carreras, hay en las canchas gran movimiento de entraineurs, jockeys, vareadores y cronistas hípicos, con motivo del vareo, el apronte o la corrida preparatoria de los caballos. Ha oído que existe una enfermería con su salita de operaciones, permanentemente atendida por un médico y un practicante de guardia, bajo la dirección del doctor Marcovecchio, donde se prestan los primeros auxilios cuando ocurren accidentes en las pistas o en los alrededores, sean o no las víctimas profesionales del turf. Supone, naturalmente, ese público que habrá también un personal, más o menos numeroso, encargado de la limpieza, porque el Hipódromo, que deja hecho una miseria cuando sale, brilla de nuevo, como una taza de plata, a la siguiente reunión. Lo demás lo ignora, en general.



El administrador general del Hipódromo Argentino, capitán J. C. Salvadores.



Hall de la tribuna de los socios.

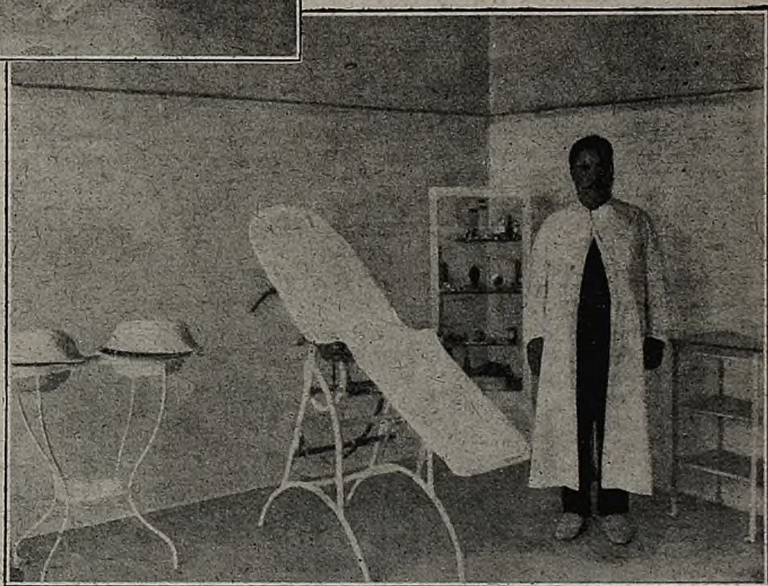
Por eso P B T presenta a sus lectores algunas notas recogidas en la misma administración general del Hipódromo, que pasan desapercibidas para la casi totalidad de los aficionados y que son muy interesantes, porque revelan la maravillosa precisión con que funciona cada uno de sus innumerables resortes y constituyen un alto ejemplo de buena administración.

Ocupa el Hipódromo en las cuatro o cinco horas, que dura cada reunión, 1.080 empleados que marchan, silenciosos y ocultos, como el engranaje de un reloj, con regularidad de cronómetro, con absoluta exactitud. El mecanismo de la liquidación de las apuestas no soporta un error ni admite un retraso; y el engranaje complicado funciona sin que uno solo de los 1.080 empleados altere su regularidad, porque la administración abarca y previene hasta el más pequeño de los detalles, teniendo de antemano cada cosa en su sitio, revisada con prolijidad y en perfecto estado.

Tal es la labor en que B P T sorprende, fuera de los días y horas de carreras, al capitán Salvadores, que corre, que revisa, que llama, que ordena, que está en todo, como un gran administrador general.

Don J. C. Salvadores, llamado con cariño el capitán Salvadores, porque es capitán jubilado del Cuerpo de Bomberos, está al frente del alto cargo desde el año 1910. Había ingresado dos años antes como auxiliar del finado administrador general, señor Fidanza. Bonachón por temperamento, conquistó en seguida el aprecio general de los subordinados. Emprendedor e infatigable, se impuso a la consideración de las autoridades del Jockey Club, que secundaron en todos los casos sus iniciativas progresistas. Así pudo renovar en poco tiempo toda la estética del viejo recinto. Reemplazó con un buen muro de mampostería aquel primitivo alambrado por el que se colaban los pilluelos; formó los jardines, los lagos y los caminos con granza, que hermosean la perspectiva del frente de las tribunas; abrió en la vasta extensión del paddock calles y caminos, con anchos veredones y con árboles coposos, a cuya sombra, en bancos circulares, exagonales u octagonales, ideados por él, se soportan con facilidad los rigores del estío.

Pero el capitán Salvadores, práctico y fecundo en recursos de buen administrador, introdujo, además, en el recinto del Hipódromo mejoras que definen y caracterizan su competencia y que son precisamente las que no están a la vista de los aficionados. Creó una serie de pequeños talleres en los que bajo su dirección, con elementos propios, se efectúan todos los trabajos fabriles que necesitan las variadas funciones del complicado organismo, de modo que, desde hace algunos años, el Jockey Club no gasta para el Hipódromo, fuera del mismo, un solo centavo que no sea en la adquisición de las materias primas, si se exceptúan, a lo sumo, ciertos trabajos de albañilería.



Salita de operaciones de la enfermería del Hipódromo.

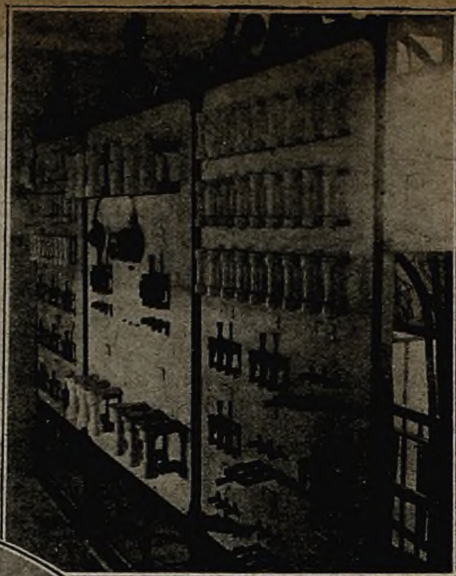
Instaló, con la ayuda del competente capataz, señor Sonino, un taller de electricidad. En él se reparan todas las ins-

talaciones y todos los aparatos del alumbrado y de la fuerza motriz. El tablero que reproduce la fotografía, demuestra por sí solo con cuánta habilidad han sido combinadas las llaves correspondientes a la iluminación y a los motores. No hay peligro de que alguna de las distintas dependencias se quede sin luz.

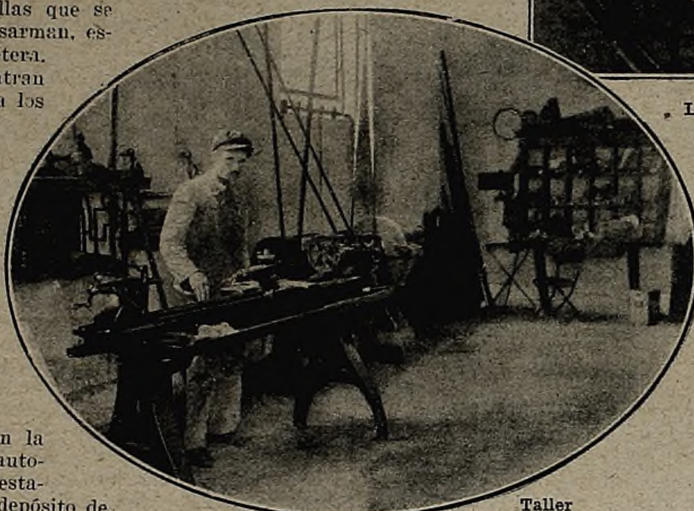
Estableció también, con la cooperación del capataz, señor Babi, un pequeño taller mecánico en el que se efectúan todos los trabajos de la industria metalúrgica que hasta hace poco tiempo se encargaban a los establecimientos del ramo, extraños a la institución, y costaban mucho más. En este taller se fabrican o reparan los numerosos herrajes, como las armazones de los toldos, las grampas de las empalizadas, las tranqueras, las verjas, los resortes de los tableros automáticos, los ascensores, las barandas, las vidrieras, los bancos de los jardines, los aparatos de la electricidad y la maquinaria en general.

—¿Presenta en conjunto una economía apreciable?

—En conjunto y en detalle; en dinero y en tiempo. El simple arreglo de una perforadora, por ejemplo, costaba al Jockey Club treinta y cinco pesos. Desde que funciona el taller mecánico propio, representa un gasto máximo de siete. Se apreciará todo el valor de la diferencia, si se advierte que las perforadoras se descomponen con mucha facilidad. En cuanto al valor de la economía del tiempo, en magnitud salta a la vista. Cada día de reunión deja una multitud de desperfectos: vidrios que se rompen, sillas que se quiebran, bancos que se desarman, escalones que se hunden, etcétera. Cuando los aficionados entran de nuevo en el hipódromo a los dos o tres días, no encuentran un solo desperfecto que no haya sido reparado. Todo esto sería imposible sino hubiera en el mismo recinto todos los recursos indispensables para obrar con rapidez.



Llavero instalado en el propio taller de electricidad.



Taller mecánico.

—¿Y eso? ¿Taller de pintores también?

—Sí, véalo, pase. Con el concurso del hábil pintor, capataz, señor Ferrando, —y, por supuesto, como en todos los casos, con la previa autorización de las autoridades del Jockey Club— establecí este pequeño taller y depósito de pinturas. Aquí se pintan, se barnizan o se lustran las pizarras, los tableros, las tablillas, los números, los letreros, los asientos de las tribunas y de los jardines, el Hipódromo todo, hasta el fino moblaje de la tribuna de los socios. Vea usted esas sillerías al baqué.

—¡Admirable! Poco más, y las fabrican también ustedes mismos.

—Ya lo creo. Todo, absolutamente todo ese lujoso moblaje que usted admira es de propia fabricación, como la carpintería general. Venga, vea el taller. Resuelto a prescindir de los empresarios que especulan sobre la materia prima, sobre la mano de obra, sobre la duración del trabajo y hasta sobre el mismo porcentaje que se fijan por encima del valor real de la obra, compré, de ocasión, toda esa maquinaria que trabaja sin cesar bajo la dirección del capataz, señor Aimé. Ya lo ve: aquí se fabrican hasta las molduras.

—¡¡Magnífico!! De modo que el Hipódromo Argentino es todo un pequeño Estado industrial independiente? ¿Cerrado a la importación? ¿Se basta a sí mismo?

—Se importan sólo las materias primas que no produce el escaso territorio del pequeño Estado como usted lo llama. En jardinería, por ejemplo, tampoco admitimos la introducción. Reproducimos y multiplicamos las plantas existentes y, poco a poco, vamos convirtiendo en jardín nuestro desierto.

—¿Y su exportación?

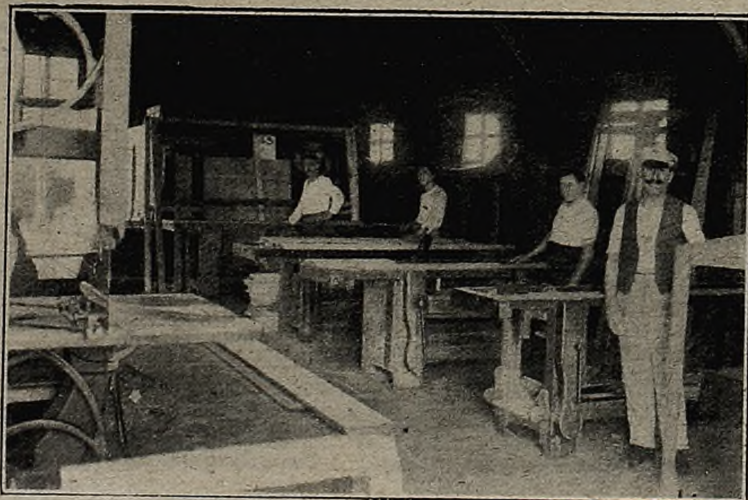
—Tampoco conocemos ese capítulo de gastos. No exportamos ni las basuras. Las cremamos. Instalé un horno y, aprovechando los conocimientos de mi antigua profesión de bombero, le apliqué un sistema, especie de lluvia, que purifica el humo y apaga las chispas, eludiendo los inconvenientes del mal olor y el peligro de incendio.

—Claro que, dadas sus arraigadas aficiones, habrá instalado contra ese peligro un servicio perfecto...

—No faltaba más.—¿Ve esas mangueras? Están en conexión con las aguas corrientes. Producido un incendio, es labor de minutos hacerlas funcionar. Sin embargo, ahí tiene una gran pileta llena de agua y varios baldes. En los lugares, como éste, en que un incendio podría adquirir rápido incremento, además del servicio contra incendios, perfectamente instalado, hago mantener de una manera permanente grandes piletas llenas de agua y varios baldes para ganar, en caso necesario, los instantes que se tarda en hacer funcionar las mangueras.

Al despedirse P B T del capitán Salvadores, entendió prestar un servicio al público de las tribunas populares, solicitando para él que se le anoten en cada una de las pizarras, conjuntamente, el número y el nombre del caballo, la monta que llevará y las cotizaciones, y obtuvimos la promesa de que sería propuesta inmediatamente esa ampliación de servicio a la comisión de carreras e implantarlo a la mayor brevedad.

WAMBA.



Carpintería mecánica.

SAINT-JUST





Era Saint-Just de noble estirpe, pero desde los primeros albores de la Revolución hubo de acoger con delirante entusiasmo las nuevas ideas que cundían por toda Francia y debían triunfar al cabo. Elegido diputado por el departamento del Aisne en la Convención, fué blanco de las impertinentes satirillas de Camilo Desmoulins, que le decía: «llevaba la cabeza como quien lleva el Santísimo Sacramento». Saint-Just llegó a enfadarse de tantas picaduras y escribió a un amigo común: «Arrancadme el corazón y coméoslo; así llegaréis a ser lo que no sois: grandes».

Jacobino ardiente, hizo desapiadada guerra a los girondinos, y como el ministerio Roland se propusiera guillotinar a Marat, Robespierre, Danton y a cuantos les apoyasen, exclamó en un discurso improvisado en el club: «—¿Qué gobierno es ese, que planta el árbol de la libertad sobre el cadalso y pone la guadaña de la muerte entre las manos de la ley?»

Sus frases durante el proceso de Luis XVI eran cortantes como el filo de una espada, y hacía estremecer oir a aquel joven de veinticinco años, dotado de peregrina belleza, expresarse en el lenguaje en que lo hacía: «Reinar es un crimen; no se puede reinar inocentemente».

Digamos ahora en honor a Saint-Just que hizo todo lo que pudo para llegar a una conciliación con los girondinos, y que no fué suya la culpa si éstos se negaron, prefiriendo encender la guerra civil mientras el extranjero rodeaba las fronteras. Enviado en comisión a los ejércitos del Rin y del Norte, supo comunicar a aquellas tropas el entusiasmo que en su pecho ardía. Individuo del Comité de Salud Pública durante el Terror se vió acusado de aspirar a la dictadura, con Robespierre y Couthon, pero no parece que tenga fundamento semejante acusación, antes bien resulta que los verdaderos dictadores en aquel horrible período fueron Barére, Collot-d'Herbois, Billaud-Varenne y Carnot.

El 18 de junio de 1794 (24 pradial) llegaba Saint-Just al campamento francés, ante Charleroi, sitiada desde hacía tiempo, y a su impulso procedióse con una actividad jamás vista hasta entonces. Ocho días después se presentaba un parlamentario, con una carta del gobernador de Charleroi, general Reygnac. Saint-Just se negó a abrirla. «No es papel, sino la plaza lo que os pido, contestó. Tenéis que rendiros a discreción. Cuento con el valor del ejército y con el mío». Y a los pocos instantes, Charleroi, en efecto, se rendía a discreción.

De vuelta a París hubo, juntamente con Robespierre, de protestar contra la continuación del terror, a cuyo efecto tuvo un violento altercado con Lázaro Carnot. No había de tardar mucho en decidirse su suerte. El 9 de termidor (26 julio) triunfaba la monstruosa coalición formada para derribar a los robespierristas, y a las cinco de la mañana siguiente caían bajo la guillotina las cabezas de veintidós víctimas de la reacción, entre ellos Saint-Just, que sólo contaba veintisiete años.

Juan Mayo.



MI AMIGO JULIO

Lo conocí una noche, en un café. A pesar de su físico, débil en extremo, en el que sólo resaltaban su rostro adelgazado por el sufrimiento y sus ojos negros llenos de una melancolía casi trágica, al verlo por vez primera había logrado llamarme la atención. Es que en su porte altanero quizá se reflejaba la idiosincrasia de un espíritu superior, continuamente ocupado en extrañas reflexiones.

Nuestra amistad se hizo íntima inmediatamente.

Desde las primeras palabras que cruzamos aquella noche, nació entre nosotros una simpatía de viejos camaradas. Por lo que a mí toca, gustóme especialmente el muchacho por su afición a los libros y por la calidad de sus ideas, que eran modernas por excelencia y estaban robustecidas por la enseñanza de la realidad.

En un encuentro subsiguiente que tuvimos, lo invité para que un día fuera a visitarme a mi cuarto de solitario. El no dejó de hacerlo, y así pasamos la primera tarde discurriendo sobre temas diversos que nos interesaban.

A partir de entonces, nos vimos diariamente para charlar a gusto. En una de esas ocasiones, Julio me contó sus tristezas, y supe algo de su vida. No tenía familia. Sus padres habían muerto cuando apenas entraba en la adolescencia. Recogido por una tía adinerada, ésta se había encargado de darle educación. Más tarde él, por dignidad, habíase separado de su buena tía y había realizado trabajos penosos para ganarse el sustento. A la sazón, vivía del sueldo que le producía un empleo ministerial. En ese estado, hubiera sido casi feliz si una afección crónica del hígado, que era su eterna pesadilla, no lo devorara, amargándole los más sencillos placeres.

Sin embargo, mi pobre amigo trataba de animarse. A menudo, a sus instancias, siempre que nuestras respectivas ocupaciones nos lo permitían, después de agotar los temas usuales de conversación, salíamos por esas calles a caminar sin rumbo. A veces también tomábamos el tranvía e íbamos hasta algún pueblo de los que rodean la capital, donde, internándonos en las quintas que allí abundan, respirábamos oxígeno a plenos pulmones, encantados de la libertad bajo los cielos azules.

Durante estas correrías es como, poco a poco, conocí a fondo el alma de mi amigo.

*

Julio era un artista. No hacía profesión de ninguna de las artes, mas era un artista. Su temperamento tenía el privilegio de sentir de una manera intensa todas las bellezas de la naturaleza y de la vida. Esto podía yo notarlo a cada paso, por su conversación plástica y brillante, por poco que ahondáramos en un tópico cualquiera, pero cuando logró admirarme de verdad sobre ese punto, fué en una circunstancia especial. Una noche que, entre una diversión y otra, nos sorprendió la madrugada en un bar, quiso que fuéramos a Palermo a ver salir el sol. Como yo sabía que sus antojos eran irrevocables, si bien me sentía muy fatigado, no traté de disuadirlo. Tomamos, pues, un auto, y sin más nos dirigimos a la Avenida de las Palmeras.

Cuando llegamos había amanecido por completo, y Julio bajó del vehículo de un brinco. Después de dar algunos pasos entre los árboles, se detuvo de pronto y, apoyándose en un tronco, tendió en seguida con ansia la vista hacia el horizonte, el cual, despejado de nubes en aquel sitio, mostrábase ligeramente sonrosado y tan diáfano, que era una bendición. Mirándolo, también mis ojos sintieron como un reposo divino, y una extraña frescura penetró en mi ser.

Julio había quedado atónito ante esa exquisita belleza. Mudo, inmóvil e intensamente pálido de emoción, había olvidado todo lo que le rodeaba, como si en ese instante el mundo no existiera para él. Estaba tan sumido en el éxtasis, que por nada quería moverse. Si por él hubiera sido, se habría quedado allí quién sabe cuánto tiempo. Pasaba una hora, cuando ya era preciso que nos marcháramos (no exagero), tuve que hacerlo subir al auto por la fuerza.

*

Un atardecer, desviándonos de los itinerarios acostumbrados, fuimos, también por indicación suya, a los bajos fondos de la ciudad. Me llevó al paseo Colón, a un conventillo, antro de sombría miseria que no olvidaré nunca.

Por rara casualidad, Julio iba alegre hasta el punto de hacer algunos chistes.

El conocía ya perfectamente esos sitios, por haberlos visitado más de una vez, según me dijo, e introdújome con mucha familiaridad en la pocilga, diciéndome que observara a nuestro alrededor, pues era muy interesante estudiar la vida de los parias del trabajo.

Entramos por una estrecha puerta que se encontraba entre dos negocios de compraventa de trastos usados, y seguimos un corredor obscuro. A poco, llegamos a un patio húmedo y maloliente, con piso desigual de ladrillos desgastados. Aquello por la particularidad de sus detalles, me hizo pensar en un círculo del infierno dantesco, donde las víctimas estuvieran condenadas a la indigencia y a la suciedad. Sentados en el suelo y en pequeñas y desvencijadas sillas de paja, había hombres, mujeres y niños, todos con cara de sufrimiento tan pronunciado que daban pena. Las puertas de las habitaciones, por lo demás, como para dar al lugar un aspecto aun más desagradable, estaban numeradas como las de las celdas de una prisión.

Haciéndome señas de que lo aguardara, Julio se metió de rondón en una de ellas. Yo, detenido en el centro del patio, me puse, en tanto, a observar por la puerta entreabierta. Lo que vi fué conmovedor.

En un ángulo del cuarto, sobre un catre, se hallaba acostado un viejo paisano, quien al ver a Julio se incorporó lentamente sobre sus harapos.

Mi amigo, usando de la perfecta amabilidad que era su rasgo distintivo, lo saludó con estas palabras:

— Buenas tardes, don Goyo.

— Buenas tardes, niño — respondió el viejo, con un pronunciado acento cordobés y con una confianza que daba a entender que se conocían bastante.

Julio sacó entonces del bolsillo algunas monedas y, sonriendo, las puso en la terrosa mano del paciente. El paisano, lleno de sincera gratitud, iba a deshacerse en gestos y frases de cumplido; pero su bienhechor lo detuvo con un ademán, y en seguida se dirigió a la puerta.

Cuando estuvimos en la calle, en el ánimo de Julio no existía ya el menor rastro de su reciente alegría; por el contrario, estaba tan contagiado de tristeza, que por largo rato no me atreví a dirigirle una palabra.

De esa manera, ese día, descubrí que mi amigo tenía en su corazón todo un tesoro de ternura para los humildes.

*

Otra vez hice otro descubrimiento: Julio estaba enamorado. Ibamos tranquilamente por una calle de un barrio apartado, cuando de improviso mi amigo se detuvo a llamar a una puerta de pobre aspecto. Discretamente yo me aparté y esperé en silencio, aunque no sabía de qué se trataba. Al poco rato, salió de la casa una muchacha del pueblo, fresca, bonita y ataviada con sencilla elegancia. Julio trabó con ella un animado diálogo, y noté que su rostro se encendía con la luz de la perfecta felicidad. Al cabo de algunos minutos, cuando fué a reunirse de nuevo conmigo, viendo que yo sonreía significativamente, díjome:

— Es Jacinta, mi novia.

Yo, como es natural, lo felicité. El, con la acostumbrada transición brusca de sus sentimientos, añadió luego en tono melancólico:

— ¡Pobrecita! ¡Hace tanto tiempo que no le hago un regalo! Mañana tengo que ir a buscar flores para ella.

*

Al otro día fuimos a buscar las flores. Aprovechando la oportunidad para hacer al mismo tiempo una excursión, nos alejamos por el lado de San Martín, y resultó aquello un paseo delicioso.

Ebrios de aire puro, triscamos por las quintas como dos adolescentes. Y cuando volvíamos a casa, a la hora de almorzar, Julio estrechaba en sus manos temblorosas de enfermo un precioso ramo, cuyo perfume durante todo el trayecto nos fué infundiendo juventud en la sangre.



*

¡Infeliz muchacho! Su enfermedad seguía avanzando siempre. Y lo más triste era que él sabía que estaba irremisiblemente condenado. Una vez, pasados algunos meses del paseo a San Martín, sentados en mi habitación, mientras bebíamos una taza de te, me confió ideas más negras que de sólito. La vida era bella, por demás bella, él lo comprendía; pero cuando se ofrecía amplia y fecunda. En su caso era deprimida y estéril.

— Seguir viviendo en estas condiciones — me declaró — es una cobardía. Soy joven y tengo a Jacinta que me ama de verdad; empero, ¿de qué sirve todo esto? Mis miembros est;n débiles, son inútiles.

Luego, no obstante, sus labios dibujaron una sonrisa y pareció alegre.

Al separarnos, con la mayor sencillez me dijo:

— Hasta mañana.

Pero ¡ay!, aquélla fué nuestra última entrevista.

*

Esa misma noche se suicidó. Al día siguiente, mientras me estaba vistiendo para salir, me entregaron una carta suya, en la que decía: «Hermano, que seas dichoso. Yo, por mi parte, hago lo único razonable en mi situación: me quito la vida.» Nada más. Al principio, yo tuve una impresión de dolorosa sorpresa, pues nunca hubiese supuesto que su desesperación de la víspera llegara hasta el extremo de hacerlo llevar a cabo un acto semejante. Luego, sin embargo, en medio de la pena que experimentaba por la pérdida definitiva de aquel amigo todo generosidad e hidalguía, lancé un suspiro y sentí una especie de inefable consuelo, al pensar que con ese supremo gesto al fin se veía libre de un vivir angustioso.

Cuando instantes después fuí a ver su cadáver, lo encontré en el fondo de la casa, sobre un banco rústico cubierto de enredaderas con la cabeza echada atrás y la sien rota.

En sus ojos, que habían quedado abiertos, flotaba como la sombra de un sueño...

Antonio **BURICH.**

Dib. de Soldati.



EL MESÓN TRÁGICO



ESCENAS DE LA VIDA RUSA

En la carretera de B..., a igual distancia de las dos ciudades del distrito por ella atravesadas, se encontraba, no hace aún mucho tiempo, un vasto mesón muy conocido de todos los carreteros aldeanos de *aboze*, viajantes, buhoneros y, en general, de los diversos y numerosos viajeros que en cada época del año recorren el país. Pocas personas pasaban ante aquel mesón sin detenerse; no había más que alguna pesada carroza de señor tirada por seis yeguas criadas en casa, que continuase majestuosamente su camino, lo que no impedía al cochero ni al lacayo colgado en la trasera, lanzar una mirada de atención y de pesar a aquel portal tan conocido; o algún pobre diablo en una mala *telega* con tres kopecks en su bolsa de cuero, llegado a la altura del rico mesón se ponía a fustigar su matalón para ir a buscar más lejos su yácija cerca de algún campesino tan pobre como él, y en cuya casa no se podría encontrar más que heno y pan, pero que, en cambio, no costaría un kopeck de más.

Además de su ventajosa posición, el mesón de que nos estamos ocupando tenía otros atractivos para retener a los viajeros: excelente agua en dos pozos profundos, con amplias poleas, de las cuales pendían dos cubos atados por cadenas de hierro; un vasto patio de galerías cubiertas, sostenidas por gruesos pilares; una buena *isbá* bien templada por un inmenso hogaril ruso con sus prolongaciones, que servían de lecho; en fin, dos cuartos bastante cuidados, empapelados de color rojizo, con un gran canapé de madera y dos tiestos de geranios en las ventanas que no se abrían jamás, ennegrecidos por viejas capas de polvo. Y después el molino y la forja no estaban lejos del mesón; el *kalak* no distaba más de media versta; el mesonero vendía tabaco, que, bien mezclado con ceniza, picoteaba agradablemente la nariz de los aficionados. Gracias a todas estas ventajas, el mesón estaba muy aparroquianado; pero, según el decir de los vecinos, su fama se debía a que el mesonero triunfaba en todas sus empresas, aunque no mereciese semejante éxito. Como se dice entre nosotros, «quien es afortunado tiene razón».

Pertenecía a la clase de los *metchantné* y se llamaba Naum Ivanoff; de mediana estatura, ancho de espaldas, gruesa y redonda la cabeza, de largos cabellos ondulantes y ya grisáceos, aunque no pasaba de los cuarenta años; su cara redonda y fresca, su frente baja y blanca, sus ojillos de un azul claro, miraban de extraño modo a un tiempo desde abajo y con impudencia. Tenía siempre la cabeza inclinada y el cuello muy corto; andaba de prisa, sin dejar jamás que se balanceasen sus manos, que llevaba cerradas. Cuando sonreía, y sonreía a menudo, pero sin reir y como a hurtadillas, sus labios rojos se entreabrían desagradablemente, mostrando una hilera de dientes muy blancos y muy apretados. Hablaba con voz breve y tono huraño. Se cortaba la barba, pero no se vestía a la alemana. Su indumentaria consistía en un largo caftán raído, un ancho pantalón y zapatones, en los que metía sus pies desnudos. Se ausentaba frecuentemente por causa de sus negocios, que los había de todas suertes: chalaneaba con toda clase de bestias, arrendaba terrenos, compraba a ojo los frutos de huertos enteros. Pero jamás sus ausencias se prolongaron. Como el esparvero, al que se parecía por su mirada, volvía prontamente al nido. Sabía tenerlo bien ordenado; todo pasaba por sus manos. Los viajeros no conversaban gustosos con él, y tampoco él gustaba perder el tiempo en palabras inútiles. «Yo necesito vuestro dinero — decíales — y vosotros de mis provisiones. No tenemos ningún niño que bautizar juntos. Un viajero ha comido; su caballo también; pues que parta, y si está fatigado que duerma.»

Tenía criados grandullones y fuertes, pero silenciosos y obedientes, que le temían mucho. Aunque nunca tomaba una gota de bebida alcohólica, les daba los días de grandes *solemnidades a cada uno un grivenik* para beber. Los demás días sus criados no osaban beber, imitándole a él. Las gentes de esta especie hacen pronto fortuna; pero no era camino derecho por el que Naum había llegado a la posición brillante en que se le veía. Se le suponía un haber de cuarenta a cincuenta mil rublos en asignados.

II

Una veintena de años atrás existía ya un mesón en el mismo sitio de la carretera. No tenía, es verdad, ni los tejados pintados de rojo ni el pequeño frontón triangular a la griega, sostenido por delgados pilares redondos, que daban al mesón de Naum falso aspecto de habitación señorial; sin embargo, las habitaciones tenían una temperatura agradablbe, las cuadras estaban bien abrigadas y los vijeros las frecuentaban gustosos. El propietario de este antiguo mesón era un tal Akim Semenoff, siervo de una dama de la vecindad, la señora Kuntze, viuda de un ingeniero, alemán naturalizado. Este Akim era un campesino inteligente y activo que, habiendo partido en su juventud para hacer el carretero con dos malos caballejos, había vuelto al año justo y cabal con un tiro de tres bestias pasaderas, y que desde entonces se había pasado la mayor parte de su vida por las mejores carreteras; que había visitado Khasan y Odessa, Orenburgo y Varsovia, y hasta, pasando la frontera, Lipetsk, en la feria principal, de donde se habían traído dos enormes *telegas*, arrastradas cada una por tres potentes caballotes. Pagaba con exactitud el obrok a su señora y había reunido algún dinero.

¿Le pesaba su vida errante? ¿Quería crearse una nueva familia, puesto que su mujer había muerto durante uno de sus viajes? No lo sabemos. Pero lo cierto es que dejó su oficio y decidió construir un mesón. Con autorización de su señora adquirió una media *deciatina* de tierra a la orilla de la carretera real y se estableció. Su negocio marchó bien; la grande experiencia de Akim le indicaba lo que debía hacer para atraer a los viajeros, y muy pronto su mesón fué conocido en cien verstas a la redonda. Es verdad que Akim lo había montado todo a la antigua usanza. Las habitaciones no estaban bien puestas que digamos; se daba a los caballos la avena húmeda. Pero, en cambio, tampoco se negaba a rebajar un poco los precios, lo que Naum no hacía jamás; fiaba muy gustoso y a veces le gustaba volver a sus antiguos chalaneos. ¡Y después contaba tan bien las cosas! Sobre todo cuando, sentado ante un *samovar*, hablaba de Piter, de las estepas rusas, o hasta de los países extranjeros; también le gustaba beber, pero en compañía de un hombre galante, y nunca hasta perder el juicio. Los tratantes, sobre todo, tenían para él mucha benevolencia, y en general todas las gentes chapadas a la antigua, aquellas que no se ponen en camino nunca sin el riñón bien cubierto, que no entran jamás en una habitación sin hacer la señal de la cruz, y no dirigen jamás la palabra a nadie sin hacerle una cumplida salutación. El exterior de Akim predisponía en su favor. Era de gran estatura, un poco flaco, pero muy suelto, aunque de edad avanzada. Tenía la cara larga, regular, agradable; la frente ancha y descubierta; la nariz recta y fina, como las caras de las santas imágenes, y labios pequeños; la mirada de sus ojos castaños, a flor de cabeza, era siempre afable, y los pocos cabellos que le quedaban caían en bucles sobre su cuello. Había cantado muy bien en su juventud; pero tantos y tan largos viajes en los fríos inviernos habían debilitado su pecho. Todos sus movimientos eran lentos y tranquilos, sin carecer de una cierta seguridad y de una urbanidad, como hombre que ha visto muchas cosas y conocido muchas gentes.

Sí, tenía todo lo preciso para ser feliz Akim; o, mejor dicho, Akim Ivanitch, como se le llamaba respetuosamente, aun en la casa señorial, donde él se presentaba todos los domingos después de la misa; sí, si no hubiese tenido una debilidad de esas que han perdido a tantas gentes en la tierra, y que acabó por perderle a él: la debilidad por el bello sexo. Su corazón no podía resistir una mirada de mujer; se fundía a su calor, como la primera nieve al más leve

rayo de sol. Akim había sufrido ya muchas veces por su excesiva sensibilidad.

Sin embargo, había estado tan atrasado el primer año de su establecimiento en la carretera, que no había podido pensar en el amor, y si algún tierno pensamiento se le subía a la cabeza, lo expulsaba en seguida con la lectura de los libros sagrados (Akim había aprendido a leer en su primer viaje), por el canto a media voz de los salmos o por alguna piadosa ocupación. Desde luego, había cumplido ya sus cuarenta y seis años, época de la vida en que es demasiado tarde para pensar en el matrimonio. Akim mismo creía que esta loca idea, como él decía, le había dejado para siempre; pero parece que no se puede ir contra el destino.

La señora de Akim, Lizaveta Prokhorovna Kuntze, era, como su difunto marido, originaria de la ciudad de Mittau, en Curlandia, donde existía aún su familia, muy numerosa y muy pobre. Por lo demás, ella se ocupaba muy poco, sobre todo desde que uno de sus hermanos, oficial del ejército, habiendo ido a hacerle una visita, se le había emancipado al segundo día hasta el punto de decirle *Du lumpenmani zelle*, cuando la víspera aun la llamaba, en muy mal ruso: «muy honorable hermana y bienhechora». Pese a la sangre extranjera que corría por sus venas, Lizaveta Prokhorovna no cedía su puesto a una dama rusa de rancio abolengo. Habitaba casi constantemente su bonita propiedad bien adquirida; mejor dicho, un poco demasiado de prisa adquirida por los cuidados de su señor marido. Se la administraba ella misma y de modo pasadero. Sus campesinos no sufrían demasiado, pero no les quedaba más que lo preciso. Sabía ella sacar partido de todo; y en esto, como en su arte de no dispendiar un polonchka por un kopeck, traicionaba su origen alemán. Por lo demás, se conducía perfectamente a la rusa. Tenía a su servicio una multitud de gentes muy mal vestidas, sobre todo muchas muchachas que no se comían el pan sin ganárselo. Desde por la mañana su pobre espinazo no levantaba cabeza, plegada al trabajo. Le gustaba salir en una gran carroza con lacayos con librea; era aficionada al espionaje, a los informes, y sabía hacerlos ella misma; se divertía en escoger de entre sus gentes un hombre, colmarlo de favores y de pronto dejarlo caer en la desgracia. En una palabra, Lizaveta Prokhorovna se conducía como cumple a una gran dama. Sentía afección por Akim, que le pagaba un obrok más que triplicado; le dirigía graciosamente la palabra, y a veces, bromeando, le invitaba a hacerle visitas. Precisamente en la casa de su señora le aguardaba la desgracia a Akim.

Entre las sirvientas que tenía Lizaveta Prokhorovna hallábase una muchacha de diez y ocho a veinte años, huérfana, que se llamaba Dounacha. Era bastante bonita, bastante bien torneada; su semblante, aunque irregular, placía por una expresión medio acariciadora y medio burlona, y aunque no tuviese padre ni madre, mostraba cierta vanidad en su indumentaria, porque había salido de una raza de domésticos de primera clase. Su padre había sido más de treinta años intendente, y su abuelo ayuda de cámara del propio príncipe, gran señor y sargento de la guardia bajo la emperatriz Catalina. Dounacha se vestía tan atildadamente como le era posible, y cuidaba, sobre todo, sus manos, que eran muy bellas. Mostraba el más profundo desdén por todos sus adoradores, limitándose a responderles: «Sí, sin duda, le escucharé a usted... otra vez.» Había estudiado tres años en Moscú en casa de una modista francesa, de donde se había traído esos ligeros modales de altivez que tienen todas las sirvientas rusas en cuanto han aprendido en una capital. No cosía mal; pero a pesar de esto, no gozaba de la benevolencia de su señora, gracias al ama de gobierno Kirilovna, mujer astuta que había logrado mucho ascendiente sobre la señora Kuntze y que tenía el secreto de alejar a todas sus rivales.

Precisamente de esta Dounacha se sintió enamorado Akim. La había encontrado muchas veces en la casa señorial; después había pasado toda una velada con ella en casa del intendente, que le había convidado a un te con otros principales servidores. Akim no pertenecía a su clase, y llevaba barba de mujick; pero era un hombre civilizado que sabía leer y tenía dinero. Además no vestía como campesino; llevaba un largo caftán de paño negro, botas altas y pañuelo alrededor del cuello.

En aquella velada del intendente, Dounacha acabó de subyugar el corazón de Akim, aunque no se dignó responder a ninguna de sus frases respetuosas, y aunque se contentó con lanzarle de vez en cuando una mirada al soslayo, como si se preguntase: «¿Por qué está aquí este aldeano?» Sus desdenes no hicieron sino inflamar más aún a Akim, que al volver a su casa se puso a reflexionar profundamente y acabó por decirse con resolución: «Yo seré su marido.»

¿Cómo describir la cólera y la indignación de Dounacha cuando, cinco días más tarde, Kirilovna (Akim había sabido conseguir su mediación), habiéndola llamado con mimo a su cuarto, la informó de que aquel Akim, aquel aldeano barbudo que la había hecho enrojecer de verlo sentado tan cerca de ella, la pedía en matrimonio?

Dounacha se puso pálida, en seguida se echó a reir como una loca, y después se puso a llorar a moco tendido. Pero Kirilovna condujo tan diestramente su ataque, le hizo sentir tan bien su posición en la casa y le intimó tan claramente el deseo de su propia señora, que Dounacha salió de la alcoba muy pensativa, y al encontrar a Akim, no le volvió la cara y le miró fijamente a los ojos. Kirilovna no había olvidado tampoco deslizar alguna palabra acerca de la riqueza y de la complacencia de Akim. En efecto, los numerosos regalos que de éste recibió acabaron de disipar sus últimas vacilaciones. En fin, Lizaveta Prokhorovna, a quien, en la alegría de su corazón, había Akim presentado una centena de melocotones en un plato de plata, se dignó consentir en el matrimonio con Dounacha. Y el matrimonio se hizo. Akim no retrocedió ante ningún gasto, hizo las cosas en grande, y su prometida, que la víspera todavía, durante la noche de *despedida de soltera*, parecía más muerta que viva y que había llorado toda la madrugada, mientras Kirilovno la vestía de novia, se consoló en seguida. Su señora la había prestado para ir a la iglesia su propio chal, el mismo día le regaló otro parecido, y quizá más rico aún.

III

Se casó, pues, Akim, y llevó a su nueva esposa a su casa. Muy pronto comprendió que Dounacha no era una buena ama de casa, una buena ayuda para su marido. No se ocupaba de nada, estaba triste, se aburría, a menos que algún pasajero no la requebrase mientras ella le llevaba el *samovar*. Se encontraba más a gusto en la casa señorial, adonde iba con tanta frecuencia como le era posible. Sus antiguas camaradas admiraban sus vestidos; Kirilovna le hacía tomar el te; pero también allí tenía ella que pasar ratos amargos. Como mujer de mesonero, no podía llevar un gorro; tenía que ponerse un pañuelo a la cabeza «como una comerciante», le decía la astuta Kirilovna, «como una aldeana», se decía a sí misma.

Más de una vez volvieron a la memoria de Akim las palabras de uno de sus tíos, viejo aldeano pobre y sin familia: «¡Ah! Hermano Akimuchka — le había dicho al encontrarle en la calle unos días antes de su boda, — ¿vas a tomar mujer?

— Sí, ¿y qué?

— ¡Ah! Akim, Akim; tú no eres nuestro igual, igual a nosotros, aldeanos. Está dicho. Pero ella tampoco es tu igual.

— ¿En qué, pues, no es ella mi igual?

— Aunque no fuese más que eso. — Le indicó la barba que Akim se había recortado con unas tijeras para agradar a su prometida, pero sin osar afeitársela enteramente.

Akim frunció el entrecejo, inclinó la frente, y el viejo, recogiendo ante sí los paños de su viejo *tulup*, desgarrado por todas partes, se fué moviendo la cabeza.

Sí, más de una vez Akim recordó aquellas palabras; pero el amor por su hermosa mujer no disminuyó. Estaba orgulloso de ella, sobre todo cuando la comparaba, no ya con las simples aldeanas, ni aun con su primera mujer, con la que se le había hecho casar cuando apenas contaba diez y seis años, sino aun con las demás sirvientas del castillo. «Tenemos un hermoso pájaro en la jaula», se decía mirándola. Además, ella se comportaba tan bien, que no daba ocasión ni a levantarle un falso testimonio.

Así pasaron algunos años. Dounacha acabó por habituarse a su nueva vida. El era más rico cada día; todo le salía bien; sólo una cosa le había rehusado Dios: no tenía hijos. Dounacha acababa de cumplir veinticinco años. Ya no se la llamaba más que Advotia o Arefievna; ya en el cuarto principal del mesón, al lado del retrato de Akim, se había colgado el suyo, pintado al óleo por un artista tosco, hijo del subdiácono de la parroquia. La había pintado el artista vestida de blanco, con un chal amarillo y seis hilos de gruesas perlas alrededor del cuello, grandes pendientes en las orejas y sortijas en todos los dedos.

(Continuará).

Football — El Club Def nsores de Belgrano



Team del Club Defensores de Belgrano.

El club *Defensores de Belgrano* fué fundado el 25 de mayo de 1906, estando compuesta su primera comisión directiva en la siguiente forma: presidente, Juan Pasquale; secretario, Luis Fourcade; tesorero, Ramón Puente; vocales, José Giolidori, Pedro Luna y L. Rato.

El año 1907 actuó en la liga Sud América, siendo derrotado en la final, por el club del mismo nombre, por 3 goals a 1.

El año 1917, actuó en la liga Buenos Aires, clasificándose campeón después de derrotar en el partido final, jugado en la cancha del club Gimnasia y Esgrima, al mismo club Sud América por 3 goals a 0, obteniendo como premio una copa.

El año 1908 actuó en la liga Sportiva Nacional, clasificándose igualmente campeón después de derrotar en el partido final, jugado en la antigua cancha del Porteño, al club Shetland B por 2 goals a 1, ganando una copa y dos medallas.

Un *team* de menores, en la Liga General, se clasificó campeón, obteniendo como premio un tintero artístico.

El año 1912 ingresó con dos *teams* en la Liga Anglo Argentina, pero como en ese tiempo se formara la Federación Argentina de Football, retiró el primero de ellos que entró a formar parte de aquélla en segunda división. El otro *team* ganó una copa, después de una campaña brillante en que de 20 partidos jugados los ganó todos.



Niño Oscar Horacio Roberti (mascota del club).

El *team* que ingresó en la Federación ocupó el segundo lugar, a un punto de Vélez Sársfield que ascendió a intermedia, y fué también ascendido.

En el año 1913 actuó en intermedia clasificándose segundo, a un punto de Floresta que ascendió a primera división.

El año 1914, después de una hermosa campaña en que de 19 partidos jugados ganó 18 y empató 1, con All Boys, se clasificó para jugar la final por el ascenso a primera división con Burzaco, al que derrotó en la cancha del Gimnasia y Esgrima por 4 goals a 1. El *team* era el siguiente: José Rodríguez, Andrés Sacco, Juan Molinari, Antonio R. Cortella, Angel Pasquale, Edmundo Puricelli, Dante Luna, Juan Rossell, Juan Grupalli, José Pasquale y Luis Fourcade (capitán).

En la temporada de verano, este mismo *team*, ganó la copa *La Vanguardia*, campeonato realizado por dicho diario.

Producida la fusión de la Federación y Asociación pasó a actuar en la primera división de esta última durante el año 1915, descendiendo a intermedia después de una campaña accidentada en que tuvo que luchar con toda clase de dificultades, tanto por falta de sus jugadores — 5 de los cuales se encontraban prestando servicio militar y otros enfermos, a tal punto que en la mayoría de los partidos sólo actuó con 3, 4 ó 5 titulares. — como por la guerra que le declararon las autoridades de la Asociación con el fin de facilitar su descenso. Es honroso hacer notar que a pesar de haber descendido, no ha desertado de las filas ni un solo jugador de primera división.

En la temporada de 1916 vuelve a actuar en intermedia y se clasifica segundo en la sección A, a dos puntos de Sportivo Barracas, que ascendió a primera, sin haber perdido un solo partido.

En la temporada fenecida se clasificó campeón de la sección A de intermedia, correspondiéndole jugar la final con Vélez Sársfield, ganador de la sección B, al que derrotó por 3 goals a 2 en la cancha del Gimnasia y Esgrima, pasando a ocupar nuevamente un puesto en primera división.

El *team* ha sido el siguiente: Italo A. Giacomelli, Andrés Sacco, Juan Molinari, Antonio R. Cortella, Angel Pasquale, Edmundo Puricelli (cap.), Dante Luna, Augusto Luna, Alfredo Bustos, Gerardo Caldas y Ernesto Davide.

La comisión directiva está presidida por el joven sportsman señor Hugo Roberti.

Por la competencia ha sido derrotado en la tercera rueda por Independiente por 1 a 0.

El ascenso a primera división de este club tiene una importancia excepcional por tratarse de un caso único en el football, pues ya hemos visto a la mayoría de clubs que descienden haberse disuelto; no así Defensores, que luchando sin desfallecimiento y con sus mismos jugadores, nuevamente se halla en el círculo privilegiado. En la campaña que fenece ha jugado 20 partidos, ganados 13, empatados 4, perdidos 3; puntos a favor 30, en contra 10; goals a favor 43, en contra 13. Cuenta actualmente con 55 jugadores y 200 socios.

Próximamente se comenzarán importantes arreglos en el *field* que posee en Núñez, a fin de dar comodidad al público, así como para su embellecimiento.

Posee en el Banco de la Nación $ 1.200 y en caja $ 375; y en instalaciones y secretaría $ 5.000.

Un párrafo especial merecen los jugadores del primer *team* por su amor hacia el club. Nueve de ellos se han formado en él desde la cuarta división y cuentan con una antigüedad hasta de 10 años. Son ellos Edmundo Puricelli, Angel Pasquale, Andrés Sacco, Antonio R. Cortella, Juan Molinari, Augusto Luna, Dante Luna, Gerardo Caldas y Alfredo Bustos. De los dos restantes, I. A. Giacomelli hacía siete años que no jugaba y sólo a ruego de amigos se impuso el deber de defender la valla de Defensores y por cierto en forma tan encomiable que por su notable atajada del penal en el *match* final, aseguró el triunfo de Defensores.

También merece citarse a los componentes de todos los *teams* de este club, que durante la temporada de 1916 y 1917 no han sido suspendidos ni siquiera amonestados durante una sola vez.

El capitán del primer *team* Edmundo Puricelli, es a la vez miembro de la C.D. y todo un sportsman. En su larga vida deportiva jamás ha sufrido la más leve amonestación, distinguiéndose por su corrección y caballerosidad.

La comisión honoraria la preside el distinguido médico belgranense, doctor José P. Tamborini, con el beneplácito de todos los asociados del club.



Trofeos ganados hasta la fecha.

PABLO YLLERA.



LA PÁGINA DEL COMERCIANTE

COMERCIO — INDUSTRIAS — INVENTOS — PUBLICIDAD — ORGANIZACIÓN DE OFICINAS MODERNAS

EXPOSICIONES NACIONALES

En la semana última efectuaron su clausura la Exposición de Maderas y Muebles y la de Productos de Lechería.

En el primero de dichos actos hizo uso de la palabra, en nombre del ministro del ramo, el señor Eduardo Holmberg, jefe de la división de bosques y yerbales, haciendo notar, entre otras cosas, que para el mayor progreso de la industria de maderas es preciso que éstas sean cortadas en su debida época.

La clausura de la exposición de quesos se efectuó con asistencia del ministro de Agricultura, altos empleados de dicha repartición, la comisión organizadora del certamen, numerosos expositores y distinguidas familias.

El doctor Pueyrredón improvisó un breve discurso, poniendo de relieve la importancia del certamen, que evidenciaba los progresos adquiridos por la industria lechera en nuestro país.

El jurado, presidido por el doctor Enrique Fynn, procedió luego a la distribución de premios a los expositores.

Además de los premios instituídos por la Sociedad Rural Argentina, Asociación Nacional de Lechería, Facultad de Agronomía y Ministerio de Agricultura, resolvió el jurado instituir el premio Colaboración, consistente en medallas de oro, adjudicándolas a la comisión organizadora de la exposición, intendente municipal, presidente del Jockey Club, Facultad de Agronomía y Veterinaria, Sociedad Rural Argentina y Asociación Nacional de Lechería.

En el local donde estuvo la Exposición de Productos de Lechería, se inaugurará el 25 una Exposición de Frutas Nacionales, auspiciada, como la anterior, por el Ministerio de Agricultura.

POR QUÉ LOS HOMBRES FRACASAN EN LOS NEGOCIOS.

Los negocios están llenos de contradicciones. Por todas las circunstancias aplicables, a veces un negocio debería haber ido a la ruina, y sin embargo lo vemos sostenerse y prosperar hasta el más alto grado. Hay otros negocios que, por las mismas leyes, deberían prosperar, y sin embargo marchan a la bancarrota, a pesar de que debería ser lo contrario. Cuando analizamos las razones, tratamos de escudriñar las misteriosa cuestión de la eficiencia personal. En cada caso hay en el comerciante un conjunto de cualidades personales que domina las necesidades del negocio o fortalece los puntos débiles que en el mismo existan. Por otra parte, a pesar de que parezca lo contrario, pueden faltarle esas cualidades personales, y como consecuencia los puntos débiles del negocio se acentúan.

Mucho se ha escrito, mayormente en forma teórica, sobre las causas de que los hombres obtengan éxito; pero muy poco sobre las causas de que fracasen. Pregunte usted al comerciante próspero cuál es el secreto de su éxito, y le dará unas cuantas reglas abstractas; pero rara vez algo práctico o definido. Pregunte al hombre fracasado, y él, echando una ojeada sobre el áspero camino que le condujo a la ruina, puede generalmente señalar los precipicios que hay que evitar y los errores que él ha cometido. Cuando un hombre está prosperando, rara vez se preocupa por conocer las causas. Parece ser algo semejante a un automóvil, con todo su mecanismo en excelente estado de funcionamiento; si anda bien, el ocupante no se molestará en saber por qué; es solamente al negarse a andar cuando viene la necesidad de conocer qué es lo que está descompuesto. Es, pues, tan importante, si no más, saber las razones que existan para el fracaso, como las que originan el éxito. El ingeniero prueba un puente de ferrocarril, no tanto para averiguar su fuerza como para saber si existe algún punto débil. El acreedor tiene más interés en descubrir el punto débil de un estado financiero que su fuerza.

(Continuará).

EL VENDEDOR ANTE EL COMPRADOR.

Ha dicho alguien que el vendedor debe procurar colocarse al nivel intelectual del cliente, en su conversación con él. Tal advertencia, según creemos, puede dar lugar a malas interpretaciones. Para entablar una conversación, realizar una venta de mercancías, dar un consejo o predicar un sermón, no es necesario ser un sabihondo ni un vulgar. Al intentar situarse al nivel de otra persona, puede uno situarse a uno más bajo. Es mejor en todas las relaciones de la vida cultivar la sencillez, la sinceridad, y tratar de ser uno mismo. Estas cualidades inspiran respecto a nuestro cliente, ya éste sea el profesor de un colegio, ya un obrero. El vendedor es ayudado en esto por el hecho de que obtendrá mayor éxito si sabe escuchar. Escuchar bien, frecuentemente importa más que hablar bien, porque refleja una exacta comprensión de lo que está diciendo y esto constituye una actitud de interés que halaga mucho al que nos dirige la palabra. Pero aunque el vendedor debe conocer el arte de escuchar, no por eso ha de entenderse que debe permanecer mudo. Debe hablar lo suficiente para consumar la venta, después que sus cualidades de oyente lo han colocado a buena altura.

BIBLIOGRAFIA

CATALOGOS Y RECLAME

El libro verde de los teléfonos. — Con este título la Agencia Central de Publicidad ha editado una guía no oficial de teléfonos, por nombres, profesiones, calles y números.

Es indiscutible la utilidad de dicho libro, que permite en pocos segundos conocer la cifra telefónica de determinados industriales, cuyo nombre no recordamos, aunque hayamos retenido su profesión, domicilio o número de su teléfono.

Es un grueso volumen de gran utilidad para los comerciantes, pues los datos que contiene están escrupulosamente revisados.

* La casa Piccardo y Cía. ha tenido la atención, que agradecemos, de enviarnos algunos calendarios de pared de los que está distribuyendo entre su clientela.

* En breve se pondrá a la venta el Anuario del Comercio y de la Industria de España, editado por Bailly-Bailliere y Riera reunidos.

* Hemos recibido el número 5 del Boletín Comercial que la casa The Miller Lock Co., de Filadelfia, publica.

* La casa editorial Marcelino Bordoy nos ha remitido su último catálogo general de obras completas y por subscripción, de las que tiene representación exclusiva.

* La Compañía Nacional de Carruajes y Automóviles nos ha obsequiado con elegantes índices telefónicos de los que, con ocasión del año nuevo, ha distribuído entre su clientela.

CORRESPONDENCIA

M. A., Posadas. — Le han sido remitidas las direcciones de fábricas e importadores que pedía.

E. N., Ciudad. — Estamos haciendo las averiguaciones necesarias y creemos poder contestar su carta antes de que aparezca el presente número.

A. M. — Hemos enviado a usted direcciones de compañías de seguros que solicitaba.

R. Peralta. — Los representantes de la Indian son los señores O. Gori y Cía., a quienes hemos escrito para que envíen a usted el catálogo que desea.

A. F. — Suponemos en poder de usted nuestra carta con los datos que solicitaba.

Carlos Bayn. — Se le enviaron en 7 de enero.

M. Ch. — Son netos. — No existe ya esa casa de comisiones.

Z. W. — No remiten muestras.

¿Es usted comerciante?

PUES LE INTERESA

saber que le facilitaremos por correo, **GRATUITAMENTE,** *direcciones de fabricantes e importadores, determinando artículos, siempre que nos envíe estampilla para la contestación.*

CLAUSURA DE UNA EXPOSICION



El ingeniero-secretario del jurado, señor Agustín Silvani Gómez, leyendo su discurso en el acto de distribución de premios de la Exposición de Productos de Lechería.



Fiesta campestre con que los profesores y alumnos del Colegio Juana Manso, del Dock Sur, conmemoraron la terminación de curso. — En el centro: La directora señorita Pereira y su señor hermano, ayudante en la enseñanza de niños.



Señorita Delfina L. Pereira, directora y fundadora del Colegio Juana Manso, que se distingue por su labor educacionista e incansable en bien de los niños de obreros del Dock Sur, barrio poco protegido.



Nuevas maestras egresadas de la Escuela Normal número 1.



Estudiantes de segundo año de la Escuela de Comercio Sur.



La Corrección y La Elegancia dentro de los precios más bajos, han distinguido siempre los servicios de nuestro establecimiento.

Un irreprochable servicio fúnebre por **$ 150**

Comprende: un cajón negro grabado con manijas de borlas, capilla ardiente con seis plantas, fúnebre a cuatro caballos, una berlina de duelo, cuatro coches de acompañamiento, licencia y terreno y trámites correspondientes.

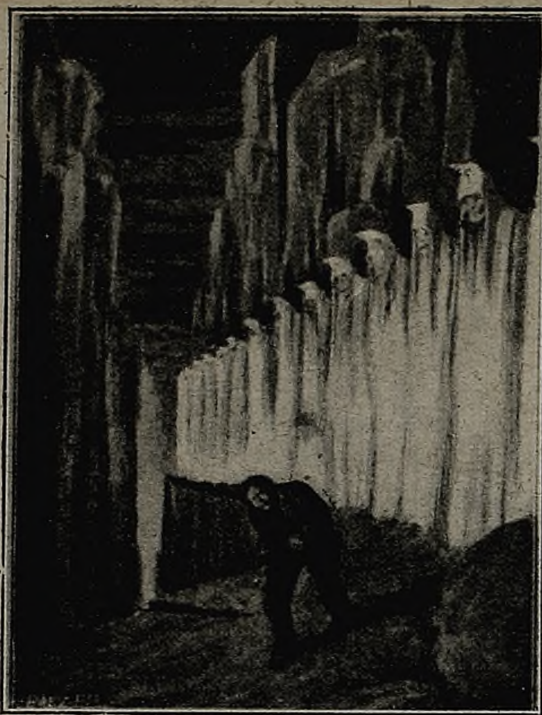
De más lujo, convencional. Pida por teléfono a cualquier hora, el envío de un empleado a su domicilio.

EMPRESA GONZÁLEZ Y HERMANO * BELGRANO, 2970 * U. Telef. 131, Mitre. C. Telef. 186, Oeste.

Sucursal: CARLOS CALVO 4155.

EN EL REINO DEL DELIRIO

MUCHAS personas que durante una grave enfermedad han sido presa del delirio, han podido recordar luego ciertas escenas de las que en su imaginación se representaban; pero hasta ahora, probablemente, nadie había tenido el capricho de publicar dichas escenas. Esto es precisamente lo que acaba de hacer un periodista de Washington, que después de pasar diez y ocho días entre la vida y la muerte, ha escrito y dado al público lo que podríamos llamar el diario de su delirio, documento psicológico sumamente curioso y emocionante, como puede juzgarse por algunos párrafos que reproducimos.

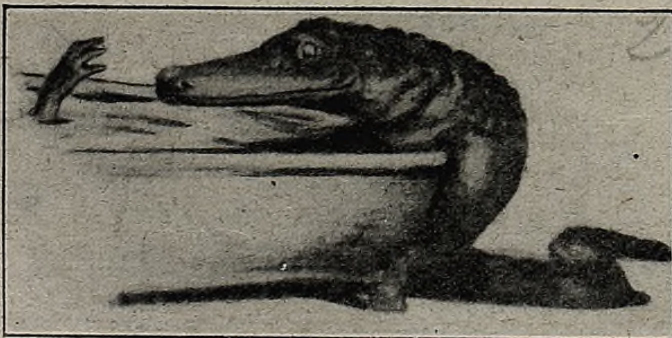


Ante todo, advertiremos que el desvarío del enfermo fué en un principio muy poco sensible. Creía ver enemigos por todas partes y pasar por horribles desfiladeros con largas filas de muertos erguidos a uno y otro lado, y se figuraba ser objeto del odio de cierto almirante; pero se daba perfectamente cuenta de la presencia del médico y los practicantes. Estos, sin embargo, advirtieron que el delirio se acentuaba demasiado, y recurrieron a un remedio heroico para cortarlo.

EL BAÑO CONTINUO. — «El tramiento — refiere el paciente — incluía lo que llaman baño continuo. Yo tenía que permanecer en este baño, con el agua a una temperatura de 37 a 40 grados, durante siete a diez horas diarias. En total, pasé en el baño continuo ciento treinta y cuatro horas, y en todo ese tiempo no pude concebir ni una sola idea razonablemente formada. Saliendo del depósito que proporciona el agua para el baño, había dos o tres cañerías que subían hasta el techo y pasaban sobre la puerta. Para mi imaginación, estas cañerías asumían formas humanas; parecíanme dos hombres altísimos, cubiertos de armaduras, y un individuo moreno y chiquitín, de un palmo escaso de altura, a quien yo llamaba el Hombrecillo Negro. Este terceto cometía e impedía crímenes. Sus armas eran ácidos y gases.

«Detrás de la pared, sin que yo la viese, estaba la Mujer, el principal conspirador femenino de aquella banda. Cuando hablaba, lo hacía por medio de hilos de seda que parecían salir de detrás del papel de la habitación, como salen las telarañas entre el follaje de los árboles. Cada hilo transmitía un mensaje, un hilograma, que con frecuencia podía yo interpretar y hasta interceptar. Mi enfermero, Roberto Davidson, entraba en la conspiración y recibía muchos hilogramas, a veces treinta juntos. Generalmente, sus respuestas tenían la forma de canto. Los hilogramas encerraban terribles amenazas; uno de ellos apareció de pronto sobre la puerta, y pude leer: «Matar al doctor; es un intrigante.»

«Quise poner al doctor sobre aviso y le señalé el mensaje; pero me aseguró que no veía nada. Mientras hablábamos, el enfermero empezó a cantar; decía que el médico era un gran auxiliar para la asociación, y se le perdonó.»



SERPIENTES, COCODRILOS Y ELEFANTES. — Al enfermo, mientras estaba en el baño, se le obligaba a tener los brazos y las manos bajo el agua, para que no sintiese frío; mas a él se le antojaba que este era una forma de iniciación en los misterios de aquella banda de seres imaginarios. Las pruebas a que en su delirio creía ser sometido, consistían en presentarle serpientes y otros hediondos reptiles.

«Muchos médicos — continúa el periodista americano — explican la presencia de serpientes en el delirio por la teoría de que la circulación de la sangre en el globo del ojo se hace imperfecta, y que el líquido vital, avanzando por las venas de un modo espasmódico, produce la impresión óptica de culebrillas moviéndose. Yo vi serpientes, y muchas; pero también vi cocodrilos, hienas, elefantes y otros animales. De aquí que no pueda aceptar la teoría de la circulación imperfecta, porque no hay ninguna forma posible que pueda tomar la sangre durante una mala circulación para que dé la impresión óptica de un cocodrilo, una hiena o un elefante. Por consiguiente, deduzco que las culebrillas no están nunca en los ojos, sino en el cerebro, y que con el cerebro, y no con los ojos, es con lo que las vemos.

EL TERMÓMETRO MARAVILLOSO. — «El termómetro con que el enfermero tomaba la temperatura del agua del baño, era un termómetro ordinario; pero en mi imaginación se me presentaba como un arma, un fusil de capacidad sin límite en cuanto al número de cartuchos que podía contener, y que podía matar sin ruido y sin humo. Si el mercurio marcaba 38°, obraba como arma defensiva, haciendo absolutamente inofensivos los disparos de otros fusiles. La habitación me parecía ser objeto de ataques por personas armadas con revólveres, carabinas y explosivos; pero con el termómetro puesto en la rayita de los 38°, estos ataques no tenían efecto, y podía ver claramente las balas de nuestros enemigos salir de los cañones de sus fusiles y caer al suelo en seguida.

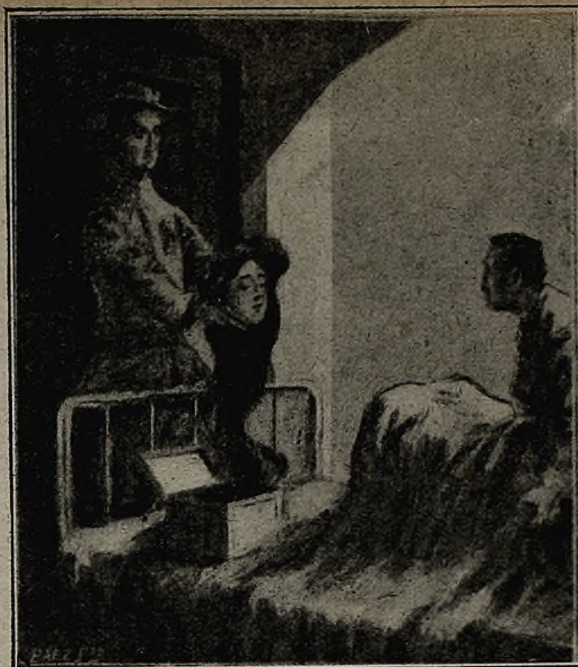
«De pronto me pareció que emprendía un viaje extraordinario. Cuatro o cinco personas subíamos a un transatlántico y nos embarcábamos para Inglaterra. En la partida iban una enfermera, mi médico, mi enfermero y otros dos o tres, incluyendo una mujer extraña pero hermosa. Yo iba con el encargo de presentar esta mujer al ministro de Hacienda, a quien conocía mucho. En realidad, no he estado jamás en Londres, ni sé siquiera quién es el tal ministro. Lo curioso es que hacíamos el viaje en una cosa como una tina llena de agua. Yo estaba todavía en mi baño, y todos los que iban a bordo estaban húmedos y chorreando agua.

LA NARIZ DE LA BELLA DESCONOCIDA. — «Llegados a Londres, fuimos en seguida a la residencia del ministro, y al colocarnos a su alrededor, se caló el monóculo y empezó a mirarnos atentamente. Su vista se fijó sobre la joven que era causa de nuestra visita, y cuando estaba mirándola, su rostro tomó de pronto una expresión de gran asombro; se le cayó el monóculo y abrió la boca como atontado. Me volví, siguiendo su mirada, y también me quedé estupefacto. ¡La nariz de la mujer había desaparecido de repente!

«Viendo que se le caía la nariz al suelo, ella se tapó la cara con las manos lanzando un grito de horror. En seguida, detrás de la nariz, empezó a despegársele una oreja, y cayó también a tierra, y en seguida la otra. To-

dos lanzamos un grito y tratamos de ganar la salida.

UNA VISIÓN ESPANTOSA. — «Aquella noche me sentí un poco mejor y ya no me llevaron al baño. Estaba sentado en la cama, mirando a todos sin poder hablar, cuando vi que se acercaba un hombre extraño. Había entrado a través de la puerta, que era muy gruesa y estaba cerrada con llave. No es que la puerta se abriese ante él, sino que pasó por la madera como pasamos nosotros a través de la atmósfera. No era una sombra; podía verle distintamente, y hasta discernir las gotitas de sudor que le brotaban de la frente. Llevaba el uniforme de un soldado americano, y su rostro estaba curtido por el sol de muchas batallas. Deteniéndose frente a mí, puso a mis pies una cajita de madera, de forma cúbica. En seguida me saludó, levantó la tapa de la caja y sacó un objeto que reconocí como la cabeza de una mujer a quien yo conocía de mucho tiempo antes. Seis meses hacía que partió para Filipinas.



«—¿Cómo?—pregunté lleno de terror.

«—Degollada por los cazadores de cabezas—contestó el soldado lacónicamente. — El hombre que la asesinó me regaló su cabeza con indicaciones para que se la trajera a usted. Aquí está.

«—¡Asesino! — grité saltando hacia adelante para agarrarle.

«Pero no le alcancé. Ni él ni la cabeza estaban ya allí. Entonces me di cuenta de que todo lo que me rodeaba era extraño para mí. Me volví a uno de los doctores y le pregunté: —¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido? — El médico me tomó una mano, y mientras me tendía de espaldas y arreglaba mis ropas como para que durmiese, exclamó: «¡Al fin! ¡Al fin está salvado!»

En efecto aquélla fué la última visión de este extraño delirio, y pocos días después el autor de tan extraordinario relato estaba fuera de peligro.

ESTA ES LA LÁMPARA QUE Vd. NECESITA
FUNCIONA A ALCOHOL CARBURADO. ALUMBRADO POTENTE Y BARATO. SE DAN A PRUEBA

LUZ

Pidan datos o catálogo 1917 a la Compañía Argentina de Alumbrado a Alcohol, S. A., Defensa 429, Bs. As. Suc. Montevideo: 25 de Mayo 724.

LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

Lo que Vd. debe saber lo indica ESTE LIBRO

Las maravillas y grandes secretos de la naturaleza a todos les interesa conocer, esta preciosa obra de transcendental importancia en los momentos más difíciles de la vida.

Remita hoy mismo su dirección, a vuelta de correo recibirá un ejemplar gratis completamente y franco de porte.

Dirigirse a J. M. Carrizo
Independencia 2515

Consultorio Jurídico de PBT

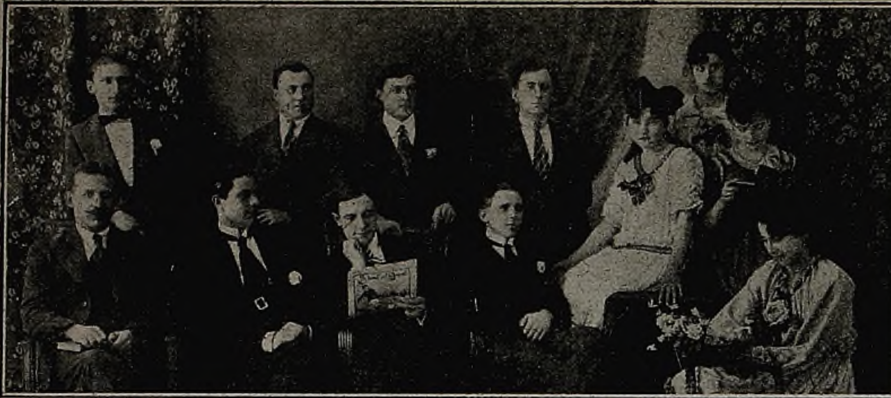
Atendido por el Dr. Pablo Mauricio Grandjean

Este consultorio atenderá por correspondencia todas las consultas que quieran hacernos nuestros lectores sobre **Asuntos Jurídicos**

Sus servicios serán completamente gratuitos, estableciéndose como única condición que dichas consultas vengan acompañadas de este aviso. Se contestará al seudónimo que se indique, pero todas las cartas, sin excepción, han de estar firmadas, consignando la dirección del interesado.

Dirigir la correspondencia a: CONSULTORIO JURIDICO DE PBT

DE PAZ (Santa Fe)



Jóvenes que tomaron parte en la velada a beneficio del Club Atlético Paz.

DE TORTUGAS



Señorita J. Mouchietti, que contrajo enlace con el señor F. Juárez.

DE LORETO (Misiones)



Comisión organizadora e invitados a la fiesta patronal en las ruinas jesuíticas de Loreto, donde se venera la citada imagen.



Señor F. Juárez, que ha contraído enlace con la señorita Mouchietti.

Fots. Rendón (hijo) y Santi Galván.

DE VENADO TUERTO



Primeras maestras egresadas de la Escuela Normal Provincial de Maestros Rurales. Señor Pedro A. Ruarte, director; señor Diego A. Oxloy- secretario; señorita Beatriz de la Vega,, regente. Nuevas maestras: señoritas Frida Troffer, Teresa Carpignano, Inés Heffernan, Carolina Bernhard, Adolfa Cabral, Elida Belén, Clara Salvai y Ana Ledesma.

Médicos veterinarios egresados en 1917



Emilio J. Zanetti.



V. Mateo Vidal.



A. Bazán Salado.



Lucio Méndez.



Luis Cervetto.



Ernesto Ruchelli.



Enrique Hug.

Fot. G. W. Chandler.



CULIBRI INDIO. QUITA EL VELLO como por obra de encanto y no vuelve más. NO DAÑA EL CUTIS

SEÑORAS Y SEÑORITAS: Ya tenéis el bálsamo de su cutis en una jira por las Indias y por el misterioso Thibet buscando la resina que destruía el pelo de la cara, encontré una misteriosa India que con trabajo me dió la fórmula que muchas damas se van a beneficiar con este invento.

Hoy los grandes químicos europeos se asombran ante mi invento, que según me dijo la india y carta de ella que tengo en mi poder, es el fruto de dos mil años de meditación.

En el espacio reducido de que dispongo, es muy difícil explicar la poderosa virtud que se obtiene usando el poderoso CULIBRI INDIO, que solamente tocando donde está el vello desaparece como por encanto y no vuelve más, la ventaja de este CULIBRI es que se abona al mes que no haya salido totalmente el vello de su cutis y quede usted satisfecha de lo que publicamos. Los pedidos se hacen así:

Sr. F. PILÍ, Abonado de casilla 1292, Buenos Aires.

Sírvase mandar el CULIBRI para destruir el vello, que abonaré a los treinta días de obtener el resultado.

Como es un invento nunca visto y cuyo resultado es infalible, damos esta facilidad para que pueda usarlo toda persona que lo desee.

COMO SE ADQUIERE EL EXITO EN LA VIDA



¡Ni un centavo le cuesta este libro!

Pida hoy mismo este interesante **LIBRO**, que es el más práctico que se ha publicado para el adelanto personal.

El **HOMBRE**, la **MUJER** y la **SEÑORITA** pueden aprender el modo de conservar y recuperar la salud, asegurar su bienestar, triunfar en los negocios, ganar más sueldo o jornal que lo que actualmente ganan, para poder atender en debida forma todas sus necesidades y las de los suyos y conseguir

FORTUNA, DICHA, AMOR, NEGOCIOS, EMPLEOS

Todo lo abarca y explica este maravilloso libro.



En sus páginas encontrará el modo práctico para sugestionar, dominar, etc., y explica cómo cada persona puede desarrollar el **PODER MAGNETICO**, elemento secreto que conduce al éxito social y a la **FELICIDAD**.

Por medio de nuestro libro cualquier persona puede escalar hasta llegar a ser un honor para sí y para sus semejantes, es tan sencillo y tan práctico que aun un niño puede entenderlo y ser la causa de todos sus éxitos futuros.

GRATIS y franco de porte se manda este precioso libro a quien lo solicite, pidiéndolo por carta al

INSTITUTO CIENTIFICO. 1535, APARTADO, 1535 — BUENOS AIRES.

Escribir bien claro nombre y dirección, y citar el nombre de P B T.

DE SAN LUÍS

DE JUNIN

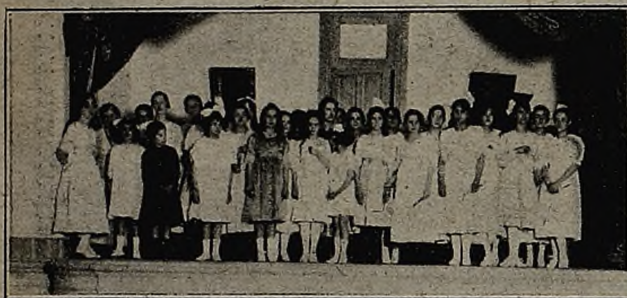


Señoritas Cacoce, Luna, Igarzábal y Siver, en el baile de «Las Mariposas», del festival benéfico recientemente celebrado.



Alumnas del Colegio Santa María de los Sagrados Corazones, que cantaron el himno en la fiesta celebrada con motivo de la terminación del año escolar.

DE PARANA



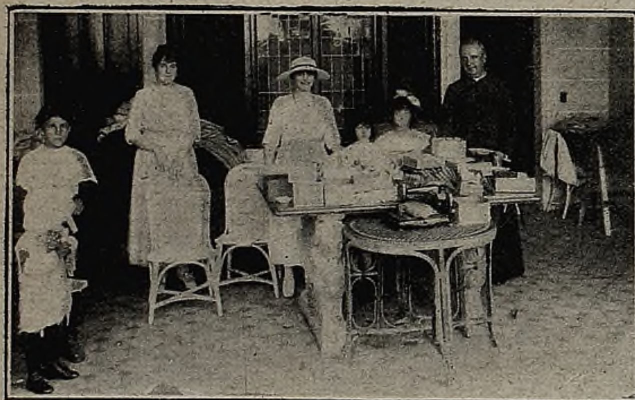
Niñas del Conservatorio de la Capital, que dieron en la Biblioteca Popular su tercera audición.



Fiesta organizada por la colectividad italiana a beneficio de la Cruz Roja.

Fots. La Vía, Cuenin y Gil.

DE MONTE GRANDE



La familia de Santa Marina distribuyendo ropas y juguetes a los niños pobres.



Familias menesterosas esperando turno para el reparto de ropas.

DE ADROGUÉ



Grupo de señoritas de la comisión organizadora de una kermesse a beneficio de los niños pobres del Colegio y Taller de Nuestra Señora del Carmen.

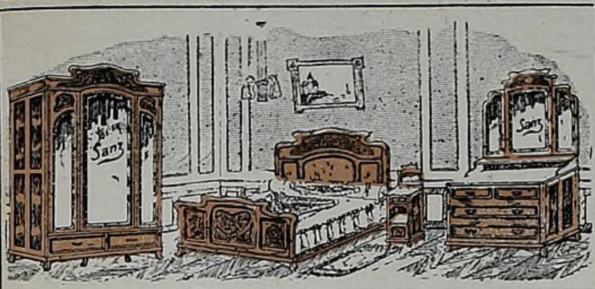


Comisión de señoritas que colectaron fondos a beneficio del Hospital Lucio Meléndez.

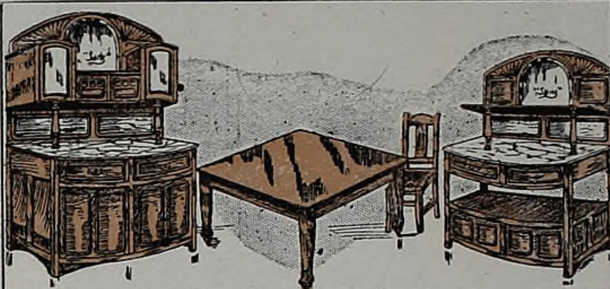
Fot. Naftaly.

Para Muebleros y Particulares

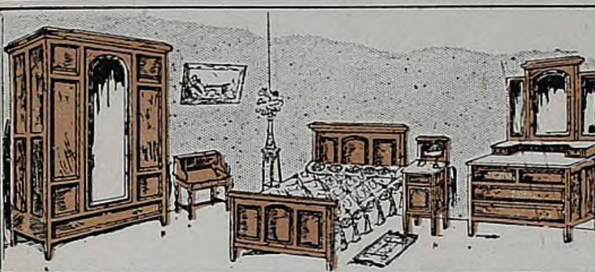
Con plata en mano -- ésta es la fábrica que vende más barato en Bs. Aires.



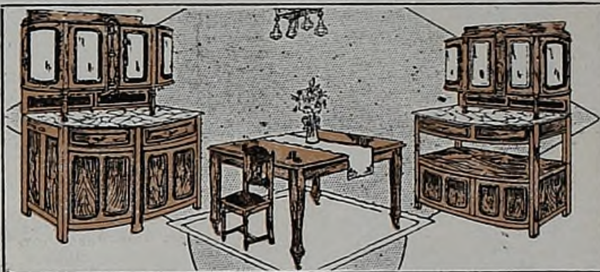
Roble norteamericano o cedro caoba, importado, 3 cuerpos, gran formato, para matrimonio, 9 piezas. Colcha obsequio.......... **$ 270**



Comedor roble o cedro caoba, c. bronces, las dos piezas.......... **$ 215**
Sillas haciendo juego, docena.......... $ 110
Mesa 3 tablas, roble.......... $ 32



Roble macizo norteamericano, con bronce, 9 piezas, para matrimonio. Colcha obsequio.......... **$ 220**



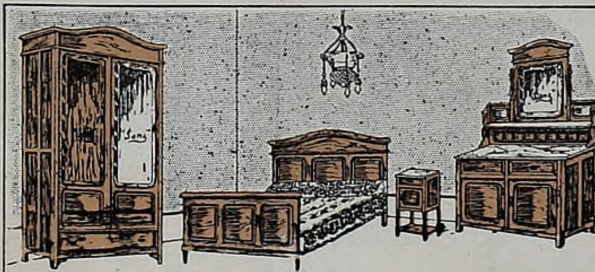
Aparador y trinchante, roble macizo o cedro caoba, con bronces.......... **$ 210**
Sillas haciendo juego, docena.......... $ 110
Mesa 3 tablas.......... $ 32



Luis XV, nogal de Italia, para matrimonio, reclame, 8 piezas, lunas biseladas, mármoles rosa. Colcha obsequio.......... **$ 175**



Aparador y trinchante, roble o cedro, con bronces.......... **$ 155**
Sillas haciendo juego, docena.......... $ 110
Mesa 3 tablas.......... $ 32



Dormitorio c roble o cedro caoba, 7 piezas. Colcha obsequio.......... **$ 85**



Reclame. Aparador y trinchante, c. bronces.......... **$ 125**
Sillas haciendo juego, docena.......... $ 75
Mesa 12 cubiertos.......... $ 35

CASA SANZ - 826 - Sarmiento - 844. - Casi esquina Esmeralda

No tiene sucursal. **F. Ramognino.** Embalaje, catálogos y flete gratis.



¿Por qué parecen dichosas
y, alegres y vaporosas,
desafiando al calor.
reciben las deliciosas
emociones del amor?

¿Por qué de la suavidad
de la fresca y leve brisa
disfrutan en libertad,
y revela su sonrisa
toda su felicidad?

Libres de toda inquietud
tesoro de juventud
ostentan con su belleza
y poseen la riqueza
sin igual de la salud.

Sana belleza es el don
que ambiciona la mujer
y es muy fácil de obtener.
¡Usad de REUTER jabón
y pronto lo vais a ver!